



Premio de Cuento
Julio Garmendia
de la Policlínica Metropolitana

2023 - 2024





Premio de Cuento
Julio Garmendia
de la Policlínica Metropolitana

POLICLÍNICA METROPOLITANA C. A.
JUNTA DIRECTIVA 2023-2025

Presidente Dr. PEDRO RIVAS V.
Vicepresidente Dr. DAVID GENTILI G.
Secretaria Dra. MARIÁNGELA MATA E.
1.er Vocal Dr. NERIO LEAL L.
2.º Vocal Dr. JORGE HIGUERREY B.
3.a Vocal Dra. REBECA COHÉN

SOCIEDAD MÉDICA POLICLÍNICA METROPOLITANA
JUNTA DIRECTIVA 2023-2025

Presidenta Dra. FRANCIS SÁNCEZ O.
Vicepresidente Dr. ENRIQUE PORTA CH.
Tesorero Dr. JOSÉ DANIEL HERDE
Secretaria Dra. HILDAMARY ATIENZA DE G.
1.er Vocal Dr. GERARDO GONZALO L.
2.º Vocal Dr. JUAN PÉREZ W.

© 2023, 2024 Policlínica Metropolitana, C. A.
© 2023, 2024 *Premio de Cuento Julio Garmendia*
de la Policlínica Metropolitana

COORDINACIÓN EDITORIAL
Samir Kabbabe
Héctor Torres

PRODUCCIÓN EDITORIAL
Eclepsidra, Consultoría de autor
Liliana Acosta (@librosbajodemanda)

Índice

PRESENTACIÓN

Dr. Samir Kabbabe 7

XVII EDICIÓN (2023)

VEREDICTO DE LA XVII EDICIÓN 10

Las penas de Zio
María Daviana Galíndez 15

Las puertas se pintan en enero
Yeiber Román 26

La constancia de las bestias
María Angelina Castillo Borgo 37

Aquinos
Leonardo Mendoza 44

El anotador
José Miguel Mota Mendoza 55

El escondite
José Miguel Casado Gómez 62

Los más feos e impresentables panqueques del mundo
Alex Vásquez Santander 80

Mirada extranjera sobre México (relato sin ficción)
Jhon Manuel Silva 91

Negro, negro
Jacobo Enrique Villalobos Mijares 103

Sobre los abracadabrantés
Narrador #95 110

Las noches con reuniones, sin transeúntes
Leonardo Javier Rivas Lobo 112

XVIII EDICIÓN (2024)

VEREDICTO DE LA XVIII EDICIÓN	134
Centauro	
<i>Annya Rivas López</i>	139
El chivato	
<i>Andrea Leal González</i>	148
El triángulo invisible	
<i>Marco Tulio Ortiz</i>	167
Cómo pasar desapercibida en un atraco	
<i>Clara Isabel De Lima Castillo</i>	178
Mega-Apagón	
<i>Juan Rodrigo Urso Arteaga</i>	183
Mundo Gris	
<i>Juan José Trejo Tagliaferro</i>	199
Payaso ¡Pum-Pum!	
<i>José Efraín Contreras</i>	215
Santa María	
<i>Paola Carolina Marín Becerra</i>	226

Presentación

Dr. Samir Kabbabe

El Premio de Cuento para Jóvenes Autores «Julio Garmendia» de la Policlínica Metropolitana, ya ha alcanzado diecinueve ediciones. Este libro presenta los resultados de las ediciones XVII y XVIII, con los cuentos ganadores y los que recibieron mención honorífica.

En este 2025 la Policlínica Metropolitana cumple 50 años de fundada reafirmando su compromiso de excelencia en el cuidado de la salud, comprometida con la innovación constante para brindar una atención de la más alta calidad a sus usuarios, a través de la incorporación de tecnologías de vanguardia, la actualización continua de su equipo médico y de todo su personal, junto con la optimización de sus servicios, siempre enfocada en una atención personalizada y humana.

Policlínica Metropolitana tiene entre sus valores la promoción de las actividades científicas y la formación de los recursos humanos en el área de salud que nuestro país necesita, pero también la promoción de las expresiones culturales de una sociedad y una nación a las que pertenecemos y a las que nos debemos. Es por eso que tenemos el compromiso de mantener abierto este espacio, donde los nuevos talentos, las nuevas generaciones de la narrativa puedan expresarse y mostrar sus visiones e interpretaciones del tiempo y el espacio en que viven. A lo largo de estas dieciocho ediciones los cuentos recibidos van

con el curso y el acontecer de nuestra sociedad, con las frustraciones, el éxodo, la desidia y la violencia, pero también con la esperanza, las querencias de la raigambre y la terredad y la voluntad por un futuro mejor. Hay que dejar testimonio, hay que escribir y hay que ser cada vez mejor.

El prestigio que haya podido alcanzar nuestro concurso se debe en muy buena parte a que ha contado con extraordinarios jurados. Casi todas las figuras más representativas de la narrativa de nuestro país han formado parte de los jurados, pero también hemos contado con connotados poetas, libreros y gente de teatro. Tenemos que agradecerles a todos ellos por su desinteresado apoyo.

No podemos pasar por alto que esos valiosísimos jurados son responsabilidad de la capacidad de convocatoria de nuestro querido Héctor Torres, quien nos ha acompañado como monitor de este premio en sus diecinueve ediciones.

POLICLÍNICA METROPOLITANA
Caracas, 2025



xvii edición (2023) Veredicto

Veredicto de la XVII edición

Nosotros, Krina Ber, Mario Morenza y Gustavo Valle, miembros del jurado del Premio de Cuento Julio Garmendia para Jóvenes Autores en su edición XVII, luego de haber leído, evaluado y discutido con entusiasmo los cuentos participantes, hemos decidido otorgar de manera unánime:

El primer lugar al cuento titulado «Las penas de Zio», presentado a concurso bajo el seudónimo de «Dela Á. Alaceta», porque despliega técnicas y recursos literarios efectivos para cristalizar la vida de un joven castigado por la pobreza, el crimen organizado y su violencia desmedida. El protagonista crece, madura, sigue adelante con su vida mientras lidia con sus duelos y el recuerdo de los ausentes; con entereza resiste el mundo que le ha tocado vivir, donde cada palabra adquiere otra lacerante dimensión.

El segundo lugar al relato «Las puertas se pintan en enero», firmado bajo el seudónimo de «El negro más cumbanchero», por ofrecer una visión de las zonas populares de Caracas desde el universo de sus shows musicales y orquestas de salsa, a través del relato íntimo y muy bien llevado del hijo de un cantante que tocaba las congas. Relegado al final del escenario por las jerarquías tácitas de los instrumentos logró labrarse camino hacia la fama y el subsecuente bienestar para su familia, todo

barrido por su canción más popular en la que se atrevió a tocar el tema de la violencia de las bandas que dominan en los barrios.

Y el tercer lugar a «La constancia de las bestias», presentado a concurso bajo el seudónimo de «Eloísa Joplin», porque a través de una escritura sutil e introspectiva, mediante el uso de eficaces recursos narrativos, este cuento nos ofrece una historia conmovedora entre un padre y una hija donde se valora la lectura como herramienta de reparación del tejido familiar e íntimo en el contexto de la emigración y la soledad de los ancianos.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser, respectivamente:

MARÍA DAVIANA GALÍNDEZ
(desde Punta de Mata, Monagas)

YÉIBER ROMÁN
(desde Petare, Miranda)

MARÍA ANGELINA CASTILLO BORGO
(desde San Antonio de Los Altos, Miranda)

En reconocimiento a la calidad narrativa y madurez literaria de los manuscritos recibidos, hemos decidido otorgar las siguientes menciones especiales.

Estas son, por orden alfabético:

- «Aquinos», de Leonardo Mendoza.
- «El anotador», de José Miguel Mota Mendoza.
- «El escondite», de José Miguel Casado Gómez.
- «Los más feos e impresentables panqueques», de Alex Vásquez Santander.
- «Mirada extranjera sobre México», de Jhon Manuel Silva.
- «Negro, Negro», de Jacobo Enrique Villalobos Mijares.
- «Sobre los Abracadabrantés», de Leonardo Javier Rivas Lobo.

La decena de relatos que hemos seleccionado en esta edición del PREMIO DE CUENTO JULIO GARMENDIA PARA JÓVENES AUTORES representa una significativa muestra de propuestas literarias que van desde el relato realista y la narrativa urbana, hasta el género fantástico, el terror o la ciencia ficción, engranándose con sólidos ejes temáticos: la decadencia social, la crisis económica y hospitalaria, la emigración, la violencia, la senilidad, la locura, el desencanto y las supersticiones. La buena noticia es que sus autores ya no se contentan con el registro de esas realidades: las están elaborando con criterios estéticos.

En Caracas y Buenos Aires,
a los 22 días del mes de mayo de 2023

Krina Ber Mario Morenza Gustavo Valle



XVII edición (2023)

María Daviana Galíndez
Las penas de Zio

Yeiber Román
Las puertas se pintan en enero

María Angelina Castillo Borgo
La constancia de las bestias

Leonardo Mendoza

José Miguel Mota Mendoza

José Miguel Casado Gómez

Alex Vásquez Santander

Jhon Manuel Silva

Jacobo Enrique Villalobos Mijares

Narrador #95

Leonardo Javier Rivas Lobo

Las penas de Zio

María Daviana Galíndez

El muchacho, acostado en la cama, veía los estantes vacíos del cuarto cuando escuchó que tocaron la puerta. Hacía calor, pero la ventana estaba cerrada y el ventilador apagado, sin embargo, no sudaba. Todo, incluso sus reacciones fisiológicas, se suspendían en ese pequeño espacio. Antes del golpe solo se percibía el ruido de la estática y una que otra plaga molesta. Oyó la primera vez que los nudillos tocaron la puerta, luego una segunda vez. Volteó a ver el espacio de donde venía el ruido esperando el golpe, solo que no hubo tercera oportunidad, la puerta se abrió.

—Ya es hora, Zio. —Se asomó su papá.

De la cara morena de su padre solo resaltaban los vasos rotos de sus ojos, parecían estar encendidos, enfermos y febriles. No lo había visto llorar, pero sabía que, en algún momento de la noche anterior, se entregó a la tristeza.

—Ya voy —respondió el muchacho. Esperó que cerrara la puerta para sentarse en la cama, miró sus zapatos y repasó nuevamente el intento de biblioteca. «Otro proyecto truncado», pensó. Finalmente se levantó, antes de salir se masajeó las cejas. «Con que esto es una migraña», dijo para sí.

Los sonidos lo aturdieron cuando salió de la habitación. En la cocina se oía el tintineo de las tazas, la furia con la que el gas brotaba de la estufa y el agua corriendo por la llave del fregadero. Había demasiada gente en la casa, ¿para qué? Era ya demasiado tarde para hacer algo, si querían colaborar, un mensaje puntual, un saludo más adelante o incluso la ignorancia sobre lo que estaba pasando hubiese sido un gesto más respetuoso que el morbo con que se presentaban en la puerta de su casa. Veía a sus vecinos murmurando entre ellos, señalando con torpe disimulo y dedicándole una sonrisa compasiva cuando se percataban de que su ceño fruncido los escrutaba con obstinación y pensaba que, en definitiva, tanta asistencia bien podía ser una virtud o una maldición.

Se recordó a sí mismo muchas otras veces en situaciones como esa que ahora debía sobrellevar, sentado en las sillas blancas de festejo en un momento que distaba mucho de ser festivo, en silencio, a la espera de que el tiempo fuera prudente para acercarse al afectado y decirle «Disculpa, debo irme», al mismo tiempo que estiraba su mano para darle un apretón. Estaba hacia el final de sus veinte, pero era demasiado formal. Si la juventud de su rostro no lo delatara, los demás podrían pensar que se trataba de un hombre con familia y responsabilidades propias.

Era muy parecido en modales al abuelo con quien pasó la mayor parte de su infancia; cada vez que alguien señalaba esta característica de su personalidad, Zio pensaba que quizás lo había aprendido del abuelo Antonio.

«Sácate las manos de los bolsillos, carajito».

Lo recordaba muy bien, casi podía escuchar su voz gruesa y ronca al lado de él. De pronto sintió la urgencia de subir la mirada, pero todavía estaba en sus cinco sentidos y sabía que, si lo hacía, solo se toparía con el techo del porche. El abuelo Antonio había muerto mucho tiempo atrás, pero ese no había sido el primer funeral al que había asistido.

En su memoria resonaba una calurosa tarde de septiembre en Puerto Ordaz; aún vivían allí. Su mamá lo había vestido con un pantalón de drill, una guayabera negra y los Kickers que usaba para ir al colegio. Estaba mordiendo el labio inferior y movía los hombros de

un lado a otro. Se trataba de la hermana menor de un compañero del colegio, fue justo después del inicio del año escolar, tenía siete años y ese día le pidieron que le dijera a su amigo que lo sentía mucho mientras le daba un abrazo. El acto era penoso, no solo porque Zio no entendía qué era dar el pésame, sino también porque la muerte, siempre dolorosa, esta vez era trágica. Escuchó a una señora mayor decir entre sollozos que jugaban en el cuarto del niño.

«Estaban dando vueltas canelas en la litera, la ventana del cuarto estaba abierta y la niña salió disparada desde un quinto piso».

Aunque esta vez no estaba meciéndose, se dio cuenta de que mientras miraba al suelo, en su abstracción, se mordía el labio. Un impulso hizo que sacara las manos del pantalón, como lo había hecho tanto tiempo atrás y se secó una lágrima que apenas había encontrado su camino de salida. No había podido llorar.

El gato de la casa, que se había estado escondiendo de los hijos de los vecinos, entró por los barrotes de la fachada, se acercó hasta él y frotó su cara contra el ruedo del pantalón.

Buena vaina, nos echaron encima, ¿verdad, Negro? —El gato se le quedó mirando con la expresión de sorpresa que siempre parecía tener, pero nadie respondió su pregunta.

—¿Listo? —preguntó su padre con las llaves de la casa en las manos.

—Sí. Dionisio ya viene por ahí, escucho el carro.

—Bien. Luis dijo que prefería quedarse con tu mamá.

—Me parece bien.

Estos eran los momentos que Zio había procurado evitar toda su vida adulta. Su madre lo había juzgado como un muchacho difícil, pero lo cierto era que le gustaba mantenerse distante de todo aquello que implicara una respuesta emocional. Así como los demás, también él había experimentado el amor, las decepciones y, sobre todo, las frustraciones. En realidad, sentía demasiado, hasta el punto en que la emoción lo consumía, pero le gustaba atravesar su padecimiento en privado. Si sentado en la sala escuchaba los sollozos de su madre en la habitación de al lado

y no se paraba a tocar la puerta para consolarla, era porque algo más grande que él mismo se lo impedía, no porque no quisiera hacerlo como ella lo había hecho saber en otras ocasiones. Tenía poca paciencia, era cierto, y cuando su mirada se volvía dura y hostil, era porque le molestaba la incapacidad de los demás para ver que a él también le dolían las mismas situaciones que a ellos.

Mientras el vecino los acercaba a la salida del pueblo, Zio no dejaba de pensar en que esa era una tarea que hubiesen afrontado con mayor entereza su madre o Mariana, pero ambas estaban imposibilitadas. «No, mentira, nadie tiene suficiente temple para esto»; pensó. Su padre, delante de él en el asiento del copiloto, se veía las manos. El muchacho no estaba seguro de que pudiera salir del carro una vez que llegaran al pequeño edificio y, a medida que el destino se dibujaba cada vez más imponente en el horizonte, Zio entendía que era él quien debía hacerse cargo del asunto de una vez por todas.

En el portón los recibió un señor entrado en años, vestido con un pantalón marrón y zapatos de fiesta, encima tenía una bata de laboratorio blanca. Cuando penetraron las puertas envejecidas de la planta baja el ambiente terminó de tensarse, adentro la humedad era asfixiante.

Por el rabillo del ojo el muchacho veía cómo su padre iba ralentizando el paso y en la nuca sentía la responsabilidad erizarle los vellos. Cuando subieron las escaleras y las puertas de la habitación se abrieron, el hombre alcanzó a ver unos pies azulados. Se dio media vuelta y empezó a temblar.

—No puedo, hijo. Yo no puedo —decía pálido, sudado de repente y con las manos en la cabeza.

El muchacho, tomando a su padre entre los brazos, empezó a sobarle la espalda y, con voz firme y calmada, le dijo: «Tranquilo, tranquilo. No importa, yo lo hago». Lo sentó en la sala de espera y tomó el tapabocas que el señor le tendía.

—Esto puede ser difícil, chamo —dijo el hombre mientras se ponía los guantes. Zio solo asintió y el señor enseguida levantó la sábana.

—¿Reconoces este cuerpo? —preguntó.

—Sí, es mi hermana. —dijo Zio mirando fijamente el rostro de Mariana.

—Bien. Las diligencias están hechas, nos pidieron que enviáramos el cuerpo a la funeraria del centro, es allí donde deben mandar la ropa con que quieren vestirla. Lamento tu pérdida, chamo.

Zio, con las manos en los bolsillos, estiró sus labios en una sonrisa inexpresiva. ¿Realmente lo sentía? Después de todo, ¿este no era su trabajo? Recibir muertos, examinarlos y reportar las causas del deceso. Frente al cuerpo de su hermana se preguntaba si él mismo lo sentía, ¿lamentaba que su hermana estuviese muerta? En casa estaba su madre, sedada; su hermano, al lado de la cama en estado catatónico; su padre afuera de esa habitación llorando como un niño. Y él que había acabado de ver el rostro de Mariana, pálido por la muerte, lo único que le sorprendía era la tonalidad ceniza que su pelo, antes negro y sus cejas, apenas ayer espesas, habían adquirido. El ceño de Mariana, en una eterna mueca de molestia, ahora estaba relajado, más nunca tendría migrañas.

De regreso a casa recordó que ninguno de los miembros de su familia quería abandonar Puerto Ordaz, ni siquiera Mariana con lo pequeña que era, pero el contrato de su padre en una de las empresas básicas se había acabado y la petrolera les estaba ofreciendo otras oportunidades. En el pueblo se había sentido solo los primeros meses, sin amigos, sin el abuelo Antonio, sin los vecinos que se habían vuelto parte de su familia. Hasta que llegó Simón, pasó todas las tardes sentado en el porche comiendo galletas de soda con mermelada junto a Mariana; a esa hora Luis veía clases de nivelación en el liceo.

—¿Qué pasó? ¿A ti no te dejan salir a la placita? —preguntó con la cara asomada entre los barrotes, con el ánimo que lo caracterizaba. A los padres de Zio les pareció graciosa la pregunta. En los ojos de aquel niño solo traslucía el brillo de la inocencia y una vez que Zio cruzó la puerta de su casa aquella tarde, más nunca se separó de Simón.

Era un niño con carencias reales y en casa de Zio lo trataron como a un hijo más, hasta el momento en que decidió dejar de estudiar, el uniforme y los útiles los compraban los papás del muchacho. Si había algo

que no entendía de sus clases, sabía que en casa de su amigo alguien le explicaría y podría resolver la tarea. En cada celebración o viaje familiar, Simón siempre estaba incluido.

La vida, sin embargo, era injusta y él lo había aprendido mucho antes que su amigo; de su rostro se había borrado la expresión divertida y allí donde debía haber preocupaciones juveniles, solo había espacio para responsabilidades adultas. Una madre alcohólica, un padre ausente, muchos hermanos, el abuelo Alejandro demasiado viejo para hacerse cargo de sus nietos y la falta constante de dinero lo obligaron a salir de su hogar.

El día que se despidió de su amigo le dijo que se iría hasta Apure y allí trabajaría con el esposo de su tía.

—Nos volveremos a ver, hermano —le dijo antes de que ambos se abrazaran fuerte, pero Zio no estaba tan seguro de ello.

Ese fue el primer aviso de la adultez que le llegó. Era uno de los fines de semana que visitaba su casa, estaba en los primeros semestres de la universidad y se había mudado a Maturín. Con el tiempo y en vista de que la partida de Simón no había mejorado la situación de su familia, empezó a hacerle compañía al señor Alejandro. Aunque era muy distinto al abuelo Antonio, su presencia le resultaba familiar y ambos compartían el vacío que la ausencia del muchacho causaba en sus vidas. Se sentaban en la acera a tomar café, los dos con las piernas cruzadas. Mientras el más viejo hablaba sobre épocas mejores, el más joven escuchaba con atención y de vez en cuando hacía un comentario que arrancaba una risa a los pulmones melancólicos del señor Alejandro. Zio jamás tuvo un amigo como Simón y si bien tenía más cosas en común con sus amigos del liceo y luego con los de la universidad, el hermano que la vida le había dado lo hacía sentir cómodo, con los pies sobre la tierra. Más adelante, cuando él mismo tuvo que congelar sus estudios por un tiempo, entendió la ansiedad que empujó a Simón a crecer de golpe; también en su familia estaban empezando a experimentar carencias económicas, tenía que salir a trabajar.

Las visitas a casa empezaron a escasear y antes de que pudiera darse cuenta, Zio estaba tan envuelto en su propia desdicha que perdió el

rumbo; era la época en que todo el mundo parecía estar pasando un mal momento y sus planes, sueños y deseos se desdibujaron en el presente infame. Su trabajo, sin embargo, le permitió conocer la otra cara de la moneda y alivió, al menos, la carga que representaba para sus padres. Trabajaba en el negocio de un amigo de la universidad, destajando y pesando pescados; atendiendo a las señoras encopetadas que preguntaban por el flaco; aceptándoles tragos de Cantaclaro a los chamos que recién salían de La Pica y le pedían que les regalara un pescadito para llevárselo a la jeva y a los carajitos; parándose firme ante los uniformados que se creían dueños del establecimiento, mejor persona que él. No era la vida que quería, pero ciertamente era mejor que subirse a un camión sin banderas para tratar de ir a clases con el estómago vacío.

En muchas ocasiones viajó con su amigo hacia las costas orientales buscando el pescado. Frente al mar podía distinguir las luces lejanas de Trinidad, el país del que había emigrado el abuelo Antonio. En los pueblos más recónditos de Cumaná, el suyo, donde había crecido, en realidad parecía el punto más alejado del país. Había visto la belleza que dejó perpleja a tanta gente antes que a él y reconoció la violencia que mantenía a sus habitantes con la cabeza enterrada en el piso. Muchachas más jóvenes que su hermana, apenas unas niñas, se le ofrecían a cambio de comida y en dos o tres oportunidades Zio les compró una empanada por pena, si su amigo no le hubiese pedido que dejara de hacerlo, seguro el sueldo se le hubiese ido en alimentar a las niñas que no tuvieron las oportunidades de Mariana. Niños del tamaño de su sobrino, con la piel tostada por el trabajo bajo el sol de oriente trataban de envolverlo, de hipnotizarlo con sus ojos negros y la gracia de su acento para sacarle la billetera de los bolsillos. Muchachos de su edad y con el cuerpo lleno de cicatrices y tatuajes mal hechos, tan delgados como él, caminaban por las calles con armas en la cadera que parecían tumbarlos.

—¿Qué están montando en esa lancha, Rafael?

—Nada que nos interese, Zio —respondió mientras tomaba al muchacho del brazo y lo alejaba de la carga que tapaban con una lona negra.

La noticia sobre el asesinato de Simón la recibió en el Morro de Puerto Santo, estaba buscando una carga de sardinas. Mientras trataba de sintonizar la emisora trinitaria que podía escucharse en ese caserío, recibió una nota de voz de uno de los vecinos con el que ambos se criaron. Simón también había sucumbido a la desdicha, con el tiempo se dio cuenta que de su madre había heredado el gusto por el ron y antes de los veintidós ya estaba alcoholizado. Perdió su trabajo y la protección de su tía, se juntó con malas personas, tomó peores decisiones y cuando la gasolina escaseaba en occidente, empezó a traficarla por la frontera colombiana. Un mal día quedó atrapado en un enfrentamiento y a él también lo balacearon, creyeron que era de los tipos malos. Estaban equivocados, Simón solo estaba confundido.

Zio hubiese preferido que la señal no hubiese entrado en ningún momento de la tarde, el morbo había traicionado a su vecino y, con los detalles de lo sucedido, le envió una foto del cuerpo de Simón pervertido por el agua del río, las balas y el alcohol. Vomitó, era la primera vez que veía un cadáver.

Desde aquello había pasado un buen tiempo y, de vuelta en su casa, pensó que quizá por eso ver a Mariana tan apacible no lo había alterado. Había tratado con la cara más cruel de la vida mucho antes de poder llamarse a sí mismo un hombre y ahora ella le decía que las cosas no podrían ser como las quería. Sus padres antes que él y mucho más jóvenes se habían enfrentado a la misma encrucijada, pero Zio no quería resignarse. Tenía ansias de conocer el mundo y de experimentar, de verdad, la agitación que le producían las fotos de los viajeros, los cuentos y experiencias ajenas. Sentía la urgencia de salir corriendo y perderse en un pueblo recóndito en el país asiático más alejado del suyo. Quería temblar de emoción frente a la imposibilidad de reconocer un idioma extraño, quería sacar su libreta y perforar las hojas con el ímpetu que caracterizaba su caligrafía mientras reconocía sonidos extranjeros. Le asustaba que toda posibilidad de exaltación se quedara en las canciones que lo conmovían hasta el punto de lagrimear y que escuchaba escondido en su cuarto, con la puerta cerrada.

—¿Estás llorando, Zio?

—Es la canción, es triste, pero muy hermosa.

—Sí, tienes razón —respondió Andrea, apenada, mientras veían *Tarzán*. Esperó que el muchacho se secara las lágrimas y le dedicó una sonrisa dulce y cómplice.

Se trataba de la única mujer que él había amado en sus cortos años y que, sin esperar que su novio lo articulara, pudo interpretar en su llanto silencioso el peso de su más profundo secreto: era un hombre, sí, pero sentía que la responsabilidad lo superaba. La vida y sus penas lo interpelaban.

Volvió al cuarto de Mariana para mirar las perforaciones en la pared, recordó el día que le preguntó a su papá cómo hacer las mediciones, quería montar unos estantes de un mueble que habían desarmado para improvisar un escritorio y la biblioteca.

—¿Para qué? —le preguntó Zio—. Todos tus libros están en Caracas.

—Sí, pero en algún momento voy a ir a rescatarlos. ¿Verdad, Negrito? —El gato se le quedó mirando y ella se respondió—: Sí, sí vas a ir. Mientras ceceaba con voz infantil y en la pared empezaba a trazar una línea.

—Mariana, por favor, pareces una loca.

—Ah, pues —respondió riéndose.

El gato entró una tarde a la casa, antes de eso no lo habían visto nunca. Pasó con familiaridad por la sala y se acostó a dormir en la cama de su hermana. Tan pronto lo bañaron y le pusieron nombre, se convirtió en el miembro más querido de la familia. Zio se descubrió a sí mismo cuidando de Negro, sirviéndole la comida y sobándole la pancita; preguntándole a Mariana por las cosas que el gato había dicho.

—Ah, no. Estoy loca o soy chistosa, pero ambas cosas no puedo porque me confundo.

Cuando la muchacha hacía las voces, la casa estallaba en risas. Parecía que por primera vez su familia se sentía en paz y verdaderamente feliz, como lo fueron tiempo atrás. No todo había sido malo, pensaba

Zio frente a la biblioteca, pero la tristeza era cruel compañía y todo lo empañaba.

Al caer la tarde la casa se fue sumiendo en el silencio, la electricidad falló y los vecinos se retiraron y le dieron a la familia privacidad. Todos los detalles del velatorio estaban arreglados, no había nada que hacer. En cada una de las habitaciones estaba alguien asumiendo la pérdida, Zio podía escuchar las respiraciones aletargadas y acostado en la cama de su hermana, con el gato durmiendo sobre él, miró por la ventana y se dio cuenta de que el atardecer era digno para el fin del mundo. Se quedó dormido.

Ahora que veía su reflejo en la ventana que tenía a su derecha, sentado, con las piernas estiradas debajo de la mesa y las manos en los bolsillos, recordó el día que compró su boleto de ida. Sentía satisfacción, parecía que al fin había llegado a su orilla segura y podía descansar. Fue por la fecha en la que recibió su título, después de mucho tiempo se había podido graduar, estaba aliviado, se sentía ligero como una pluma. El verdadero reto fue despedirse de la familia, cuando el gato se acercó a oler las maletas y empezó a restregar su cuerpo contra las piernas del muchacho, Zio lo cargó. Al mirarlo a los ojos, grandes y redondos por la oscuridad de la sala, algo dentro de él detonó.

—Perdóname, perdóname. —Lloraba mientras besaba y abrazaba al animalito. —Yo no quiero hacerte esto, lo siento tanto, tantísimo, mi Negrito.

—Hijo, tranquilo. Más adelante, cuando puedas, vendrás por él. Vendrás a buscarlo —le decía su madre mientras le apretaba el hombro.

Zio sabía, sin embargo, que sobre los después no podía asegurarse nada y lloró, lloró todo lo que no había podido sacar de su cuerpo en mucho tiempo. Mientras esperaba su llamado pensaba en lo equivocada que estaba su hermana, había sido una muchacha inteligente, pero no podía ver cómo su familia se sobreponía a las dificultades; nunca nadie se resignó, ni siquiera ella o él, con lo inseguro que podía mostrarse algunas veces. Si el azar hubiese elegido a alguien más, esa bala perdida no hubiese atravesado a Mariana y ella estaría frente a él tomándose un

café en el aeropuerto de alguna ciudad hacia el sur del continente. De pronto sintió la necesidad de llamar a su mamá.

—¿Aló, mamá?

—¿Qué pasó, hijo? ¿Te fue bien? —respondió su madre con voz nerviosa.

—No, todo ha ido mal. Pero tranquila, ya estaremos mejor, mami-ta. Ninguna pena es eterna.

Las puertas se pintan en enero

Yeiber Román

La bolsa en mis manos ya estaba empapada en sudor.

«Eso sí es música, compai, ¿oyó?», gritó el borracho del otro lado del bulevar. Sus ojos miraban hacia al frente. No había nadie más que él. «Eso sí es música», dijo otra vez antes de bajar la mirada y caminar en zigzag.

Yo estaba empezando a perder la paciencia.

Mi cliente aún no llegaba. Tenía ganas de llorar. Algo de náuseas también. La canción se escuchaba en una corneta en la entrada de una tienda de ropa. «Ay, compai», gruñía el tipo sin dientes con su botella de ron pegada al pecho. Se meneaba de un lado a otro al ritmo de la música. Al ritmo de aquella distorsión que salía de la corneta, mejor dicho. El volumen estaba muy alto y apenas podía distinguirse algún instrumento y la voz del cantante.

Era la voz de mi papá.

* * *

Orquesta Cerro Bajo: la otra casa de mi padre. La gran *Orquesta Cerro Bajo*, como era llamada segundos antes de que los integrantes

aparecieran en tarima. A él le molestaba eso. No veía necesidad de que un tipo con voz de «locutor frustrado» tomara el micrófono y los presentara con aquel «carisma falso», como decía. Sin embargo, eso no dependía de él sino de los dueños de los locales donde la orquesta tocara. Él prefería algo más «místico»: que se apagaran todas las luces de repente, los músicos subieran a tarima, solo se vieran sus siluetas y, después de algunos acordes, justo cuando la música estallaba, se prendieran de nuevo las luces para comenzar el show con la energía a tope. «Eso emociona más a la gente, Julián», me contaba. «Imagínate pagarle a un tipo para que nos llame justo después de decir que una bulla las mujeres, que dónde están los machos y pendejadas así. No. Eso es una estupidez. Uno como artista debería darse a respetar, pero qué se le va a hacer, Julián».

Pero más allá de eso, cuando empezaba el repertorio cada músico se dedicaba a lo suyo y gozaba tocar su instrumento como mejor le pareciera: el del teclado ponía cara de concentrado; el del bajo sonreía todo el tiempo; el de las maracas hacía un bailecito. Mi papá tocaba las congas. Se lucía haciéndolo. Era todo un maestro.

Justo cuando estaban en la penúltima pieza de sus presentaciones, el cantante de *Cerro Bajo* pasaba lista con los músicos. Cada uno mostraba su habilidad con el instrumento que tuvieran. Aquello parecía eterno. Tenía que pasar uno por uno y la canción fácilmente duraba más de 10 minutos. La cosa es que cuando lo hacía mi papá el público entraba en euforia: tocaba aquellas congas con una furia animal.

Parecía que iba a salpicar sangre de las palmas de sus manos. Cerraba los ojos. Movía la cabeza de un lado a otro. Apretaba los labios. Mi papá y el público estaban metidos en el mismo éxtasis. Aplaudían y gritaban a rabiar. Solo con la descarga sonora de las congas era que el cantante no mostraba ni siquiera una sonrisa. Con el resto de los instrumentos sí.

* * *

Cuando se fundó la orquesta eran muy buenos amigos, pero entre mi papá y el cantante empezó a crecer una rivalidad tremenda al cabo de unos años. En aquellos treinta segundos donde mi papá era una estrella, aquel medio minuto en que la gente aplaudía como loca, al cantante se le veía el ceño fruncido. No soportaba que alguien al fondo de la tarima tomara prestado el brillo por un momento. Así era su ego. Los celos llegaron a su cumbre cuando se volvió famoso un video donde mi papá, en la sala de la casa, aparecía entonando una vieja canción que había escrito en sus veintitantos años. Tenía buena voz y millones de visitas en YouTube. Era un tema que él nunca pudo grabar. Ante aquel hecho viral, los de la disquera tomaron una decisión: que mi padre también cantara.

Tocar un instrumento y cantar al mismo tiempo es complicado. Es fácil perderse y más si de percusión se trata. Mi papá no tenía ese problema en lo más mínimo. Hacía ambas cosas con soltura, con destreza. Con soberbia. Y eso le sacaba una vena en la frente al cantante. Al culminar esas noches donde mi papá entonaba los coros y hacía retumbar los cueros con cara de *sobrao*, el cantante no le decía ni una palabra. Sabía que él ya no era la principal atracción del público con su actitud de *latin lover* malandro. Trabajaban juntos porque no les quedaba de otra, pero ya no se hablaban.

Al cantante no le bastaba con ser el que más dinero ganaba en la orquesta. Mientras él ya había firmado el contrato de su cuarta mansión, los demás integrantes aún estaban pagando el crédito de su primer apartamento.

A mi papá se le iban los sobrecitos con los pagos por los conciertos en comprar una que otra cosa que llevaba al ranchito, pero aun en esas circunstancias era una leyenda para mí, y así yo se lo hacía saber a mis pocos amigos de la escuela.

* * *

La voz rasposa del borracho dice «carajo, tre-men-da pieza, caballero». Pensé en lo feliz que debía estar ese hombre con la nota que

cargaba encima. Apenas debía saber qué día era, qué hora era. No tenía preocupaciones. No debía tener responsabilidad alguna más que hacer mandados a la gente de su zona, lo que le hacía ganar los billetes necesarios para seguir jodiendo su hígado a punta de ron barato.

Yo intentaba calmar el temblor en mis manos, pero no lo lograba. Sentía una pena enorme por tener que hacer la entrega en una bolsa tan dañada a esas alturas. El cliente ni siquiera había visto mi mensaje y yo no sabía a qué hora me iba a largar del bulevar.

* * *

Mi mamá siempre le gritaba a mi papá. Decía que cómo era posible que no se preocupara por las goteras, que la casa era un colador cuando llovía, que estaba harta de tener que escurrir el piso de la sala a las dos de la mañana al caer aquellas tormentas. «Pero quédate tranquila, michi, que yo veo cómo resuelvo», le respondía. «Mira que viene un toque bueno en la boda de unos ricos ahí. Con esa platica mando arreglar el techo y hasta compro algo más que no sea arroz para ver si cambiamos, vale. Quédate quieta, mi chinita», decía mi papá. Pero eso enfurecía más a mi mamá y empezaba a sacar lo de la casa mal pintada, lo desgastada que estaba mi ropa, lo poco que le quedaba de vida a mis zapatos escolares, tantas veces mandados a remendar. Eso era solo una parte del catálogo de penurias que había en nuestro hogar. «Quédate quieta, michi». Al menos dos veces a la semana se escuchaba esa frase en el rancho. Siempre en ese tono lastimero.

Las congas no le daban lo suficiente como para vivir de forma decente. Vivir con un techo sin goteras, con muebles donde no se viera el relleno de cada una de ellos. No le daba para vivir con las tres comidas al día. Si pasar hambre ya es difícil, pelear con el estómago rugiendo como tigre es más complicado aún. Por eso ni se esforzaba en continuar con la discusión y solo se limitaba a decirle a mi mamá que se calmara, que ya pronto vendrían buenos pagos por los conciertos, que «dentro de poquito vamos a estar mejor. Ya tú vas a ver».

Quizás él no sabía cómo conseguir más dinero en esa época. Se dedicó de lleno a las congas y se quedó sin aprender algo más. No nos dio todas las comodidades, pero no era un mal padre. Me gustaba que me defendiera cuando mi mamá no paraba de darme correazos por haber roto algún adorno del ranchito, por ejemplo. «Ya deja al muchacho, michi», decía. Y ella, por alguna razón, dejaba de pegarme. Quizás por el tono en que él se lo decía. No lo sé.

Me hacía reír con sus cuentos de los borrachos que veía desde la tarima en cada presentación. Cómo se caían, hacían el ridículo, incomodaban a los demás. Era grato escucharlo llegar a la casa los sábados o domingos apenas salía el sol, pues ya sabía que me contaría algo interesante antes de irme al catecismo o a la misa, según el día. Más de una vez le tocó ver batallas campales en las fiestas. Más de una vez le tocó defender a alguien tranquilo de un tipo ebrio e impertinente, o escoltar a alguna muchacha que fue a divertirse de algún baboso de turno. Claro, esto último me lo contaba solo a mí, pues sabía que a mi mamá no le gustaba escuchar específicamente esas anécdotas que involucraran a «las zorras esas», como ella les decía con rabia. Pero yo prefería imaginar a mi papá como todo un valiente, un caballero como los de antes.

Cuando la orquesta se presentaba en televisión, me sentía aún más orgulloso de él, aun si esos programas no eran vistos por mucha gente. Estaba ahí, en la pantalla, con todos los demás tocando sin ganas porque la orquesta hacía *playback*. Pero él, fiel a su pasión, le daba con ganas a sus congas. Eso llamaba la atención. «Cuando me ponchen en la cámara te voy a picar el ojo, michi», decía. Él más o menos sabía cuándo una cámara lo apuntaba. Picaba el ojo. Y aunque mi mamá hubiera peleado con él en la mañana, en la tarde ya sonreía un poco viéndolo en el televisor.

Era evidente que él no quería hacer una presentación floja, incluso cuando el programa en el que Cerro Bajo se presentaba dejaba mucho que desear. Los presentadores tenían esas voces y actitudes bobas que a él tanto le molestaban. Tenía que escuchar al cantante alabándose a sí

mismo en lugar de hablar todo lo que había logrado la orquesta en los últimos años. Sabía que no le pagarían mucho por esos falsos toques frente a las cámaras. Y a pesar de todo él lograba destacarse. Siempre lo conseguía.

Verlo llegar a casa luego de una aparición en la televisión me hacía verlo como un héroe, pues era mucha mierda la que tenía que soportar.

Yo les comentaba a mis amigos, con mi pecho inflado y alzando la quijada, que era nada más y nada menos que el hijo del conguero de *Cerro Bajo*.

Nunca les generó ninguna emoción, por cierto.

* * *

Una noche, justo antes de una importante presentación en un festival del interior del país, encontraron el cadáver del cantante en la habitación del hotel donde la orquesta se estaba hospedando.

Era evidente lo que había pasado ahí. No había mucho qué investigar. Ya se sabía de sus excesos.

* * *

«Mucho gusto, amigo», me dijo el tipo. Perdí la cuenta del tiempo que tenía esperándolo. Solo sé que había sido bastante. Me molestó que ni siquiera ofreció una disculpa o dijera una razón para su tardanza. No paraba de sonreír, de paso. Eso me molestaba más todavía. «La gente está loca», comentó luego de ver al borracho del otro lado del bulevar bailando.

La sonrisa se le disipó un poco al ver la bolsa de papel toda mojada y arrugada. Creo que sintió asco. Casi se me cae con el temblor que yo llevaba en las manos.

* * *

Si había algo que tenía mi papá era carisma. Lo irradiaba. No fue muy complicado para él ganarse el puesto del líder de la orquesta una vez superado el luto. Ya su lugar no estaría al fondo. Era el nuevo vocalista del conjunto. Se escucharían sus congas y también su voz. La gente apreciaría mejor su talento de golpear los cueros de colores de sus congas y cantar al mismo tiempo. No era nada común ver a un conguero al frente en tarima, y menos que cantara. Eso provocó que hasta gente de otros países apuntara sus oídos para acá. Y aunque seguirían cantando los mismos temas que habían grabado en los álbumes anteriores, en la disquera decidieron regrabar sus más grandes éxitos con la voz de mi papá, como para mostrar la nueva faceta de *Cerro Bajo* y que se acostumbraran a ella.

De hecho, ya que había pasado a la primera línea, a mi papá dejó de molestarle que la llamaran *La Gran Orquesta Cerro Bajo* segundos antes de que salieran de la carpa que les asignaban en los festivales — o de los camerinos improvisados en las tascas, dependiendo del caso.

Ahora era él quien concedía las entrevistas en nombre de toda la orquesta. El que salía en los programas de farándula respondiendo las mismas preguntas de siempre. El que aparecía en el medio de las portadas de los discos. El que se tomaba fotos con otros famosos que querían conocerlo. Incluso conocí gente famosa gracias a él. Justo por ser tan dicharachero logró hacerse amigos de varios a tal punto de invitarlos a nuestra casa. Y, por supuesto, el que empezó a ganar algo más dinero que el resto de los músicos, lo que permitió que, luego de tantos ruegos que hizo mi mamá en sus oraciones de los domingos, pudiéramos dejar el barrio.

Aparecían buenas nuevas en la vida de mi papá, claro, y también había menos espacio en la casa ante tantas botellas de alcohol. Whisky caro, cervezas, ron. Sobre todo, whisky. Ni siquiera necesitaba comprarlo. Lo conseguía gratis. Era una cortesía de quienes contrataban a la orquesta.

* * *

Mi padre estaba en lo más alto. Uno lo veía motivado escribiendo canciones, tarareando cosas todo el día, llevando músicos a la quinta donde empezamos a vivir para discutir sobre futuras canciones, aunque siempre terminaban bebiendo y hablando sobre cualquier cosa que nada tuviera que ver con la razón de la visita. En una de esas se le ocurrió culminar aquella pieza que había compuesto años antes y que se había vuelto tan famosa en los primeros años de YouTube. De esta manera podría presentarla a la disquera junto con las otras que conformarían el nuevo disco.

Así empezó a pulir la letra y melodía de su composición.

Mi papá sabía cuál era su público. Siempre cantaba sobre cosas relacionadas al barrio donde vivíamos. Era lo que vendía. Hizo que esta canción tratara sobre cómo un malandro sustituye a otro, como una constante renovación. Como ciclos que nunca paran.

La cuestión estaba en que no hallaba qué título ponerle.

* * *

Una vez, a principios de enero, iba caminando por la cuadra y vio a uno de los vecinos pintando las rejas de su casa. El año anterior también estaba haciéndolo, y el anterior a ese, igual. Era el vecino argentino. Mi padre se puso a hablar con él, quien le dijo que eso es lo que queda en enero, pintar las rejas, pues la tradición es que el resto del hogar se pinte en diciembre. Así fue como mi padre llegó a una «revelación»: cada inicio de año se retocan las rejas. Una constante renovación. Un ciclo que nunca para. Sin quererlo, el vecino argentino le había dado el título a la canción que terminaría de disparar la carrera de *Cerro Bajo*, pero mi padre decidió, en una reunión con los músicos en la quinta, que las puertas son más «poéticas» que las rejas. Así nació «Las puertas se pintan en enero», aunque nunca se mencione esta frase en la canción. Antes de tocarla en vivo, mi padre siempre daba las gracias a Mario, el vecino argentino, por haberle puesto título a su composición. «El mejor amigo argentino que uno podría tener», decía. Quizás porque era el único amigo de ese país que él tenía.

* * *

La canción fue un palo. Sonaba en todos lados. Era la más esperada y bailada en todos los conciertos. El disco se vendió bastante, pero creo que el éxito fue mayor en los puestos de piratería. Muchos se sentían identificados al escuchar la historia de cómo mataban al líder de su barrio, y al nuevo líder, y al que le siguiera a ese. Todo era gloria hasta que lo llevaron —vaya ironía— a una megafiesta en el barrio El Indio.

* * *

«Sí, están perfectos», dijo el cliente mientras revisaba los cueros. Sacó una bolsa plástica. No quería llevárselos en la mía de papel, ya tan maltratada. «Están en muy buen estado». Claro que lo estaban. No dio chance a estrenarlos.

* * *

La fiesta iba de maravilla. La gente gozaba con la orquesta. Uno podía ver a las parejas moviéndose con los ojos cerrados, disfrutando con pasión pura. Y mi padre no se quedaba atrás. Sus manos golpeando las congas en los solos bajo una especie de trance. Sus párpados apretados también. Cuando cantaba los abría y se pegaba lo más que podía al micrófono. Lo daba todo ahí en la tarima. En especial cuando sonó «Las puertas se pintan en enero».

Aquello fue una completa locura. La gente ni siquiera grababa con sus teléfonos, sino que decidía cantar a todo pulmón junto con mi papá. En vivo la versión era más larga. Mucho más larga y con un ritmo más rápido.

La canción identificaba a los malandros tanto como a los que no lo eran. Todos en sus respectivos barrios conocieron al líder de su zona, líder que luego borraban del mapa un tiempo después. Algunos celebra-

ban, otros lloraban. Malandros expertos en controlar su territorio, pero incapaces de llegar a los veinticinco años. Sustituidos por una siguiente generación. Incluso hay hijitos de vecinos que, por su actitud, hacen que uno intuya que serán parte del relevo por el control de la zona. Y ese era el problema: que la canción identificaba tanto al vecino tranquilo que miraba desde la ventana como al futuro delincuente rey.

En pleno apogeo, cuando todos estaban en un éxtasis tremendo cantando y bailando con la mano en el pecho, a algunos tipos del barrio El Indio no les hizo mucha gracia que llevaran a *Cerro Bajo* a tocar. Mucho menos que la gente disfrutara con «Las puertas se pintan en enero». Y menos aun cuando a su jefe, un malparido sanguinario como pocos se han visto, semanas antes lo habían matado unos policías luego de haberlo intentando más de una vez.

Dos tiros le habían dado al malandro ese. Dos tiros fueron directo a la tarima, cortando la música en seco. Otros cinco tiros fueron al aire justo cuando alguien cayó en la tarima, como para decir «se acabó lo que se daba en esta mierda. Váyanse a sus casas y respeten el dolor ajeno».

«Las puertas se pintan en enero» era la penúltima canción del repertorio de la *Gran Orquesta Cerro Bajo*.

A estas alturas de la historia ya es fácil adivinar quién fue el que cayó en tarima, entonando así su última canción.

* * *

De un momento a otro habíamos quedado sin nada. Para algunos éramos un orgullo y para otros una vergüenza. Nos tocó vender toda vaina en la casa para sobrevivir. Las prendas de ropa, los anillos que se ponía mi papá al salir en tarima, las botellas de whisky. Sus congas, nada más y nada menos. Ya no entraba dinero a la casa. Mi padre no tenía otro oficio y nosotros no teníamos empleo. Dependíamos de él.

Mi mamá tuvo que ponerse a trabajar en una casa de familia. Planchaba la ropa y tendía las camas de unos políticos hijos de puta. La trataban como una basura. Yo dejé la universidad y empecé a vender cosas

nuestras por MercadoLibre. Regalos que nos había dado mi papá.

Ya por fin está terminando de sonar la canción maldita en la corneta. La canción que se llevó a la estrella de *Cerro Bajo* y que ahora me causa náuseas, temblores y me hace sudar las manos. El borracho está acercándose al final de su penoso show del otro lado del bulevar. Allá va un completo desconocido con unos cueros para congas sin uso. Los cueros de colores que mi padre iba a estrenar para su concierto en Miami. Lo último que nos quedaba de él, además de esta bolsa de papel donde estaban envueltos.

Lo que ganamos de la venta nos servirá para terminar de pagar la quinta, al menos.

La constancia de las bestias

María Angelina Castillo Borgo

La mujer llevaba media hora leyéndole al padre cuando vio algo que perdía sentido de repente. Acostado frente a ella, la escuchaba taciturno, como queriendo mirar a ningún lado. Hacía frío y los pocos objetos a su alrededor –la cama, un mecedor, sábanas viejas recién tendidas sobre el colchón, algo de ropa doblada al descuido– le daban la sensación de que el tiempo estaba detenido.

Miró su reloj y se preguntó cómo era que habían llegado hasta ahí.

—Viejo, te toca la pastilla.

La vio solo un instante. Abrió la boca y, con dificultad, se acomodó sobre la almohada buscando la posición anterior. Meses atrás había regresado a la casa para acompañarlo antes de que se olvidara por completo de sí mismo. Le habían diagnosticado una demencia que avanzó demasiado rápido para el presupuesto familiar y a ella, desde entonces, la atormentaba la culpa de no haber hecho lo suficiente.

Esa tarde solo quería leerle al padre. De su cartera, sacó un libro de poesía, el género favorito de aquel obstinado ingeniero al que le hubiera gustado dedicarse a escribir versos, pero que terminó descifrando fórmulas y reuniéndose con gente que finalmente se había olvidado de él.

Un poema para mantenerlo con ella. Así todo estaría un poco mejor.
—Lee más despacio —le pidió el padre. Y cerró los ojos.

En la hendidura de la palabra / te encuentro. Aquello le pareció ornamentado, algo cursi. Pero lo necesitaba. Tenía la convicción de que la lectura le ayudaría con su memoria, lo había leído en alguna página de Internet. Una de las tantas a las que recurrió frenética ante la idea de quedarse completamente sola.

El poema sería una casa en la que estarían a salvo. Un lugar para reponer las fuerzas que se pierden tras los diagnósticos definitivos. ¿Podía ser la literatura esa mesa que espera siempre servida?, se preguntó.

El hombre parecía haberse quedado dormido. La mujer pasó la página del libro y empezó a recitar unos versos larguísimos, casi una epopeya de la imaginación, con los que entabló un diálogo. Aunque a veces resulte un riesgo sostenerse solo de la palabra.

Volvió el rostro hacia la cama. Esa quietud de estatua se le hacía tan extraña.

Lamentó haber estado lejos tanto tiempo, la soledad en la que quedó su viejo tras la muerte de su madre. La soledad propia, la imposibilidad de mantener relaciones estables, su terrible insatisfacción ante la vida.

Antes del primer colapso del padre, ya la cotidianidad se le había desbaratado. No hubiera soportado dormir una noche más junto a Martín, ni otra jornada en esa agobiante oficina donde moría su deseo.

—Alguna vez escribiste sobre algo parecido. ¿Lo recuerdas? —le preguntó.

Se dio cuenta de que la oscuridad de la habitación empezaba a sofocarla. Se levantó de la silla para encender la luz. Sin respuesta alguna del padre, regresó vencida al poema y sus confidencias.

*He logrado hacerte daño.
Tanto insistí
que me fue concedido un trozo
de tu carne.*

*Agradezco la constancia de las bestias
la puntualidad ganada a los relojes
que nada dejan,
ya lo sabes.
Tanto insistí
que en el aciago bosque
te descubriste atroz, salvaje.
Pero tú ya lo habías permitido otras veces,
¿lo recuerdas?
Padre,
no hay ruido posible que prediga la tormenta.
No hay temblor, rayo, alarido de árboles.
Llega y se retuerce,
separándonos.
No.
No nos vamos a separar.
No todavía,
no nunca.*

Daño hace también una casa en penumbra, casa abandonada incluso por la muerte y sus fantasmas. Esas casas pesan, aunque estén vacías. Rincones en los que hubo tanto ruido y que ahora se pierden, devorados por alacranes y serpientes.

La casa de la abuela, por ejemplo. Su patio —¿te acuerdas, viejo?—, la de los almuerzos en diciembre, la época en que todos vivíamos en un mismo país. La casa donde monté mi primera bicicleta y en la que estrené los patines en línea que me compraste cuando gané el concurso de cuentos del colegio. Esa casa de jardín donde enterramos a Lulú, animal dócil que nunca se atrevió a mordernos. Ahí se quedaron tus manuscritos, el sillón para la hora del café, la guitarra, las jornadas de fiebre y las primeras inyecciones —¿la visitaste una última vez antes de que la derribaran?—. Yo no pude y me consuela pensar que razón tenía Hanni Ossott cuando escribió *nunca he visitado su tumba / la llevo*.

Qué pesada se nos ha hecho esta casa nuestra, papá, en la que solo quedamos tú y yo. «¿Me has estado escuchando?».

A veces la vida es un naufragio interno. Es ese personaje atrapado en el estómago de una ballena. Es la lluvia absoluta. La hora de la caída. El estar siempre al borde de la angustia. Entonces, llega la literatura como un amable secuaz. Ocupando el lugar de infinito, de trayecto hacia el mar. Como el de Ocumare, al que fuimos en los Carnavales de mi niñez.

Y llegó a su memoria la canción en la que Jimi Hendrix hizo castillos de arena con sus acordes agitados, y que al final también se hundieron.

Viejo, escucha de nuevo esta frase: *no hay ruido posible que prediga la tormenta*. Mira a este poeta, pobre imitador de ideas borgianas que busca el sueño para distraerse del mundo. Que quiere escribir como la noche. ¿Recuerdas la época en que me pasaba a la cama de ustedes a medianoche porque no quería estar sola? No me importaba que apagaras la luz, ni que saliera el monstruo de debajo de la cama. Yo no quería dormir porque sentía que dormir era irse. Y me daba miedo volver y que no estuvieran mamá ni tú. Yo no quería irme sin ustedes.

No quiero que te vayas ahora.

La mujer detalló al padre, remoto. Estaba demacrado, casi verdoso. Sus mejillas deformes. Su respiración lenta. Los brazos cansados sobre los muslos, que ya no temblaban más. Lo ve dormir, su boca abierta es una cueva de la que salen sombras.

Y algo en esa imagen le hablaba de una vida gastada, de interminables viajes por carretera. Le mostraba un cuarto solitario con una mesita en la que no se encendía la lámpara. Unos ojos líquidos que alguna vez fueron repique de bongó.

Somos como un invento que salió mal, papá. Un juego de niños morbosos retando a la autoridad. ¿Cuándo es que uno deja de preguntarse por qué a mí? ¿Cuándo es que la rabia da tregua?

La mujer escucha un ruido que sugiere una respuesta. Entorna la mirada. Pero el padre sigue dormido. Lo mueve, llamándolo. Lo toma por el brazo. Y no logra nada. Al menos respira. Sí, aún está respirando.

¿Conservará su memoria entera mientras sueña? Cada hombre es su propia memoria mientras está despierto. Pero también puede morir dentro de cada hombre poco a poco, irremediablemente. Y entonces, ¿en qué nos convertimos?

¿Qué haré yo cuando ya no me reconozcas más? Cuando todo se acabe definitivamente y no tengas un nuevo pensamiento para contar-me. A veces la vida no te ofrece la cura, pero al leerte siento que puedo traerte de esa oscuridad que nos espera y llenar tu existencia de recuerdos. ¿Servirá?

Un nuevo ruido la interrumpe. Un sobresalto que no entiende. Mira al techo, ¿será posible que esa gente esté taladrando a esta hora? Me tienen que estar jodiendo. Parranda de inconscientes.

Pero aquello no era estruendo de taladro, sino más bien un alarido. Se estremeció.

Cerró el libro. Vigilante, esperó que se repitiera. Pero nada sonó. Alguien habrá arrastrado cosas en otra parte, se dijo. Y se sumergió de nuevo en la lectura.

Leer es vivir otras vidas. Y la mujer era fiel creyente en la reencarnación, o quizás se aferraba a esa idea para calmar la angustia de saberse breve en el mundo. Leer sería también reencontrarse con el padre, cuando todo aquello hubiera terminado. Existirían en otros cuerpos, en otros lugares y otras épocas. Podrían volver a la historia, convertidos en peces o en zamuros.

¡Otra vez ese maldito ruido!

Se desconcentró. Estaba furiosa. ¡Quién carajo jode!

Iba a gritar, perder el control, cuando la atacó un pensamiento: ¿y si el ruido venía desde dentro de la casa? Aterrada, se levantó de la silla con violencia y empezó a revisar todo. Primero el cuarto: el clóset, debajo de la cama. Luego, la sala y la cocina. El baño del fondo.

—Esta vaina está rara, papá. ¿Escuchaste eso? Despierta, que nos va a tocar salir corriendo.

Él, ya demasiado lejos, no reaccionó.

¿Es que alguien de verdad había podido entrar a la casa? Había cerrado bien, con doble llave. La mayoría de los vecinos se había ido del país, pero aun así la zona seguía siendo segura. Más o menos. ¿Habría entrado un ladrón mientras ella leía? Los ladrones no escuchan poemas.

—¿Quién está ahí? —retó al vacío.

Con las manos temblorosas, revisó su celular. No tenía señal.

Sin haber podido resolver el misterio, volvió al cuarto principal. Concluyó, queriéndose tranquilizar, que el alarido tenía que venir de otra parte. Habría salido de su melancolía o del poema, que a ratos son un poco lo mismo. Es que uno se deja ir con la lectura y se desentiende de lo real. O los confunde.

Un silencio profundo. Y de nuevo el ruido.

Había regresado, esta vez más impetuoso, feroz, irremediable.

BASTA.

¡Basta! Así no puedo seguir. Así no puedo leer. Así no puedo leerte.

—Así no puedo escribirte, Aurora.

El ruido se detuvo. La mujer palideció al escuchar su nombre. Otra vez esa terrible sensación. Como en un acto imposible de rebelión, empezó a cuestionar a la voz. El padre seguía recostado, sin moverse. Aunque ya no estaba tan segura del padre ni del sueño. Ya no parecía reconocer el rostro del hombre. Ni ese, ni ningún otro rostro. Ese hombre no era su padre, ni tampoco sus memorias. Las reflexiones se las había impuesto alguien más.

¿Era ahora consciente de su propia falsedad?

—¿¡Qué es esto!?! —gritó.

—No está funcionando. Esta escena no tiene sentido.

—¿Quién habla? ¿Qué carajo es esto?

—Podría borrarlo todo y volver a comenzar.

—Háblame, por favor. Sal. No estoy entendiendo nada. ¿Dónde estás?

—Quizás si modifico esta línea, la imagen serviría. Pero... qué terror me da la idea de escribir metáforas fáciles. Sufro de pensar que el ruido me gane y el apuro me convierta en un cliché. En un hombre que

solo ha aprendido a hacer lugares comunes y nadie quiera al final leerme. O peor: que comiencen a reírse de mí.

Buscaba un motivo, un personaje que me permitiera recordar. Escribir unos versos larguísimos, epopeya de la imaginación, sobre alguien que lee para existir. Para que también otros existan. Un homenaje al padre, a la enfermedad y la memoria. Pero mis metáforas no tienen la fuerza suficiente. Creo que me faltan palabras, me falta misterio. Padece un poco más la página en blanco.

Repaso a los grandes poetas y me descubro ridículo citándolos como incisos de mis oraciones. Podría dedicarme a otra cosa, pero eso también sería cliché. Muy patético, incluso para mí.

La casa está a oscuras y la historia no funciona. El padre y la enfermedad. La memoria, que también es saber seguir. El instinto que nos hace bestias constantes. Insistir en el movimiento las veces que sea necesario. Movernos. Moverse entre palabras como un triunfo ante la nada.

Un posible comienzo.

La mujer llevaba media hora leyéndole a su padre cuando vio algo que perdía sentido de repente. No. Un comienzo mejor. Necesitamos un mejor comienzo. Y, sin embargo, era cierto que había transcurrido media hora y que ella leía y que él parecía haber dejado de escucharla.

Aquinos

Leonardo Mendoza

Mi nombre es Luis Vargas y esto es un ejercicio biográfico. También es una crónica de la tristeza, un frío corriendo por la espalda, una historia que nadie o casi nadie conoce y que involucra la figura de Facundo Aquinos, el gran ideólogo de la supuesta generación de escritores que estaban destinados a cambiar el rumbo de las letras latinoamericanas.

Nacido en la árida comuna de Copiapó, en el norte chico de Chile, llegó a Venezuela a mediados de 1974 luego de haber deambulado durante unos meses en la capital mexicana tras el golpe a Allende. Ya en Caracas, en la «davosiana Caracas de sus pesadillas», como solía decir, rápidamente se instaló en una pensión de estudiantes cerca de la iglesia San Pedro, lugar donde viviría por casi veinte años.

Aquinos trabajó como corrector de textos en la Biblioteca Ayacucho gracias a lo que llamó «su contradictoria amistad» con Ángel Rama, pero una serie de desencuentros con el crítico uruguayo lo hizo abandonar ese proyecto. Semanas más tarde, ocupó el mismo rol en la editorial Monte Ávila. Allí conoció a los autores venezolanos más relevantes del momento, quienes le tuvieron en alta estima a pesar de las quejas que generaba su método de trabajo. Salvador Garmendia, por ejemplo, lo acusó de querer *chilenizar* su prosa en una de las reediciones de *Memoria de*

Altagracia, y Adriano González León, en un conversatorio organizado en su Valera natal, le increpó —con voz espesa— de la siguiente manera: «Mi estimado Facundo: corrige. Si quieres escribir, también puedes hacerlo».

Si al caso vamos, Aquinos tuvo muchísimos encontronazos con la llamada Santísima Trinidad del teatro venezolano: Isaac Chocrón, José Ignacio Cabrujas y Román Chalbaud. Con ellos la relación era nula, en parte porque el corrector no soportaba «los abusos del *slang*» en sus obras teatrales. «Piolos sin onda», llegó a escribir en su diario, en una entrada datada en 1979. O también, en uno de sus escasos —y desatinados— ejercicios críticos, fechado en 1981: «¿Se habrán leído entre ellos, las tres C? Si lo han hecho no se han cachao. Uno es cuico, otro perna y el último un gil». Ya en la década de los ochenta, Aquinos se involucró en la gestación de varias editoriales, como Troya, Pequeña Venecia y Mucuglifo, proyectos que fueron muy importantes en los noventa, y que abandonó por falta de tiempo. El llamado «viernes negro» no fue una sorpresa para él y durante la furia del Caracazo se encerró en su cuarto de la pensión de estudiantes durante dos días, comiendo solo galletas de soda, convencido de que en cualquier momento el gobierno de Carlos Andrés Pérez iba a ordenar el bombardeo sobre la masa rebelde que saqueaba la ciudad. En enero de 1992 regresó a su patria, Chile, luego de la endeble transición a la democracia de ese país, librándose de un nuevo naufragio en sus traumas a causa de las intenciones golpistas, obra de un grupo de militares —«la mayoría enjutos», me dijo— ese año.

Aquinos vuelve a Venezuela tras la destitución de Pérez, en 1993, después de que su primera novela fuese rechazada por varias editoriales en su país. Paradójicamente, las constantes de esas negativas adujeron al hecho de que, en su escritura, eran perceptibles algunos modismos impropios del idiolecto chileno. Los siguientes años, por decisión personal, los va a vivir en una honda modestia. Primero, en una habitación que alquiló en la calle Maury de Catia, en un caserón de arquitectura similar a la mudéjar, gracias a la recomendación de una antigua compañera de trabajo, y quizás su única amiga, Eva Colmenares. Allí conoció a un joven

Juan Carlos Méndez Guédez, ahijado de la propietaria, quien estaba a punto de publicar su primer libro de cuentos en el sello Waraira Repano. Ya después, en el apartamento que compró gracias a las secuelas de la crisis financiera de 1994, en la que muchos quedaron prácticamente en la ruina. Ciertamente, a pesar de que jamás se identificó con las políticas norteamericanas, sí que lo hizo con el dólar, moneda en la que refugió todos y cada uno de sus ahorros desde que partió al exilio tras el *putsch* de Pinochet en su país. Esto, gracias a la recomendación de un poeta mexicano que imitaba a Octavio Paz —cuyo nombre Aquinos no recordaba o no quiso mencionar— quien también le habló de los beneficios de la austeridad. Por ese inmueble —sencillo, como él— ofreció menos del cuarenta por ciento de su valor a uno de los impulsores de Troya. «No tengo más», le mintió. «Facundo, eres un gran amigo. Con ese dinero me alcanza para comprar una casa en Cabudare, cerca de donde vive mi mamá. Mi hija no está muy contenta, pero algún día entenderá que nos salvaste», le respondió el editor.

Fue así que Facundo Aquinos, ahora un humilde trabajador de una carnicería en el Paraíso, habitó su primer hogar a los cuarenta y dos años, en un callejón cerca del parque La Paz. Como es de suponer, no entabló amistad con ningún vecino y, cuando Hugo Chávez comenzó a liderar los sondeos para las presidenciales de 1998, tuvo la imagen de que una avalancha de mierda se llevaría todo a su paso. Solo una tormentosa relación lo mantuvo en Venezuela, la primera y única que le conoció la señora Colmenares «en todos esos años». El nombre de la «desafortunada», como ella le decía, era Carolina Bernet, nieta de inmigrantes catalanes que se asentaron en La Guaira. «Una muchacha triste. Su papá desapareció en el Caracazo luego de unirse a las turbas saqueadoras. Se lo llevaron la noche del 28 y seguro lo tiraron en la peste», me explicó Colmenares. Si ellos convivieron como pareja fue responsabilidad de la propia Bernet. Aquinos, en más de una ocasión, había dicho que él solo compartiría su vida con la mujer que se esforzara en conquistarlo. Muchos pensaron que aquello era una excusa para ocultar una inconfesa homosexualidad. Esta tesis, además, fue alimentada luego

de un supuesto desplante que le hizo Isaac Chocrón al no permitirle la entrada al estreno de *La máxima felicidad*, en 1975, aunque uno de los asistentes a ese espectáculo, el también dramaturgo Roberto Pérez León, asegura que Facundos sí vio la obra, pero que al final de la misma irrespetó al autor al cuestionar airadamente uno de los parlamentos del texto, cuando el personaje llamado Pablo se enorgullece de que se dirijan a él como señor Larousse. Según Aquinos —cuenta Pérez León—, la línea debió referir a la Real Academia Española.

A pesar de identificarse con las causas revolucionarias, Aquinos no apoyaba al movimiento de la V República. Para él, su germen militar era contradictorio con las bases teóricas del marxismo. Es probable —y esta es una conjetura personal— que los mismos rostros que vistieron esos uniformes camuflados, con los que años atrás masacraron a decenas de civiles en los fallidos golpes de Estado, les recordaran a las tropas pinochetistas que lo empujaron al exilio. Aun así, poco o nada hizo para advertir a sus compañeros de trabajo que la devoción mesiánica que sentían por el que fuera presidente no llegaría a buen puerto. De hecho, tras la repentina muerte de su novia Carolina Bernet, esa «dama de turgentes pezones que punzaban las sábanas», tapiada por toneladas de lodo en el deslave de Vargas, Aquinos se convirtió en una persona de carácter todavía más taciturno y calculador, de esas que hacen horas extras sin facturarlas y que por lo general contestaba con monosílabos a cada interrogante. No recuerdo si fue en nuestro tercer o cuarto encuentro que, al hablar de su «única y certera premonición», la del alud de mierda destripando a miles de cadáveres en las costas de Vargas, confesó que esa imagen se había convertido en una pesadilla recurrente.

Los siguientes eventos que sacudieron la arena política en el país no alteraron su ritmo de trabajo hasta los sucesos de abril de 2002. Como poco o nada le importaban aquellas diatribas, decidió presentarse cada mañana en la carnicería, a pesar de que los dueños habían decidido plegarse a la huelga general. Esto motivó su posterior despidido, disfrazado en una presionada renuncia, ya que una semana después del regreso de Hugo Chávez a la presidencia, tras su breve deposición,

varios medios oficiales filtraron una fotografía suya, vistiendo el uniforme frente a la santamaría cerrada del local con la siguiente leyenda: «El pueblo trabajador siempre rechazó la agresión imperial». Muchos abogados, deseosos de lucrarse, le contactaron para convencerle de que era su oportunidad de demandar a la empresa y arrancarle una buena tajada. Él se negó. Pensaba que, con sus ahorros, tenía suficiente dinero para vivir varios años y, si la situación se desesperaba, podía vender el apartamento y regresar a una pensión.

Eva Colmenares, por su parte, al enterarse del escándalo de la fotografía, buscó retomar el contacto con Aquinos. Luego de jubilarse, había regresado a su natal Marigüitar, un pueblo costero próximo al golfo de Cariaco. Ella lo invitó a pasar unos días en su casa. «Así te distraes, Facundo. Y conoces estas playas», le dijo. En ese momento, Aquinos comprobó que, en sus casi treinta años viviendo en Venezuela, sus breves estancias en el aeropuerto de Maiquetía era lo más cerca que había estado del mar Caribe. Se sintió tentado y estuvo a punto de aceptar la invitación si no hubiese sido porque otra compañera de Monte Ávila, de nombre Susana Lobo, lo llamó para ofrecerle un nuevo empleo. Tras escucharla, le hizo dos preguntas: «¿Cómo conseguiste mi número?». «Me lo dio Valdivieso, uno de los abogados que se comunicó contigo para la demanda. Él trabajó con nosotros en la editorial»; y: «¿Cuándo comienzo?». «Te voy a dar tres secciones. Ven el lunes a la oficina y hablamos». Ese día, Aquinos se presentó en la sede principal del instituto en Las Mercedes. Dos bolsas de sudor crecían debajo de sus axilas, manchando su camisa amantelada. Susana lo recibió con afecto empresarial y le preguntó si tenía experiencia docente. Con la vista clavada en el suelo dijo que no. «Qué raro», soltó ella, «yo pensé que hasta dabas clase de gestión editorial o algo así». «No, Susana. Yo solo sé corregir». «Igual, aquí no te necesitamos para asuntos de edición. Quiero que te encargues del curso de lenguaje. Ya te imprimo el programa para que conozcas los contenidos». Si al caso vamos, aquel trabajo fue un bote salvavidas para Aquinos. No solo porque finalmente pudo dar clases, uno de sus más secretos anhelos, sino que, a raíz del control cambiario impuesto

en febrero de 2003 en Venezuela, la compra de divisas se convirtió, para él, en un esfuerzo titánico. Víctima de un par de estafas en el mercado paralelo, tomó la decisión de gastar, por vez primera, todo el dinero que caía en su cuenta corriente todos los quince y último de cada mes.

Lo cierto del caso es que, durante casi dos años, Aquinos se comportó como un profesor modelo, lleno de vitalidad, presto a colaborar con los estudiantes que se inscribían en sus cursos, quienes después de ser admitidos en las universidades le regalaban relojes, corbatas italianas y novelas compradas en cualquier Tecniciencia. Nadie, ni siquiera Susana, sabía que detrás de esa sonrisa afable se ocultaba una sensación de luto perenne, producto de una adolescencia perdida en el lejano Chile de los tempranos setenta, cuando cantaba feliz por las calles de Santiago las coplas de Víctor Jara. De esa vida perdida, nace la novela —inédita, a pesar de las presiones— titulada *Temores*, un texto de casi trescientas páginas que fue reducido por su autor a una simple frase, aparecida en las páginas del *Papel Literario*, como una especie de metáfora del hundimiento, razón por la que trabajé algunos aspectos de la estética del caos en esa historia para mi investigación de grado.

En el año 2005 todo se derrumbó para Aquinos. Por pura casualidad, el año en que fui su alumno. Tras el éxito del *Falke* de Federico Vegas, Random House Mondadori decidió apostar fuertemente a favor de la literatura escrita por autores venezolanos, ejemplo que siguieron decenas de editoriales. La coyuntura política, inficionada por el autoritarismo de Chávez, necesitaba de respuestas —erradas, la mayoría— a esas polaridades. Por esa razón, la novela de Aquinos era perfecta para continuar la línea crítica al militarismo, «germen del atraso y el agrietamiento en los talones de los niños, obligados a vender conservas de coco cerca del aeropuerto», tal y como leemos en una de las frases obviadas de la versión pública de *Temores*. Al comenzar el proceso de edición del libro, varios encontronazos con uno de los correctores de la editorial, Henry Arrayago, no llegaron a los puños gracias a la intervención de Sergio Dahbar. Como esta situación no debía trascender a la opinión pública, desde la editorial concedieron a Aquinos el favor de revisar el

texto una vez más, para que *pensara* en las sugerencias apuntadas en el texto. El resultado no pudo ser peor. Aquinos lo tomó como una afrenta y luego de tres semanas regresó a la editorial con un manuscrito de una página y apenas dos líneas.

La respuesta de Random House fue tajante: retiraba la oferta de edición. Semanas más tarde, comenzó hablar sobre la revolución que quería impulsar, en una clase donde ignoró el contenido del temario. Buscaba azuzar, entre mis compañeros, una sed de revancha que no nos correspondía. Para su mala suerte, en ese curso había dos alumnos que se apropiaron de ese resentimiento. Hablamos de Rodrigo y Rubén, par de imberbes que, al saludarse, chocaban las manos con una fuerza impropia de la cortesía, como si el enrojecimiento de la piel fuera una prueba de amistad. Ellos, me enteraría después, estaban frustrados luego de haber participado en decenas de concursos literarios, donde ni siquiera figuraban entre los *accésits*. Ellos pensaban que los jurados no reconocían sus trabajos por el simple hecho de que no daban crédito a una incipiente y nobelizable calidad. En cualquier otro contexto, Aquinos hubiese asumido la voz de la razón. Pero como su intención —confesa, años más tarde— era la de «aprovecharse de un grupo de párvulos ignorantes», no le pareció tan grave apoyar los delirios de grandeza de ese par. Tal vez haya sido divertido para él, me parece, alimentar ese mundo épico como un escape a su constante soledad. «No fue difícil», agregó, soltando un largo bostezo, el hecho de convencernos de que podíamos cambiar la industria del libro en América Latina con nuestros poemas mal escritos y cuentos inverosímiles.

Para motivarnos, Aquinos aseguró ser víctima de una terrible conspiración de las «mafias editoriales», que tenían órdenes expresas de no publicar sus novelas. Recuerdo que, en solidaridad con «la mayor injusticia del campo cultural a principios de siglo», nos ofrecimos a financiar la publicación no solo de *Temores*, sino de su primera novela —que se encuentra perdida— como ejemplo para nuestra generación. Pensamos, incluso, en fotocopiar sus textos para repartirlos en el boulevard de Sabana Grande. Al principio, él estuvo de acuerdo; sin embargo,

nunca entregó los manuscritos y siempre tuvo excusas, unas más rocambolescas que las otras, para no ceder el texto que iba a encabezar nuestro movimiento literario-revolucionario. (Si no lo perseguían unos *skinheads* al servicio de las editoriales, era secuestrado por el edecán de Hugo Chávez para advertirle que, si destruía las editoriales privadas en Venezuela, iba a mitigar la confrontación política, escenario que no le convenía al presidente).

Ahora bien, si algo destaco de Aquinos es que nos invitó a escribir. Pero con Rodrigo y Rubén involucrados en esta historia lo que sigue es predecible. El primero daba fe de que podía componer entre siete y veintiún poemas al día, inspirados en nimiedades, como la calva del vigilante del instituto. En vez de parar en seco estos arrebatos, insisto, Aquinos respondió que solo los verdaderos poetas, los «purasangre», eran capaces de semejantes proezas. Rubén, celoso por la condecoración, prometió entregarle a Aquinos sus «obras completas» para que las corrigiera. Con el paso de las semanas, las clases perdieron todo norte y versaron sobre estas lisuras. Entonces ocurrió lo que terminaría sentenciándolo en el instituto: el resto de estudiantes dejaron de asistir a clases. Las quejas, por supuesto, llegaron a oídos de la señora Lobo, quien no tuvo ningún reparo para despedirlo. Tras su expulsión —celebrada por Rodrigo y Rubén como un triunfo contra el sistema—, Aquinos se esfumó. «Está preparando la grande», decían ellos. Después del primer contacto telefónico que hicieron, él les dio una dirección falsa en Santa Mónica. Pensando que había sido un error al copiar el nombre del edificio o la calle lo llamaron, pero su número había sido cancelado. Lo primero que pensaron, me consta, es que la línea tenía problemas, algo que fue bastante común con la absorción de Telcel por parte de Movistar. Después, temieron por su vida, en constante peligro por la amenaza de los *skinheads* editoriales o el edecán del presidente.

Rodrigo y Rubén, en aras de salvar el movimiento, y huérfanos de padre estético, se autoproclamaron como los nuevos líderes de la *revolución aquiniana*. «Los aquinistas», como se hacían llamar, no podían dejar morir a una generación. «Te necesitamos, Lucho», me dijo Rodrigo

una mañana. No sé por qué acepté, ya que desde el principio olí que algo estaba mal. Tal vez mis ganas de ser como ellos nublaron mi juicio, al ver que lo primero que hicieron fue incorporar a decenas de integrantes no comprometidos con la causa. Esto, según Rubén, nos permitía dirigirnos —«ahora sí», enfatizaba con un Marlboro rojo bailando entre sus dedos— como un verdadero movimiento. Así conocí a estudiantes de la Metropolitana y del colegio Santiago de León, muchachas del Mater Salvatoris y uno que otro cuarentón que se presentaba como artista conceptual. Todos ellos decían que escribían, aunque la mayoría ignoraba quiénes eran los decadentistas franceses, la generación perdida estadounidense, el «boom» de la novela latinoamericana o poetas como José Antonio Ramos Sucre. Unos pocos habían escuchado hablar de Gabriel Torrelles por su trabajo en *Urbe* y Camila, la novia de Rubén, idolatraba a Alejandro Rebolledo.

Una vez le comenté a Rodrigo sobre estas falencias y él respondió que no importaba. «Así somos prístinos, Lucho», insistía, antes de renegar de mi suerte por haber sido contaminado en mi colegio con esos conocimientos a los que llamó «caducos». Lo cierto es que, conformado el grupo, comenzamos a reunirnos en casa de Rodrigo para supuestamente leer nuestros escritos. En más de una ocasión quedé con mis folios en mano, pues la mayor parte del tiempo era utilizado para hablar de marcas de automóviles, sobre quién se había cogido a quién en los viajes de promoción a Cancún o las diferencias en la nota que producía la marihuana que se compraba en La Floresta o en Plaza Venezuela. Yo asistí a seis o siete reuniones, hasta la noche en que Rubén me expulsó del grupo por no celebrar la lectura de un cuento que había plagiado a Julio Cortázar y que se atribuyó tras maquillar dos o tres detalles. Por fortuna —como me enteré, años después—, aquel cisma fue lo mejor que pudo ocurrirme. Valentina, una de las muchachas del Mater, era vecina de Federico Vegas. Ella le contó todo lo que sabía del movimiento, emocionada, ante las cejas en el cielo del escritor que no daban crédito a lo que escuchaba. Cuando él le preguntó si tenía una copia del famoso cuento escrito por Rubén, ese que iba a revolucionar la literatura

latinoamericana, ella le dijo que sí, que casualmente había guardado el manuscrito sin que nadie se diera cuenta porque le parecía una historia muy bonita. Al día siguiente se lo entregó y mayor fue la carcajada de Vegas al constatar que estaba leyendo «Queremos tanto a Glenda», donde el nombre de la protagonista había sido cambiado por Camila. Por cosas del destino, minutos después de constatar el fraude, Vegas recibió una llamada de Carlos Sandoval. Tras contarle su descubrimiento, la voz carrasposa del crítico le dijo: «Pásame el nombre de ese carajito. Varios colegas, que han hecho las veces de jurado en los concursos, me han dicho que hay un gracioso que envía cuentos de Cortázar como suyos».

—Te habéi salvao de una grande —dijo Aquinos, la última vez que lo visité, riéndose de lo que había provocado.

—¿No le genera remordimientos, profe? —pregunté, sorbiendo un espeso y oscuro café.

—No, ¿por qué?

—Le voy a contar. El año pasado me inscribí en un taller de narrativa y uno de los compañeros presentó una versión de un relato de Hemingway como propio. El profesor se dio cuenta y dijo que hace unos años hubo un grupo de plagiadores que enviaban cuentos de Cortázar a los concursos. Todos ellos, sin excepción, fueron vetados por las editoriales venezolanas.

Tras soltar otra carcajada, Aquinos desacreditó esa tesis no sin antes relatarme que Sandoval, tras hablar con Vegas, lo llamó para saber si efectivamente él estaba metido en ese enredo. Él le dijo que no, que no nos conocía, y Sandoval procedió a enumerar, con un tono jocoso, a los «graciosos que iba a cazar».

Mi nombre, por suerte, no figuraba en esa lista.

Tras agotar el tema, Aquinos me preguntó si ya tenía tutor par mi tesis. «María Fernanda Palacios», le dije. Después de aprobar mi elección, se levantó de la mecedora y entró a su habitación. Tardó unos diez minutos que parecieron eternos y, al regresar a la sala, lo hizo con un manojo de hojas en la mano. Al entregármelo, comprobé que era una versión limpia de *Temores*.

Aquinos murió semanas antes de defender mi trabajo de grado. Al parecer, víctima de un opaco cáncer de próstata que hizo metástasis e infectó sus huesos. Gracias a un generoso artículo publicado en Prodivinci por el propio Sandoval —uno de mis jurados—, he recibido varias llamadas de editoriales independientes interesadas en el manuscrito de Aquinos. Como él no dejó instrucciones sobre qué hacer con su novela, y tampoco tuvo descendencia, conservo la única copia conocida en un sobre amarillo, al que de vez en cuando reviso para leer algunos pasajes.

A veces, lo admito, pienso en que debo fotocopiar el texto y repartirlo en el boulevard de Sabana Grande.

El anotador

José Miguel Mota Mendoza

I

Margarita puede ser una fiera. A veces, bajo ese sol de sudor y salitre, te ganas la vida limpiando porquerías en el canódromo o vendiendo pañitos de cocina. Todo por billetes aceitosos. Fue el hastío lo que te llevó a colarte en el Guatamare, en un juego de Caracas contra Bravos. Nunca fuiste fanático, pero la victoria del equipo local te da tanta euforia que celebras entre desconocidos.

La fiesta termina a la madrugada. Duermes entre las butacas del estadio. La pasas intranquilo. Atribuyes ciertas voces al alcohol. El amanecer trae un frío capaz de hacerte olvidar de que vives en una isla caribeña. Los de mantenimiento gritan cuando te estás yendo, y con la cabeza zumbando todavía, manoteas para que dejen el fastidio.

—¡Epa! —te alcanza uno.

—No vayan a llamar a los pacos —dices—. No me robé nada.

—Se te quedó esto. —Te entrega una libreta. Le ibas a decir que no es tuya, pero te interrumpe—: Hoy sin falta otra vez.

Asentiste al no saber qué contestar y te vas. Mendigas en las camionetas hasta la noche. Regresas cómo te lo pidieron. Los alrededores del estadio andan alborotados con las fanaticadas. Aquel mercadito de

camisas y gorras se confunde con la reventa de entradas y con la seguridad, que en realidad solo se bucea a cuanta carajita le pasa por los ojos.

—A buena hora que apareces —te dice el mismo tipo de la mañana—. Anda pa' las cabinas.

—Ajá...

—Nada, nada. Andas manguareando mucho.

Lo sigues, y desde unas butacas, arriba de la cueva de los locales, te llaman.

—Ahí está el manager.

Los espera un tipo con camisa de los Bravos. Te señala con los labios el asiento a su lado y obedeces al sentarte.

—Para verla, que ayer te fuiste y no pudimos sacar cuentas.

Piensas que te metiste en un problema de drogas, y al no llevar contigo mercancía alguna recuerdas cómo castigan a los jibaros descuidados. Quieres salirte de ese malentendido. Finges hurgar en tus bolsillos cuando encuentras la libreta y por si las dudas se la muestras al tipo. Te la arrebata casi que con todo y mano.

—Coño, sí tienes la letra fea —dice al ojearla—. A ver, sí, todo en orden. —Arranca unas páginas y se levanta—. Pilas con el juego de hoy. Acompáñalo, Óscar.

Te la devuelve. El estadio se llena poco a poco. Algunos gritan a los jugadores que calientan, y otros les piden fotos como si fuesen los Yankees de Nueva York. La libreta lista nombres y números; hay hasta dibujos del terreno de juego; borrosos y remarcados. Por el altoparlante anuncian el comienzo del partido y se escucha durísimo el playball. El pitcher lanza una recta atrapada por el receptor y se escuchan vótores cuando el umpire canta el primer *strike*.

—¿Entonces? —dice Óscar—. ¿Te dormiste? ¿No tienes bolígrafo? Niegas.

—Toma. —Saca uno de la manga—. Anda, que Peña lleva dos bolas y dos *strikes*.

Sigues lelo.

—¡Escribe, pues! —dice ya sin paciencia—. Pon que Peña tiene a Gutiérrez en tres y dos.

Los números de la libreta agarran sentido: es un registro del juego. Cada picheo está anotado, también cada bateo y atrapada. Todo, más allá del marcador final, pasa por la libreta que ahora tienes en tus manos.

—Lo ponchó con una slider.

Garabateas eso como un niño chiquito. Óscar te dicta la secuencia de lanzamientos. Ahora Peña se enfrenta a un bateador zurdo de apellido Flamingo. No sabes si esto último es importante, pero igual lo anotas. Batea hacia el jardín izquierdo, y dibujas un terrenito de juego como los que habías visto y trazas una raya que simula la trayectoria de la pelota. Pica en lo que entiendes es zona buena. El hombre se queda en primera base, aunque te da la sensación de que de no ser tan gordo llegaba a segunda.

—Bien, anotador —dice Óscar—. Ahora viene Salcedo.

Agarras el ritmo como si tus manos se hubiesen encantado. Gracias a Óscar disipas las dudas que surgen a medida que el juego avanza. No sabes qué es un *infield fly*, por ejemplo, y después de saberlo te parece absurdo. Eres ajeno a la euforia del público, relegado al mundo de la libreta. Pareces escribir en simultáneo con el futuro. A Peña lo cambiarán por un derecho en el quinto *inning*; lo anotas al mismo tiempo que pasa. ¿El juego se forma justo al escribirlo o viceversa? Te mantienes atento, como un jardinero a la espera de un batazo.

Llega el *out* veintisiete con victoria de los locales. Das punto final con tus dedos manchados de tinta. Óscar te da par de palmadas y te lleva al *dugout* en un desfile de cortesía con los jugadores. Te saludan. Saben que eres el anotador, que de ti depende algún engranaje reservado solo para verdaderos fanáticos. Un muchacho te pide la libreta y se la das receloso. Copia los datos en una hoja en limpio. Al devolvértela te late. La madrugada te agarra otra vez en el estadio. Recorres las gradas como si buscaras algo perdido. Manoseas la libreta con la vista puesta en el terreno de juego. Llenas las posiciones como si hologramas de peloteros saliesen del recuerdo reciente. Te detienes en aquellas jugadas, en los

jugadores ensoñados. Al rato dejas el estadio y te entregas al hambre de la noche.

II

Margarita ya no es tan fiera. Cumples el oficio de anotador como si hubiese sido reservado para ti. Te amigas con el equipo técnico, camarógrafos y reporteros, con los recogepeletos y *batboys*, con las animadoras y hasta con Bravín, la mascota.

A pesar de todo, te decepciona no viajar con el equipo a otras ciudades. No concibes que existan anotadores en Caracas o en Valencia. La precisión de tu libreta es infalible, te lo dice el manager. Sin embargo, cuando ellos agarran el avión, un pájaro de acero destartalado, te quedas atrás como una novia plantada. Solo Óscar te acompaña en el despecho cuando ves los partidos por la televisión de una gallera.

Les va mal sin ti, sin tus apuntes. Las victorias de visitante son escasas, inexistentes como la sinceridad de un político. En cambio, aquí en la isla, dejan en el terreno a quién se les cruce, imbatibles, sin importar cuántos títulos tenga el contendor.

Un día los esperas en el aeropuerto junto a Óscar. Las horas pasan y te aprendes la programación cíclica de la sala. La única puerta de desembarque recibe vuelos de otras latitudes; tantos rostros que al final terminan pareciéndote el mismo turista.

—Saldré a fumar —dice Óscar—. ¿Quieres algo de comer?

—No —respondes—. Estoy bien así. Tengo que estar pendiente por sí el equipo llega.

—A tu salud, anotador.

Sigues sin quitar la mirada de la puerta y del cielo. Nada. Le preguntas a una de las mozas de la aerolínea; ella está en las mismas que tú. Lo más probable es que el vuelo se haya retrasado por mal clima, dice.

—Hace un sol... —piensas.

Algunos familiares de los peloteros empiezan a preguntar detrás de ti, como si hubiesen estado esperando que alguien abriera esa primera

botella para empezar a beber. Los ánimos se caldean y las pobres mozas no saben qué hacer. El hueco que se abre en tu estómago sirve de vigía ante la posibilidad que se gesta. Sales del aeropuerto y buscas a Óscar, sin éxito.

Te enterarás por radio, por un periódico o la televisión. Puede que alguien te lo haya dicho, y cabe la posibilidad de que lo hayas soñado. Lo cierto es que ya no importa cómo la noticia llega a ti. El vuelo desapareció en el mar. Las comunicaciones fallaron en algún punto y el avión dejó de existir para los radares. Nadie sabe cómo pasó, perderse en esa minúscula línea fronteriza entre tierra firme y la isla. Surgen las teorías en los medios: un secuestro, un piloto primerizo, acuatizaje forzoso, ovnis.

Los dan por muertos. El luto cubre a toda la Liga. En parte es tu culpa. Solo tuya. Como si se tratase de un partido crucial por el campeonato, te sientes tan parte del equipo que piensas que de haber estado con ellos, no les habría pasado nada. Los recriminas y te recriminas. Hubiesen llevado a su anotador, a su anotador estrella, a su as de la suerte.

El Guatamare, ahora cerrado por una sombra, parece un cascarón roto. Pasas semanas sin saber de Óscar. Estará envuelto en un papeleo infernal con la directiva. ¿Cuál era su función? No lo recuerdas. Todos son capitanes de barco, por lo que lo más digno es hundirse con la tripulación entera. El último *out* no se lo dan a un bateador en específico, sino a todo el grupo. La derrota es colectiva, nunca individual. Así funcionan la garra en el juego; perdemos o ganamos todos; no hay puntos medios.

Lidias con la pena yendo a una playa en Pampatar por la madrugada. Te sientas de cucullas en la arena fría. De momento te parece que las olas traen noticias de los ahogados. No te preocupes, dicen, queda un último juego, anotador, mejor que la Serie Mundial, mejor que una Serie del Caribe. Ven a zambullirte, a lavarte la cara, a ocultar esas lágrimas que ya no reprimes. Te metes al agua y flotas bocabajo, como una balsa pesquera, entregada al mandato del mar y sus dioses.

Un lejano grito de playball rompe la playa.

III

Ahora Margarita es un sendero único. Sin importar dónde estés te conduce al estadio. Parece un pabellón alzándose a la madrugada, un túmulo; y a sus alrededores, gaviotas vigilantes como gárgolas te fusilan con la mirada cuando fuerzas una de las rejas para entrar. Conoces de memoria cada pasillo. Te paseas por los camerinos, todavía olorosos a sudor y grama. Las goteras de las duchas imitan la medida de un reloj, y sabes que el tiempo apremia, que tu cita espera con la paciencia de los muertos.

Te sientas en tu cabina. El único reflector es la luna caliente, atravesada a veces por un nubarrón perdido. Solo quedan las esquirlas de la fanaticada, de las barridas por alcanzar alguna base, de las señas entre jugadores y entrenadores; el reflejo de algo que sabes que ya no está, que se olvidará como se olvidan las tragedias.

La ráfaga del primer picheo deja una estela desde el montículo. Allí está un lanzador, quizá Peña, esperando la devolución de la pelota de parte del receptor. El bateador sin rostro se lamenta por no haberle dado. La secuencia que sigue es recta, curva y luego recta. Todas abanicadas. Acaba el turno. La pelota ahora da la vuelta por todas las almohadillas a través de jugadores de estática, como una luna con órbita de diamante.

Parpadeas y las siluetas también, como si la dimensión del estadio intentase sintonizarlas. Un nuevo bateador viene a la goma, y de reojo ves que otro calienta en el círculo de espera. Los jardineros están preparados; saben que este le puede pegar muy duro, que les va a tocar correr mucho en el mejor de los casos; y tú, contagiado por el deseo de participar, procedes a anotar lo que ves. La libreta todavía está empapada del chapuzón en la playa; la tinta se ha corrido, borrando un poco el pasado.

Efectivamente el bateador vence el picheo quebrado y conecta una línea por el jardín izquierdo que lleva fuego. El jardinero corre a todo lo que dan sus piernas; despidе chispas de césped al correr y logra atrapar la pelota justo en la línea de foul. Evita un doble y se lleva la ovación de

sus compañeros. Un aplauso estalla como el de un estadio a tope. Es el tuyo.

En nueve *innings* se dan de puños y dientes. Batazos que parecen estocadas y picheos que repelen embestidas. Hay una jugada en el home que hace que los *dugaouts* se vacíen, y llamas a la calma desde tu asiento. Te hacen caso y siguen jugando como si nada, como si el avión en el que tripulaban no se lo hubiese tragado el mar, como si se disputase la final de la temporada. Entre bates partidos y un elevado que cae cerca de ti, sigues anotando. Aguantas la tentación de agarrar esa pelota, que parece tener costuras hechas de almas.

Termina el partido. Es una victoria cerrada, que quedará en los anales de quien haya tenido el privilegio de verla. Y ahora, con la luna oscurecida, los jugadores se desvanecen, llamados por las arenas de todas las playas de la isla. Peña te ve y asiente antes de fundirse con el aire. Esperas desintegrarte junto al equipo y volver a las aguas.

—No es tu turno todavía, anotador —dice una voz detrás.

Es Óscar, mientras se toma una cerveza.

—¿Me dejas ojearla?

Le cedes la libreta.

—Mañana sin falta —te dice al pasar las páginas.

El escondite

José Miguel Casado Gómez

Cuando la salsa brava la arrancó del sueño, apenas pudo incorporarse. La bruja la había atormentado toda la madrugada, esta vez se había convertido en perro. Extendió la mano para apretar el botón que calla el aparato y restituye la calma. Desde la ventana, vio a la bruja meterse en la casa para volver a convertirse en mujer. El sol todavía no terminaba de imponerse, y ella, detenida en la ventana, pensó por un instante que la vida a veces se quedaba quieta y se dejaba mirar, a veces no se venía encima como un perro rabioso. Luego, la invadió el tiempo por la espalda, la arrancó de su cavilación y la lanzó a la rutina. Se metió en la regadera. Encendió el agua palpándola inútilmente con las manos, como si se fuese a calentar. Tomó el jabón cuadrado y tosco y lo restregó por su abdomen flácido, con desgana, pensando que era innecesario lavarse y que pudo haber dormido unos minutos más. Miró su ropa y se rio al pensar en la casualidad de que su indumentaria de rigor y la ropa de la bruja eran siempre del mismo color. Metió el almuerzo en el paquete de plástico, bebió un poco de café y mordió la arepa. Aún masticando, se puso la ropa y se acomodó el sombrerito mirándose al espejo. Se puso un zarcillo y al tomar el otro descubrió que le faltaba la tapa, así que tomó el lápiz de su bolsillo, mordió la borra hasta arrancarla y con ella

sustituyó la pequeña pieza. Una costumbre de la infancia que le trajo un acervo recuerdo de miseria, obligándola a contener el llanto y a dejar la arepa a medio comer.

Salió de la casa, cerrando juiciosa los candados. Miró su reloj de plástico verde y se abalanzó a la calle a toda velocidad, pues la camioneta que la deja frente a la clínica no tardaría en llegar. Apuró la marcha y al pasar junto a la bruja, quien bebía de una taza, recostada del marco de la puerta, lanzó la acostumbrada mirada de odio: «¡Toda esa ladradera te debe tener la garganta gastada ¡Bruja!». La bruja le hizo un ademán de indiferencia y se metió en la casa.

En la camioneta, el tiempo siempre parecía congelarse. Ahí dentro Eugenia se sentía como cuando, de niña, se encerraba en el baño. Ahí estaba tranquila. Pidió la parada y la camioneta se detuvo frente a la clínica. Se levantó envuelta en su orgullo habitual. Sabía que todos la miraban en conocimiento de que ella hacía algo importante ahí. Pasaba entre la gente con un aura de divinidad, intentando no tocar a nadie para no mancillar su blancura. Los hombres siempre le miraban el culo, apretado contra la falda ceñida. Ella a veces volteaba para pillarlos *in fraganti* y a veces, como hoy, los dejaba mirar y hasta hacía pequeñas acciones para pronunciar la curva incitadora. Cuando la golpeó la culpa por su permisividad, al bajar de la camioneta, se dijo a sí misma que estaba demasiado cansada para voltear y ponerlos en su sitio, que eso de vigilarse el culo a veces era cansón.

Una vez dentro del recinto, bien aferrada a su jerarquía, miró a todos los desventurados que vivían hoy su mala hora, y que dependerían de ella para salirle al paso a la adversidad. Inspiró, y cerró los ojos: «En el nombre de Dios». Luego de los saludos habituales con sus colegas, un cafecito que el vigilante le ofreció con el piropo de siempre y su sumisa salutación a los médicos, Eugenia atendió su primer paciente. Era un muchacho joven, moreno y macizo. Le causó mucha gracia la situación del impúber y se sintió muy inteligente al comentarle al doctor que deberían hacer un manual de uso de cremalleras para adolescentes, pues nunca le terminaba de sorprender cuánto joven volvía a caer en

la penosa trampa. El doctor no se rio, la miró con frialdad y le encargó atender a un viejo que necesitaba: «Limpieza».

Las enfermeras y Julián, el único enfermero de la clínica, bromeaban bajando la voz detrás del mostrador que los separaba de los mortales: «El viejo se cagó encima y ni cuenta se dio hasta que el olor lo levantó ¡Jajaja!». Eugenia pasó a un lado con un gesto de desaprobación. Una de las colegas le riñó: «¡Ay sí, la madre Teresa de Calcuta! Hace nada te estabas burlando del pobre carajito». «Sí, y me gané el premio gordo». Levantó los implementos de limpieza y se los mostró a su increpadora: «Por eso la cara, tonta». Prosiguió a la habitación con un dejo de culpa que desapareció apenas sintió el olor a mierda. Se persignó antes de abrir la cortina. Apareció frente a ella un cuerpo pequeño y gastado. El viejo hizo un gestito de miedo y luego la miró con el llanto a punto de romper. Eugenia intentó sosegar al hombre, mientras se colocaba la mascarilla: «No se preocupe señor, eso pasa aquí todo el tiempo». El viejo la miró con la sabiduría acumulada en el gesto: «Señor no, Antonio. ¿Siempre te toca a ti esto? Coño, tu vida debe ser una mierda». El viejo se sonrió, y la mascarilla de Eugenia no alcanzó para guarecer su risa. Ella respondió algo parecido a un sí y ambos se miraron un instante, pero la sustancia vomitiva chorreaba por todos lados y había que empezar a limpiar.

Una vez terminó la jornada y llegados los relevos, Eugenia y sus dos colegas más cercanos, Julián y Sorilena salieron a fumar y beber café. Era el mismo ritual de todos los días: comentar las anécdotas más resaltantes, sorber el mismo café y fumar las tensiones. Sorilena dijo entusiasmada: «¡Yo primero!». Y luego empujando a Julián: «¡Tú empujaste ayer, puta!». Se paró delante de los dos, mientras Julián le indicaba, molesto, que bajara la voz: «¡Hoy gano yo porque sí! Como a eso de las 11 me llegó una carajita con un viejo, con una cara de susto que pensé que me iba a decir que el tipo la había preñado. Al tipo ni le salían las palabras, la carajita pálida. Me iba a dar una vaina con el bendito suspenso. Cuando el viejo por fin iba a abrir la boca, la carajita se metió la mano en la pantaleta y me mostró los dedos llenos de sangre ¡Ja,ja,ja!

Coño la gente sí es ignorante. Le di un folletico y unas toallitas. Pero no pude aguantar la risa».

Eugenia sintió un hueco en la barriga, chupó del cigarrillo con fuerza y dijo con el humo saliéndole aún de la boca: «Y me imagino que revisaste si la carajita estaba bien, ¿no?». Sorilena le arrugó la cara: «¿Bien de qué, hija? ¿Qué querías? ¿Que la mandara al sicólogo porque le bajó la regla?». Eugenia lanzó el cigarrillo al piso, molesta, lo pisó mirando al suelo y fue a levantarse del banquito en el que ella y Julián estaban sentados, pero este la detuvo con su brazo: «Ay ya está Eugenia, la carajita estaba bien, yo hablé con ella después de que esta bruta la atendió». Eugenia aún miraba el piso con el ceño fruncido, por lo que Julián aprovechó de guiñarle el ojo a Sorilena y hacerle un ademán de despreocupación, mientras esta le devolvió una mueca de pocos amigos.

Julián prosiguió sonriente: «Además, hoy la corona me la llevo yo para la casa. Y ni tú con tu viejo cagado me vas a ganar, Teresa de Calcuta. Resulta que llegó una tipa que se cortó el dedo con una guillotina, la muy pendeja. Y detrás de ella el marido con una cavita. No les tengo que contar lo que tenía adentro, no son tan brutas». Miró a Sorilena con gesto irónico, y Eugenia se rio casi contra su voluntad. «La tipa esperó como tres horas, y el marico enclosetado del Dr. Gutiérrez no la atendió hasta que no pasó el seguro. En el desespero, el marido hizo el cheque. Apenas y pudo, el pobre, temblando y con la puta cava, que no la soltaba nunca, como si estuviera llena de real. Gutiérrez le dio el visto bueno cuando conformaron el cheque, y le pegaron el dedo. Pero claro mis niñas, después de todo ese tiempo el dedito no le agarró a la pobre». Sorilena replicó molesta: «¿Con esa mariquera te quieres llevar la corona?». Julián no la dejó terminar: «Mija espérate, que ahora es que viene lo bueno. Después del poco de horas y de que se dan cuenta que el bendito dedo está necrosado y no agarra, entonces ahora hay que quitarle el dedo. Pero el primer procedimiento se come lo que a la pobre le quedaba del seguro, y claro ya tenían el cheque, así que el Gutiérrez le quita el dedo, la cose y listo. Cuando la pareja se está yendo a paso de velorio, el tipo lanzando gro...». Interrumpió Sorilena: «Ah,

ese era el peo que tenía ese tipo...». Julián ni caso le hizo: «... insultando gente, empujando vainas. Manda a la tipa al carro con el hijo y se va a la caja a buscar el cheque. ¿No les tengo que contar la guinda del pastel verdad?».

Eugenia sintió cómo el vahído la poseía por completo, y se preguntó por qué seguía haciendo esto, si siempre terminaba igual. Se levantó, metiendo su mano en el bolsillo y extendiendo el botín a Julián, le dijo: «Sin seguro, sin cheque y sin dedo. Toma tus cigarros, definitivamente hoy te llevas tu corona, miss Venezuela». Sorilena y Julián se quedaron con las ganas de escuchar los pormenores de la historia del «despertador de mierda con patas», porque Eugenia se marchó, haciendo caso omiso de sus provocaciones. Para completar el disgusto, cuando pasó junto al vigilante, le dijo: «No sé si Dios exista, pero los ángeles están entre nosotros».

Eugenia tuvo que gritarle al chofer para que no arrancara, no estaba de humor para esperar a que pasara otra camioneta, así que prefirió perder la compostura. Subió al vehículo sosteniendo el marco de la entrada con una mano, y con la otra ciñó la falda a su cuerpo, por detrás. El chofer la devoró indisimuladamente con los ojos y ella, arisca, una vez se acomodó los detalles que se anarquizan al montarse en ese tipo de transportes, le dijo: «Casi me deja». Le pagó al colector y se dispuso a sentarse, secándose un poco el sudor de la cara, con un pañuelo tan blanco como su indumentaria. Ya había elegido el asiento, y se disponía a descansar su cuerpo mermado, cuando avistó aquella silueta imposible: Una forma al fondo la hizo hundirse en sí misma, y retornar a aquella postura que de niña adoptaba en la poceta. Eugenia no sabía qué era peor: el miedo inmovilizador, o el hartazgo de tener que sentirlo por enésima vez, como un asmático que quisiera sufrir un ataque fulminante y liberador. La vida de Eugenia se había convertido en los momentos que existían entre un terror y otro.

Después de meditar, en medio del helado sudor y la mirada asombrada de la mujer que estaba sentada a su lado, hizo acopio de valor y se dispuso a acabar con el aterrador episodio. Ya había aprendido que la confrontación era la única manera. Tomó una gran bocanada de aire y

se acercó paso a paso al final del autobús, aferrándose a los asientos para no tropezar. Alcanzó finalmente aquella figura inverosímil, se sentó a su lado, con la barriga llena de un hueco interminable y la mirada al frente, incapaz de mirar el rostro aquél: «¿Señor Antonio?, ¿Antonio?».

El viejo, pétreo, no volteó ni emitió palabra alguna. Parecía escurriñar un universo solo visible para él, una suerte de atardecer imaginado que lo mantenía en un estado hipnótico. Eugenia sintió su piel erizarse, el llanto le vino a la garganta con una velocidad espantosa, y apenas logró contenerlo. El autobús comenzaba a penetrar en el barrio y la noche se imponía. Eugenia reunió el valor de levantarse, con la intención de bajarse en la próxima parada y escapar. Cuando el autobús se detuvo, Eugenia se dispuso a bajar, dio un pequeño paso, con la respiración exaltada. El viejo la tomó violentamente por el brazo. Parecía que la hubiese exprimido, pues le rodaron dos lagrimones por el rostro exaltado. Eugenia no había logrado salir del estupor cuando el viejo le dijo: «Ya he vagado demasiado». Aturdida, tuvo que hacer un gran esfuerzo para sacar de sí las palabras: «Déjame quieta por favor, yo te traté bien ¿No te acuerdas?». Eugenia sabía que los muertos siempre recordaban las peores cosas, eran seres rencorosos. El rostro menguado del viejo expresaba un miedo menos intenso, pero más profundo que el de Eugenia: «La voz me dijo que debía llegar al final. Pero no sé cuánto tiempo tengo ya a la deriva». Eugenia se separó del agarre con violencia, bajó del autobús con destreza inusitada y echó a correr por el medio de la calle, entre un montón de gente alarmada, y un grupo de adolescentes que siguió comiendo perros calientes, sin inmutarse. Le sobrevino por enésima vez la sensación terriblemente mixta en la que no sabía si la dominaba la compasión por los que penan, o la ira de haber sido elegida por alguna fuerza superior para sufrir semejante suplicio. Mientras caminaba a casa, recordó la ternura de aquel hombre y la culpa la embistió, pensó que algún día ella correría la misma suerte y que en medio de semejante extravío haría falta una mano amiga. Después de todo, ella había elegido ser esa mano extendida para los vivos en su peor hora, ¿por qué habría de negársela a los muertos?

Llegó a la puerta de su casa hecha una licuadora de emociones, y a estas se le sumó el profundo anhelo de que la bruja la dejase tranquila esa noche. Los candados parecían resistirse tercamente a las llaves, Eugenia tuvo que detenerse y calmarse un poco para abrirlos. Tarareó una canción de la infancia de manera mecánica. Minutos después, mientras se bañaba y dejaba escapar un llanto liberador, trató de acordarse de la canción, pero fue imposible. Estaba golpeando su rostro con agua, en una cadencia que siempre parecía desvanecer todo cuanto se le avecinaba durante el día, cuando sonó el teléfono. Pensó en no atender, pero tomó su reloj de encima de la poceta y al constatar la hora, reconsideró. Podía ser una emergencia.

Del otro lado del teléfono apareció la voz melodramática de su madre. Como ya sabía en qué terminaría la conversación, empezó a sacar cuentas en su cabeza. Su madre seguía magnificando la historia, haciendo infructíferos intentos por conmovierla, o al menos establecer el: «Deber moral de todo hermano». Ella la interrumpió cuando tuvo la oportunidad: «Solo tengo como para sacarlo a él, si el paco se deja sobar la mano. El carro es otro cuento. Ya verá él cómo resuelve eso luego».

Mientras contaba el dinero sobre la cama, con ganas de sacar llanto del desierto que tenía por entrañas a causa del trance reciente, escuchó un golpeteo en la ventana. Apagó el ventilador para escuchar bien. Por un momento hubo silencio. Se asomó a ver si se trataba de alguna nimiedad, pero escuchó con claridad la risa de la bruja. Corrió de inmediato hacia el baño y se encerró, recordando de un golpazo la canción que tanto la esquivó en la ducha. Pasó un par de horas sentada en la poceta, tarareando, hasta que la bruja se cansó de ser gallina y se fue. No sin antes picotearle las flores de las macetas y dejarle el alféizar de la ventana decorado con cagadas y plumas.

El día siguiente la encontró agotada, y juró intensamente en sus adentros que nada la perturbaría, que ante cualquier situación adversa en la clínica aplicaría el mismo mecanismo de todos los demás y saldría ilesa, quizá hasta se llevaría el botín en la noche. Todo este plan lo tramó en el autobús, pero fue destrozado en el instante en el que entró a la

clínica y vio a la muchacha con la placenta guindando de entre su sexo joven. De inmediato trató de esconderla, pero no hubo tiempo, el doctor la avistó y ante el quejido febril de la niña, pues casi podía llamársele así, no dudó en proferir las palabras que salieron de su boca con el mismo automatismo con el que ciertos jugadores de fútbol superdotados tocan el balón: «Ahora te quejas, pero cuando lo estabas haciendo no te importaba nada». Como de costumbre, el doctor dejó a la impúber esperando, sollozante, para que todo el mundo la viera y así aprendiera la lección. Pasó junto a Eugenia, orgulloso: «Así se educa al pueblo». Eugenia se aferró de una silla, para controlar el impulso salvaje que transformaba su sangre en un ácido de batería que quemaba todo a su paso, no solo como consecuencia de la escena, sino del recuerdo que la golpeó. Pudo ver en su mente, con la misma claridad de la primera vez, cómo aquella criatura inerte era envuelta y depositada en la basura, con una ternura espeluznante, mientras el pecho aún se movía como señal heroica de lucha, que era cubierta como un pedazo de pizza a medio masticar. Recordó también el rostro duro de aquella enfermera, quien sin embargo mantenía cierto brillo en los ojos, mientras contestaba a la pregunta de Eugenia: «Ay mi niña, no vale la pena ocupar una incubadora, ese pobre feto no tiene oportunidad». Fue la primera vez que Eugenia pensó en abandonar sus aspiraciones de enfermera.

Metida en el baño de la clínica, donde se refugió unos minutos, estaba haciéndose las mismas preguntas que se hizo aquella vez y que volvían cíclicamente, cuando la puerta se abrió y pulverizó su cavilación. Julián asomó su rostro y sobraron las palabras. Eugenia no perdió tiempo en demandarlas y se dejó guiar hasta la camilla en la que yacía Armando, un joven de 17 años, con más tiros en el cuerpo que amantes en su haber. Le sorprendió que en medio de semejante situación, el muchacho, flaco y de una belleza felina, anegado de sangre, insistiera más en que no llamaran a su madre que en demandar auxilio. Eugenia le insistió: «Más vale aguantarle la lengua un día, que toda la eternidad». El joven, esbozando una sonrisa, sacó de su bolsillo un teléfono de última tecnología, chorreando sangre, y se lo ofreció a Eugenia. Cuando

esta fue a agarrarlo, en medio de la agitación que los rodeaba, Armando le tomó la muñeca y sus miradas se encontraron. Eugenia reconoció lo que estaba detrás de los ojos del joven maltrecho, algo familiar y de una fuerza hipnótica. Fue por eso que, sin pensarlo demasiado, tomó la pequeña bolsa que Armando le entregó subrepticamente antes de desmayarse.

La jornada demandó toda la fuerza que Eugenia no tenía. Sentada en la sala de enfermeras, decidió tomar un breve descanso. Intentaba encender un cigarrillo cuando encontró con su mirada al señor Antonio, vagando por un pasillo de la clínica, con el rostro lleno de urgencia. Las tripas de Eugenia intentaron escapar de sus adentros, cada una por su lado, el venenoso humo salió de su boca en medio de una tos que la obligó a doblarse en la silla. Para colmo de males, el Dr. Gutiérrez le hizo señas a lo lejos para que se acercara. Intentando controlar su respiración, con el corazón laténdole dentro de la cabeza, respondió las preguntas del doctor y atendió a sus órdenes, tratando de no mirar hacia el pasillo. Pero no logró reprimir el impulso. Lanzó la mirada a donde estaba Antonio, pero solo encontró a una colega gritándole a su novio por teléfono, por lo que respiró aliviada. Antes de partir a reprender a la escandalosa enfermera, el Dr. Gutiérrez le dio unas últimas indicaciones, la primera de las cuales la llevó a la habitación de Armando. Afuera de esta dos policías le hicieron preguntas que no solo supo evadir hábilmente, sino que logró retirarlos del lugar. Dentro de la ascética pieza la madre miraba a su hijo con una ternura tal, que Eugenia comenzó a preguntarse sobre el miedo que Armando demostraba horas antes, pero bastó que este despertara días después para conocer a la fiera.

Eugenia convenció a la madre de irse a casa a descansar y permaneció junto a Armando por varias horas, incluso contrariando al Dr. Gutiérrez y cediendo por *forfait* el botín de esa noche. Cuidó de Armando continua y excesivamente, pues su permanencia junto a él nada podía contribuir más allá de las atenciones puntuales, pero experimentaba por vez primera en muchísimo tiempo, la adictiva certidumbre de hacer una diferencia trascendental en la vida de alguien y en el estado

vigente de las cosas, por lo que no pudo despegarse de su lado, invadida por la vívida sensación de complicidad que surgió cuando su miedo y el de Armando, se tocaron.

Salió de la clínica desecha y al pasar junto a la garita, constató que el vigilante estaba dormido y le sobrevino una extraña sensación de decepción que no tuvo tiempo de escudriñar, pues asomó la camioneta al final de la calle y tuvo que emprender camino a su encuentro. Mientras subía a la camioneta, embargada por el alivio que suponía ir a casa, recordó el rostro del señor Antonio y esto se mezcló en su barriga junto con Armando, su vigilante dormido, la niña en medio del aborto y los recuerdos. Todo hizo un nudo dentro de ella que le obligó a desanudarse llorando frente a los ojos de los agotados viajeros. Nadie se ofreció a consolarla, nadie le preguntó nada. Eugenia sollozó todo el camino a casa, en parte por la incapacidad de dejar de hacerlo y de hacer el ridículo, denigrando de su uniforme y su jerarquía. Miraba atenta al fondo de la camioneta, temerosa de que el señor Antonio o alguno de los otros aparecieran. Repentinamente Armando vino a sus pensamientos, el llanto se tornó más calmo y una sonrisa de profundas raíces comenzó a hacerse paso en su rostro.

Bajó de la camioneta y comenzó a caminar a casa, mirándola a lo lejos, con alivio. Entonces dirigió la mirada a la casa de la bruja, advirtiéndole cierto movimiento. Su placentera sensación fue arruinada ante la inminencia de otra jornada de asedio. Pasó junto a la casa de la bruja y pudo escuchar los cantos de sus ritos oscuros, salía humo de las ventanas y atronaba una música salida del mismísimo infierno. Eugenia apuró el paso, pero escuchó claramente como la voz de la bruja, agitada, se convertía en el quejido tétrico de un chivo. Eugenia se tapó los oídos y abrió la puerta de la casa, no sin antes gritarle improperios a la bruja, la cual le respondió con balidos terribles, entremezclados con carcajadas animalescas.

Encerrada en el baño, fumó mucho más de lo que se permitía normalmente, mientras afuera la bruja continuaba en su asedio. Eugenia ideó planes en su contra, algunos ya elaborados en jornadas pasadas,

pero el miedo a las consecuencias la hacía desistir siempre. Luego de un par de horas, la bruja se cansó de balar. Agotada, Eugenia decidió tomar un baño. Alcanzó apenas a meter un pie en la ducha cuando sonó el teléfono. Luego de gruñir un poco, salió del baño y atendió. Escuchó paciente los improperios de la madre y contestó mecánicamente: «Mañana pido un adelanto a ver, pero tú sabes que... Sí mamá, amén». La línea se cortó dejando las palabras de Eugenia dentro de su boca. Se las tragó y se recostó en la cama. Antes de dormir, pensó unos minutos en las heridas de Armando y en sus posibilidades.

Al siguiente día, de camino a la clínica, se reconoció envuelta en una sensación que había olvidado, una suerte de convicción de que todo estaría bien. Entró a la clínica, no sin antes recibir el respectivo piropo del vigilante, al cual reprimió por grosero, guardándose la sonrisa con bastante esfuerzo. A las puertas de la clínica la recibió Sorilena: «Mira, ¿tú estás loca?... El Dr. Gutiérrez anda histérico... ¿Qué hacías metida en la habitación del sifrino dañado ese?». Eugenia la miró de tal manera, que Sorilena dudó el resto del día si verdaderamente la conocía, y si debía de cuidarse, pues aquello que había ya caracterizado como terreno seguro ahora se tornaba, con un solo gesto, en terreno inhóspito. Eugenia respondió, sosteniendo su mirada penetrante: «Del doctor me encargo yo, y en cuanto a Armando, no quiero escuchar más nada, y hay de ti o de Julián si se les ocurre si quiera mencionarlo en el jueguito ese». Sorilena intentó encontrar palabras, pero Eugenia no le abrió posibilidad alguna: «Por cierto, no cuenten más conmigo para esa vaina».

Eugenia echó a andar sin siquiera registrar la reacción de Sorilena, dirigiéndose directamente a la oficina del Dr. Gutiérrez, quien ya había preparado su magnífico discurso de reprimenda, pero tuvo que guardarlo para otro día y otra víctima, pues Eugenia abrió la puerta y sin dejarle tiempo de decir nada, pronunció tres palabras fulminantes: «José Anzola, bilirrubina». Gutiérrez la miró, iracundo, pero no tuvo más opción que asentir e indicarle que se retirase, siempre había rumiado la duda de que Eugenia hubiese advertido el error que condenó a su propio sobrino a una vida cuesta arriba. Eugenia cerró la puerta de la

oficina, sintiendo que la rodeaba una impenetrable armadura. Julián y Sorilena, a pocos pasos de la puerta, la miraron atónitos y rompieron a reír, Eugenia les sonrió de regreso. A partir de ese momento, de forma instantánea e invisible, se escribieron otras reglas del juego.

Armando tardó ocho días en despertar, Eugenia pasó incontables horas a su lado, limpiando la mierda que manaba de sus fístulas, supervisando sus signos vitales, colocando ella misma las intravenosas, inquiriendo a los doctores y consolando a la madre. Cuando el demacrado joven abrió los ojos, reconoció la figura de aquel ángel que no solo le había salvado la vida, sino el pellejo. No tuvo tiempo de ahondar en la tibia sensación, pues la madre se abalanzó sobre él, besándolo en medio de un llanto añejado y luego lanzando terribles acusaciones y preguntas, que avergonzaron al joven, quien dirigió sus primeras palabras a Eugenia: «Mejor que toda la eternidad».

Invasado por una sed terrible, una que nunca había sentido en su vida, se sintió obligado a reprimir las ganas tremendas de pedir un vaso de agua, aún cuando la madre, más calmada, insistía en preguntarle si necesitaba algo. Eugenia retiró a la madre de la habitación y, minutos después, le trajo un pequeño vaso de agua al joven: «No puedes tomar mucha, pero yo sé lo que se siente, toma». Armando tomó el vaso de agua sintiendo una terrible vergüenza y bebió un poco, pero fue más la que le salió de los ojos que la que entró por su boca.

Eugenia se quedó a su lado casi toda la noche, salvo por aquellos momentos en los que debía atender alguna situación urgente. En horas de la madrugada, Armando despertó en medio de pesadillas y a su lado estaba ella, leyendo una revista, por lo que se sorprendió cuando lo escuchó: «Odio las pesadillas». Eugenia contestó con una alegría mal disimulada: «¿Qué estabas soñando?». Armando le contestó, mirando el techo: «Siempre es lo mismo, no el sueño sino... Ese nudo en la panza, como el primer día de escuela... Esa bendita sensación». Miró a Eugenia: «¿Eso se quita con el tiempo?». Ella le sonrió, y fue honesta:

«Yo creía que sí, a tu edad, pero ahora pienso que ni después de muerto se quita. Los muertos siempre tienen miedo». Esa noche el señor

Antonio no apareció, la bruja vio televisión y se acostó a dormir temprano, Eugenia desconectó el teléfono, se fumó un cigarrillo a la mitad y durmió siete horas por primera vez en más de cuatro años, exceptuando uno que otro domingo.

Fue la primera de muchas conversaciones entre Eugenia y Armando. El absurdo rumor de su amorío creció tanto que llegó a oídos de la madre del delicado paciente y esta los confrontó a ambos, generando un par de carcajadas tan espontáneas que echaron al traste cualquier sospecha, pero causaron un penoso efecto en Armando, pues no es poco traumático para nadie el hecho de que a la risa le sobrevenga la sangre. La madre, envuelta en la angustia del lamentable episodio, lanzó gritos acusadores en el medio de un transitado pasillo de la clínica, pero fue inútil, pues el rumor solo continuó creciendo, a la misma velocidad con que lo hizo la complicidad entre Eugenia y Armando.

Por varias semanas la vida de Eugenia pareció haberse escapado del ominoso camino en el que había discurrido, hasta los acosos de la bruja perdieron intensidad, chocaban contra una piel ahora endurecida, recubierta por una sustancia a la vez etérea y sólida. Eugenia incluso encontró, en esos días, el valor para enfrentar a su madre y decirle, antes de colgar con ella, por última vez: «Si su amor se mide así, yo ya no lo quiero vieja, déselo todo a él». La llamada fue tema de conversación entre ella y Armando, el cual logró resistir la tentación de esgrimir en su contra las mismas exhortaciones que ella le profirió, y se remitió a contestar: «Yo creo que hay amores con los que hay que ser como en la guerra, los matas o te matan».

Esa fue la última noche en la que reinó la calma, pues Armando desarrolló una infección en una de sus heridas. Con ella se abrieron las puertas de un pequeño y casi anónimo infierno. Fue un golpe fatal, pues su recuperación avanzaba a pasos tan agigantados que su madre ya se aventuraba a lanzar vaticinios irónicos cuando pasaba junto al personal de la clínica: «¡La quincena que viene les queda libre la 13!». La noticia marcó el final de los días más felices en la vida de Eugenia, su nueva armadura se vino abajo. Los sinsabores de su existencia la atravesaban

ahora con redoblada fuerza y, como era de esperarse, la bruja supo meter el dedo en la llaga, llegando incluso a romper el límite que hasta ahora nunca había trasgredido, internándose en la casa de Eugenia y esperándola para espantarla con su cascabel y un par de colmillos que obligaron a su víctima a solicitar la ayuda de un vecino.

Cuando el hombre, un albañil de barriga prominente y brazos macizos, arribó al umbral de la casa armado con un machete oxidado, la bruja ya había retornado a su hogar, desde el cual lanzaba las más vejatorias carcajadas. Eugenia, en su absoluto desespero, reunió valor e intentó por primera vez enterar a alguien de su situación: «¡Escuche! Escuche cómo se ríe». El hombre, atónito, solo alcanzó a señalar: «Cálmese, eso es que están pasando la cámara escondida. Quédese tranquila, la culebra ya se fue». Enternecido por la cara chorreante de Eugenia, el vecino le dejó el machete para que se sintiera un tanto más tranquila, pero fue inútil. Ella lamentó haber abierto la boca y haber confirmado sus sospechas de siempre, nadie le creería y no tardaría en ser la loca del barrio. Desde esa noche, el sueño se le escondió y ella ni siquiera lo buscó.

Los días se convirtieron en expectativa y desilusión, como sístole y diástole de un corazón que, en el fondo, nadie quiere que siga latiendo. El estado de Armando empeoró progresivamente hasta que una noche perdió la conciencia. Eugenia se aproximó a su lado, esperando que todavía pudiese escucharla: «Me da mucho dolor pedirte esto Armandito, pero si pasa lo peor y me quieres buscar, acuérdate de... de nosotros, de lo nuestro. Acuérdate que soy buena... y que te quiero». Siguió acompañando a Armando todas las noches, en espera de una señal tan inesperada como lo fue la fatídica infección, se decía a sí misma que ya había visto demasiadas veces a alguien mejorar con la misma violencia con la que empeoró, como para perder las esperanzas. Se convirtió en asesora de una madre que tuvo que liquidar gran parte de sus bienes cuando el seguro se agotó, para poder costear la terapia intensiva y dejar abierta la rendija de aquella puerta de la que tanto le hablaba Eugenia: «Usted va a ver, hay que dejar el pie en la puerta, hay que poner una cuña, él la va a abrir».

Ninguna enfermera, ni siquiera el arisco Julián, tuvo el valor de confrontar a Eugenia, quien poco a poco se fue convirtiendo en uno de esos seres a los que tanto temía, un alma en pena. Las autoridades del hospital dieron, además, la orden de no intervenir en el caso, ante las peticiones de algunos médicos: «Dejen eso tranquilo, si la madre quiere tener esperanzas y está dispuesta a pagar lo que cuesta, no se metan en eso. Mejor ocúpense de esa gente del barrio que sigue trayendo al bendito viejo».

Treinta y siete días después de la dramática llegada de Armando a su vida, Eugenia miraba absorta el espacio imaginario en el que todo tuvo lugar. La fuerza de la imagen la golpeó con gran violencia. Su cuerpo debilitado por el insomnio, el mal comer y la congoja, se desplomó sin que persona alguna lo advirtiera. Luego de unos pocos minutos, Sorilena la avistó y acudió en su auxilio con inusitada angustia. En ese pequeño instante la vida resolvió de un golpe el acertijo que hace tiempo mantenía a Sorilena cavilosa. Horas más tarde Julián intentó tomarle el pelo: «¡Mija, saliste volando a rescatar a La Llorona!». Sorilena se aferró a él y echó a llorar metida en su pecho. Julián no supo cómo reaccionar, pero alcanzó a consolarla, dando palmaditas en su espalda. Ambos se distanciaron a partir de entonces y el apodo cambió de dueña, por un desliz que Julián lamentó en silencio cuando el sobrenombre se esparció por toda la clínica.

Eugenia despertó en un taxi. Atronaba un vallenato que le dificultó mucho contestar a las preguntas de la voz que escuchaba a su lado. Finalmente, logró convencer a la silueta borrosa de que estaba bien. Le pareció escuchar un piropo mientras se bajaba del taxi. Se dirigió a la entrada de su casa. La vista volvió a enfocarse poco a poco y se formó frente a ella una nota pegada en su puerta: «DEJA LA LENGUA QUIETA O TE LA CORTO». Eugenia sintió que un fuego quemante serpeaba sus adentros, las manos temblorosas hicieron muy difícil la labor de adentrarse en el hogar. Caminando de un lado a otro, intentaba recordar alguno de los planes urdidos con anterioridad, pero la ofuscación y la necesidad de desahogarse la hicieron tomar una olla y una cuchara, y salir de su casa sin siquiera cerrar la puerta.

Caminó hasta el frente de la casa de la bruja, inspiró profundamente un par de veces para intentar dominarse lo suficiente como para poder emitir palabras. Comenzó a golpear la olla repetidamente, primero con cierto temor, luego sintió que todo el fuego que la quemaba por dentro desaparecía mientras gritaba: «¡Bruja, bruja, eres una bruja! ¡Que se entere el barrio, que aquí hay una bruja!». Los vecinos comenzaron a asomarse, se escuchaba el rumor de los movimientos y la risa de los más jóvenes que contagiaba al resto, mientras Eugenia proseguía cada vez más alto: «¡Sal y córtame la lengua, pues! ¡Muéstrales a todos lo que eres! ¡Serpiente! ¡Gallina!». La puerta de la bruja se abrió lentamente y Eugenia sintió cómo el miedo la abandonaba, como un silencio profundo y calmo se apoderaba de sus adentros. La bruja salió de entre sus humos infernales, cubierta de collares y con una escoba en la mano: «¡¿Qué pasó loca?! ¿Estás aburrida!?). La bruja levantaba la escoba amenazante, los vecinos comenzaron a acercarse tímidamente a la escena: «¡Lengua larga, te voy a cortar esa lengua!».

Las palabras retumbaban profundo en Eugenia, las miradas de los vecinos se clavaban en ella como mil espinas, el miedo comenzaba a deslizarse en sus adentros, pero encontró el coraje para acercarse a la bruja, y gritó con voz quebrada: «¡Todos se van a enterar de lo que eres, bruja maldita!». Las lágrimas comenzaron a traicionarla: «¡Todos van a saber lo que me haces! ¡Chivo! ¡Monstruo!». La bruja rompió a reír a todo pulmón, se acercó a Eugenia con los ojos pelados, palpan-do su miedo, con una mano apretó los collares y con la otra la apuntó mientras sentenciaba: «¡Feo va a ser lo que te voy a hacer lengua larga! ¡Vas a aprender que hay cosas con las que uno no se mete!». El miedo terminó de conquistar a Eugenia, quien veía un abismo infinito en los ojos de la bruja, un umbral que ella reconoció irremediablemente abierto. Sintió que aquello que la bruja amenazaba con hacer, era ya irreversible. Dejó caer la olla en el suelo y salió corriendo a su casa, cerró la puerta y se tiró en la cama boca abajo. Podía escuchar cómo la bruja mandaba a los vecinos a sus casas. Sintió que ya no podía estar más ahí, y por más que pensaba, no podía imaginar otro lugar en el

cual estar, no podía saber si existía. Se quedó dormida con la cuchara apretada en la mano.

Al día siguiente, cuando despertó, se percató de que no había colocado la alarma. Miró su reloj y, para su sorpresa, no le exaltó el hecho de que debía haber estado en la clínica hacía ya una hora y media. Se vistió sin prisa. Para su sorpresa, sintió hambre. Se hizo un sándwich y lo comió viendo por la ventana. Salió a la calle, mirando a los lados. Pasó junto a la casa de la bruja, con el cuerpo tieso por la tensión, pero no hubo señal de vida alguna. Mientras caminaba hacia la parada, podía sentir los murmullos a su alrededor. Decidió entonces, por primera vez en su vida, sacar un cigarrillo y encenderlo a la luz de todo el barrio. Cuando la camioneta llegó a la clínica se percató de que el viaje transcurrió en un segundo.

Cuando entró a la clínica, todas las miradas se dirigieron a ella. Suspiró y dijo para todos, irónica: «Estoy viva, pueden estar tranquilos». A pesar de sus palabras, nadie se inmutó. Eugenia frunció el ceño e iba a emprender su camino, pero Sorilena la tomó por un brazo, dulcemente, y la guio hasta un escándalo, de entre el cual eventualmente pudo distinguir la voz de la mamá de Armando: «¡Para eso les pagan nojoda! ¡Mi chamo es lo único que yo tengo, hasta la casa se la comieron y me salen con esta vaina! ¡Mi chamo me lo dan bien, me dan a mi Armando!». Eugenia llegó por fin a su lado. La mujer, hecha una fiera, la miró y se desinfló: «¡Eugenia! Coño Eugenia, nos cerraron la puerta. Diles, explícales que él la va a abrir. ¡Diles que no le cierran la puerta!». Mientras la madre de Armando caía al piso y un doctor lograba atajarla, Eugenia buscó la confirmación en el rostro de Sorilena. La encontró. Comenzó entonces a caminar, envuelta en la certidumbre más honda de su vida. Salió a la calle y tomó un taxi. El chofer hablaba y ella miraba los ojos de Armando, los miedos que se tocaron. Se habían ido.

Le pagó al taxi, el chofer se fue feliz por la absurda propina. Después de pasar por su casa llegó a la puerta de la bruja. El primer machetazo careció de decisión, pero el segundo abrió la cara de la bruja en dos. A Eugenia la reconfortó ver cómo se ensuciaba su uniforme. Restregó

la sangre en su ropa, con la mano izquierda. El rostro desfigurado de la bruja quedó fijo en una expresión que no le hacía justicia al momento. La mano derecha volvió a arremeter, y el machete quedó ligeramente atascado entre el cuello y la clavícula, por lo que tuvo que empujar a la bruja con la pierna, causando que esta cayera dentro de la casa. Eugenia cerró la puerta tras de sí y continuó su rítmica tarea. Cuando la fuerza física la abandonó, unos cuantos minutos después, tomó a la bruja por una pierna y la comenzó a arrastrar con la intención de quemarla, aterrada ante la posibilidad de que la bruja retomara su corporeidad.

Logró arrastrarla hasta el patio trasero y cayó al piso, exhausta. Intentaba retomar el aliento, acostada en medio del enorme charco de sangre, cuando sintió cómo la lengua de la bruja le lamió el rostro burlonamente. Asertiva y ágil, desprendida de todo aturdimiento miedoso, logró tomarla por el cuello. La bruja chilló y la miró con ojos hechizantes, pero Eugenia superó el artilugio y con un golpe seco de su machete justiciero, acabó con su nueva coraza. Se puso de pie y escuchó un ruido frenético detrás de unas cajas, la bruja empezó a reír y a mover los cachivaches, Eugenia se puso en guardia y buscó la fuente del sonido. Al encontrarla, gritó valiente y liberada: «¡Te podrás vestir de chivo o de lo que te dé la gana! ¡Yo sé quién eres y lo que haces! ¡Y por más que te escondas, te voy a encontrar, bruja!».

Los más feos e impresentables panqueques del mundo

Alex Vásquez Santander

Paola estaba sentada en el balcón de su nuevo apartamento en Ciudad de México. Solo tenía una silla de plástico en casa, que iba moviendo por todas partes. Estaba empezando a oscurecer y el frío apretaba, por lo que tuvo que buscar un suéter. Acababa de llegar desde Caracas, donde el clima no existe, así que le tomaba tiempo adaptarse a la idea de tener un abrigo siempre a mano.

Tenía el Kindle sobre las piernas, estaba leyendo una novela policíaca que era fácil de seguir y la atrapaba, la distraía, pero aunque lo intentó, esa tarde no tenía ganas. Su ánimo no era el mejor, se sentía frustrada por todas las cosas que tenía que hacer y no sabía cómo, en un país donde no conocía a casi nadie que pudiera ayudarla. A veces cuando se frustraba, Paola solo quería sentarse y ver la gente pasar. Le daba cierta paz obligarse a no hacer nada, mientras hombres y mujeres caminaban de prisa a casa, al supermercado, al trabajo, paseaban a sus perros o entrenaban.

Mientras veía a cuatro hombres descargar de un camión una caja grande, donde podría haber un refrigerador, su celular sonó. La llamaba su hermano, Elías. No se había sorprendido, porque al final del día eran hermanos, pero sí se sintió rara, porque nunca hablaba con Elías, más

allá de algún mensaje de felicitaciones en los cumpleaños o en el Año Nuevo.

No quiso contestarle. Pensó que se sentiría incómoda hablando con él, sentía que no lo conocía ya, a pesar de que habían sido tan unidos que cuando eran niños juraban que podían comunicarse mentalmente desde lugares distintos (sí podían); eran inseparables, prácticamente mejores amigos.

Aunque evadió la llamada, le escribió: «Épale, no puedo hablar ahora, pero cuéntame, ¿cómo estás?». Pensó que era un poco seco el mensaje, pero no le importó. Es que realmente nunca hablaban. La respuesta fue un audio de casi tres minutos, que en resumen anunciaba una visita de Elías a Ciudad de México en dos días. Le decía también que se quedaría en un hotel cerca de su casa, y que le gustaría cenar con ella la noche en que llegaba. «¡Coño, en dos días! Pero dale, claro que nos vemos», respondió Paola, y su hermano le envió una mano con el pulgar levantado. Eso fue todo.

Tenían cuatro años sin verse. Paola se quedó pensando un momento en la visita. ¿Debía pedirle que se quedara en su casa? Claro... Eso la alegraría. Aunque dos personas se distancien mucho en tiempo y espacio, si fueron muy unidas cuando eran jóvenes, la cercanía física era casi siempre una regresión a la juventud. Le emocionaba pensar que su hermano se esforzaría por asustarla (ella decía que lo odiaba, pero era mentira), y ya se veía con él comiendo helado de chocolate en el suelo, mientras veían alguna comedia romántica en la *laptop*.

Sin saber por qué, fue a verse al espejo. Ahora llevaba el cabello corto, muy corto, tenía un aro en la nariz, un par de tatuajes en los brazos, y estaba más delgada que antes. ¿Qué opinaría Elías? No importaba. Paola sentía que a ella le gustaban las chicas ahora; había tenido un par de experiencias ya. La verdad es que estaba segura de que le gustaban las mujeres. No lo había hablado con nadie, más allá de esas dos chicas, con quienes mantenía una amistad cordial, pero nada más. No había repetido las experiencias que habían emergido en noches de fiesta y mucho alcohol, aunque quería, no se sentía lista. No hablaría de eso con Elías,

pero sabía que no podría ocultárselo. Él parecía leer sus sentimientos en su mirada, sin mayor esfuerzo, por eso nunca logró mentirle y sabía que cuatro años después eso no podía haber cambiado. Lo único molesto, es que cuando Elías descubría en ella ideas sobre la vida que no se asemejaban a las suyas, empezaba a darle consejos sin que ella se los pidiera, como tratando de encaminarla en la dirección correcta, siempre sintiéndose conocedor de la verdad última e irrefutable, confiado en que lo había vivido todo por ser seis años mayor. Eso la desesperaba, pero era parte de él.

Paola le escribió que podía quedarse en su casa. Solo tenía un colchón inflable, pero era lo suficientemente grande para ambos. «Es que ya pagué, hermanita, pero igual te vienes y te quedas conmigo un día, el hotel es bello. ¡Nos hacemos masajes!», le respondió él. A Elías, que era ingeniero de sonido, le iba muy bien en Estados Unidos, trabajando con varias bandas y cantantes pop. Había adquirido un estilo de vida sofisticado y se había vuelto un poco snob. Ella, que se consideraba socialista (pero de los buenos, solía decir obligada por las cicatrices que le dejó Venezuela), no amaba esos cambios en él, aunque en secreto disfrutaba las actividades que le proponía. No pasaba nada por cenar en restaurantes caros y beber champaña un par de días.

Aunque Elías no se quedaría en su casa, a ella le gustaría prepararle panqueques, huevos y tocino de cena, era su tradición, *breakfast for dinner*, así que iría al supermercado a comprar los ingredientes, y también productos de limpieza, pues empezó a inspeccionar la casa y comprobó que era un asco. Sonrió. Estaba emocionada por comprar los ingredientes para que su hermano probara los que él siempre decía que eran: «Los más feos e impresentables, pero más sabrosos panqueques del mundo». Paola los preparaba desde que era niña y, aunque había mejorado su técnica y ya no le quedaban feos, cuando estaba con su hermano se esforzaba porque salieran de las formas más raras posibles, solo para que él pudiera burlarse de nuevo y decir que los suyos eran los mejores.

El día que llegó su hermano, un viernes, no hizo falta buscarlo en el aeropuerto. Ya había contratado a alguien que lo dejó en el hotel. Se verían esa misma noche, para cenar en un exclusivo restaurante español. Dos horas antes de la cena, Paola estaba frente al espejo maquillándose, con una emoción similar a la que sentía durante una primera cita. Se cambió de ropa varias veces, siempre analizando qué pensaría Elías de cada estilo. Desde pequeña, cada movimiento que daba, así fuera escoger una muñeca en la juguetería, estaba condicionado por lo que pensaría Elías. Al final optó por una elegante chaqueta de cuadros marrones y negros, una camiseta negra, jeans y botas negras.

Cuando llegó al restaurante, le preguntaron si tenía una reserva, y respondió con orgullo: «Sí, a nombre de Elías León». A simple vista, el restaurante era de esos que ella evadía si deseaba llegar de pie a fin de mes. Le dijeron que el señor León aún no había llegado, pero la llevaron a una mesa. Inmediatamente, un mesero puso a su lado una cubeta de metal llena de hielo con una botella de champaña y le sirvió una copa. Paola se sintió cómoda con la ropa que había elegido, pues el restaurante era muy elegante, con muchos hombres de traje, mujeres demasiado serias con peinado, cutis y dientes impecables. Se distraía viendo cabezas de toros que no podría afirmar si eran reales, comía bocados de un jamón serrano que sabía mejor que cualquiera que hubiera probado en su vida, y veía su celular, distraída.

Sin escatimar champaña, Paola comprobó que se había bebido media botella y que su hermano iba 44 minutos tarde. Ni siquiera se había disculpado con un mensaje de texto. «Si no llega -pensó-, me voy a arruinar pagando esto». Unos diez minutos después, cuando no podía mover más rápido la pierna por la impaciencia y estaba a punto de levantarse, escuchó la voz de Elías: «Me podías dejar algo de champaña». Ella lo miró con gesto de desaprobación, pero él la tomó por ambas manos y la atrajo para abrazarla. Habían pasado cuatro años desde la última vez, pero él olía y se sentía igual, y ella siempre se sentía como una niña pequeña entre sus brazos.

Él llevaba un suéter negro y un pantalón mostaza. Parecía recién afeitado (seguro se había tomado su tiempo duchándose y rasurándose con calma mientras ella esperaba), y estaba un poco más delgado que hace cuatro años, cuando ya era delgado. Sus ojos verdes brillaban mientras veía a su hermana y sonreía ligeramente de medio lado. Se acomodó en la mesa como si iniciara una ceremonia, destapando cuidadosamente una botella de agua con gas y sirviéndola luego en un vaso, mientras pedía otra botella de champaña. Siempre que llegaba a un lugar, como ahora, las personas de las mesas cercanas lo veían con curiosidad. Las mujeres quizá deseándolo, los hombres deseando verse como él, o quizá deseándolo también. Él, aunque parecía no percatarse de que invariablemente llamaba la atención a su alrededor, lo sabía a la perfección y lo disfrutaba.

—¡Salud! —dijo él y chocaron las copas. Nunca habías tenido el cabello tan corto. Te queda muy bien. Hay que tener una cara tan linda como la tuya para que ese corte quede bien.

—Gracias... ¿Qué tal tu viaje?

—Demasiado largo, no pude dormir nada, pero al menos leí algo y aquí estoy, sentado con mi hermanita. Ya con eso todo lo demás se vuelve irrelevante.

Paola sonrió.

—¿Y por qué viniste?—Antes de que él respondiera, ella agregó —Es raro verte después de cuatro años.

—Trabajo, reuniones con clientes, muy aburridas. Pudieron ser videollamadas, pero me encanta esta ciudad y ya que estás aquí, ya que por fin saliste de Venezuela, parecía la oportunidad perfecta para verte.

—¿Hace dos años no fue la oportunidad perfecta?—La pregunta se le salió a Paola como un disparo accidental, y ya no podía regresar la bala a la recámara.

Dos años atrás, Emilio, el padre de ambos, había muerto en Caracas. Paola tuvo que encargarse de todo: primero dos horribles semanas en terapia intensiva y luego el funeral y el entierro. Su madre estaba paralizada por la tristeza. Elías no fue, dijo que el trabajo no se lo permitía, pero al menos había pagado todos los gastos.

—No voy a disculparme por eso cada vez que hablemos, Paola. Sabes que no podía ir.—Ella no dijo nada—. —Ir a Venezuela no es tan sencillo.

—Pero es menos complicado que enterrar a un padre sola.

Elías se quedó en silencio, mientras veía y jugaba con la copa en su mano. La volvió a llenar con champaña e hizo lo propio con la copa de su hermana. Entonces le dijo:

—Por favor, dejemos el tema, estaré muy poco tiempo aquí y no es así como me gustaría pasarlo. Tus sentimientos al respecto no van a cambiar, los míos tampoco, así que mejor sigamos adelante o no sigamos en absoluto. Quiero saber de ti. ¿Cómo te trata la ciudad? ¿Tienes novio? ¿Qué tal el trabajo? Sé que emigrar no es fácil, pero fue la decisión correcta, y sabes que estoy aquí para ti.

—No tengo novio, creo que me gustan las mujeres ahora —dijo Paola antes de beber un largo trago. Elías subió las cejas y asintió.

—Esa no la vi venir —respondió Elías.

—¿Cómo que esa?

—Bueno, tú has tenido novios. Estuviste como tres años con el que tomaba fotos... Ehhh, Daniel.

—Darío, Elías.

—Bueno, Darío.

—¿Y qué pasa? Me gustaban los hombres, ahora me gustan las mujeres. Quizá me gustan ambos.

—Nada, hermanita, no pasa nada. Aunque no tendré sobrinos, brindo por lo que sea que te haga feliz.

—No seas imbécil, por Dios.

—¿Imbécil por qué?—preguntó él, genuinamente sorprendido.

—Porque todo lo haces sobre ti. Si me gustan las mujeres, no me preguntas si tengo novia, como antes me preguntaste si tengo novio, sino que lamentas que no tendrás sobrinos y brindas por «lo que sea» que me haga feliz. ¿No sería mejor interesarte por cómo me siento ahora?

—Me interesa saber cómo te sientes ahora, y tengo toda la noche para escucharte. Yo puedo ser brusco a veces, hermana, pero sabes que eres de las tres personas que más amo.

Paola se quedó unos segundos viendo a su hermano fijamente a los ojos, tratando de encontrar paz en la respiración, y dispuesta a dejar pasar todo.

—Vamos a pedir algo de comer —le dijo ella—. Muero de hambre. No hablemos más del tema.

Entre las gambas al ajillo, las croquetas de jamón, los huevos rotos y la paella fueron olvidando las diferencias del comienzo de la noche. La comida estaba tan buena que durante varios minutos no pudieron hablar de otra cosa. De vez en cuando, un recuerdo del pasado se encaramaba en la mesa, como el día en que Paola escondió bajo su cama unas empanaditas que había preparado su hermano para ella y sus dos primos, Javier y Emilia, una noche como tantas otras en las que se reunían en casa a ver una película tras otra durante toda la madrugada. Paola las escondió para comerlas luego, porque no quería en ese momento, pero se durmió y los demás, incluido Elías, se las comieron apenas vieron que cerró los ojos. Cuando despertó la mañana siguiente, se puso furiosa y lloró durante una hora (tenía apenas seis años). Elías tuvo que hacer más empanadas para el desayuno.

Rieron con esa historia y con otras más. Siempre volvían a las mismas anécdotas, a los mismos recuerdos, para suavizar los cada vez más comunes momentos de incomodidad que surgían cuando se veían y descubrían que tenían menos cosas que decirse. El Elías y la Paola del pasado, niños o adolescentes, acudían al rescate cada vez que los dos hermanos adultos no encontraban la manera de entenderse. Pero los recuerdos, a fuerza de ser los mismos siempre y sumar años, perdían color, como esas fotografías viejas que a veces llevan mucho sol y ya no se distingue del todo quién estaba frente al lente. Cuando Elías se sacaba de la manga alguno de esos recuerdos, de nuevo, Paola reía al principio, se alegraba un poco, pero después irremediablemente se entristecía. Su hermano hacía grandes esfuerzos para hacerla sonreír, y eso le daba lástima, no debía de ser así y le dolía.

Ella lo veía hablar de sus pasiones, y aunque sabía que su hermano era el mismo, había un puente larguísimo y lleno de obstáculos que le

impedía llegar hasta él, aunque se esforzara. Pero lo que era peor, como esa noche, a veces bastaba escucharlo para no querer intentarlo:

«Está bien que hayas encontrado ese trabajo, hermana, pero si sigues solo trabajando en empresas, no vas a lograr tener independencia económica, tienes que pensar en un negocio propio. Yo puedo ayudar».

«Aquí vine a ver a un par de cantantes venezolanos. Honestamente, detesto la música que hacen, pero si hay dinero de por medio, yo puedo hacer que suenen muy bien, y puedo hacerlos ganar mucho más».

«Está bien que estés un tiempo en Ciudad de México, al menos no estás ya en esa mierda de país que solo sabe envenenarnos a todos. Pero sabes que no puedes quedarte aquí, menos con ese presidente, debes irte a Estados Unidos. Todavía eres joven».

«Yo solo soy fiel cuando estoy enamorado, solo que me enamoro muy poco».

«El aro de la nariz te queda bien, te ves sexy, hermanita. No me digas que también te pusiste *piercings* en los pezones».

Y así continuaba, Elías, saltando de un tema a otro, sabiendo más que nadie sobre casi todo, escuchando casi a nadie. Los meseros lo trataban con adulación y hasta le trajeron al chef para que le explicara cómo era la preparación de un determinado postre, para que él pudiera decidir si quería ordenarlo. Finalmente puso cara de no estar convencido y le dijo al chef que no, que mejor pedía la crema catalana para ambos, sin preguntarle a su hermana.

Paola lo veía y, aunque lo seguía queriendo como a casi nadie en su vida, se atrevió a decirle:

—¿No has pensado lo difícil que es amar a alguien como a nadie más, pero no poder estar cerca de esa persona?

—¿Cómo cuándo dos personas que se aman simplemente no pueden estar juntas? —preguntó él— ¿Tener que conformarse con amar a distancia?

—No, no es eso. Podrías estar cerca de esa persona, pero no sabes cómo y algo te dice que es un conocimiento que tuviste, pero que ya no

puedes recuperar. Porque es algo que aprendiste por instinto, pero lo perdiste.

—Yo digo que, si puedes y amas a esa persona, tienes que intentarlo. ¿Es esto sobre una chica? Quizá no sea yo el indicado para darte consejos, pero solo puedo decirte que, si la amas y aún existe una rendija, tienes que intentarlo.

—Pero es que amo a esa persona, pero no sé si quiero intentar nada más. Ya no tenemos nada en común. —Dijo Paola, sintiendo cómo se le enredaba la lengua. Estaba un poco ebria.

—Entonces déjala en el baúl de los recuerdos. Si vuelve o no, es algo que no puedes controlar. —Respondió él, sin enterarse de nada.

Ella decidió no hablar más del tema y sumergirse en la crema catalana, que también era de sus favoritas. Su hermano, mientras bebía un espresso, la veía disfrutar el postre. Ya sabía que le pasaba algo, e incluso, después de repasar la conversación en su mente, podía intuir que su hermana siempre se había referido a él. Aunque le dolía, la vida, y sobre todo Venezuela, le había enseñado a separarse de mucha gente sin volverlo un drama. Había comprendido, y se lo repetía siempre, que las personas son circunstanciales, que van y vienen, que no son más que parte del entorno. Y el entorno siempre ofrecía lo necesario para vivir, o para morir. Si había pasado cuatro años casi sin hablar con su hermana, podía hacer lo mismo por cuatro años más, por diez o por 30, pensaba, sintiéndose un poco borracho.

Al salir del restaurante, sabiendo que quizá no se verían más en algún tiempo, Elías le propuso ir a un bar. Paola aceptó.

Pasaron de la cerveza al whisky, él, y a la ginebra, ella. Tomaban en silencio, sin hablar durante varios minutos, apoyados en una brillante barra de madera. El lugar era oscuro, la música era un jazz suave, los clientes eran pocos y hablaban bajo en sus mesas. Elías arrugaba la cara con cada trago. Veía sin prestarle atención la repetición de un partido de fútbol. Paola le daba vueltas al trago con su dedo meñique, esperando que el remolino le revelara algo interesante para decir. No fue necesario, Elías habló primero.

—Yo amaba mucho a papá, creo que hasta que fui adolescente, luego solo tuve que soportarlo hasta que me independicé económicamente. Yo decidí no acompañarlo en su ocaso, no pisar su funeral. Lo siento, Pao, pero no quise ir.

—Yo creo que los funerales poco tienen que ver con los muertos, sino con los que quedamos. —Le respondió ella.

—Sé que no estuve ahí para ti, ni para mamá. Sé que no lo estoy ahora, pero la vida es así. A veces estamos, a veces no. Hay fuerzas invisibles que nos acercan o nos alejan de los demás. La mayoría de las relaciones son transaccionales. Nos acercamos a quien nos puede ofrecer algo.

—¿Entonces mamá y yo ya no tenemos nada que ofrecerte?

—No es así en este caso. Hay transacciones buenas y malas, y acercarme a papá en su enfermedad, o cuando esta se lo comió, solo era malo para mí.

—¿Y fue una fiesta para nosotras?

—No, apuesto que no, pero tú tampoco tenías que encargarte de todo como lo hiciste. Supongo que, al final, algo bueno sacaste de eso. De nuevo, todo son transacciones. Quizá necesitabas reconocimiento, ese que tanto sufrías por no tener, porque siempre eras la segunda en todo, la segunda en mudar los dientes o en graduarse, lo que sea. Ahí tienes, fuiste la primera en cuidar de papá enfermo. —Dijo Elías, sin mirarla, como hablándole a los jugadores que se peleaban por un balón en la pantalla.

—Yo no buscaba reconocimiento, Elías, buscaba tranquilidad, ya sea con papá viviendo o con papá muriendo en paz. Tranquilidad para todos, sobre todo para mamá.

—Ahí lo tienes, eso es lo que buscabas, tranquilidad. Es lo mismo que buscaba yo al mantenerme lejos de todo eso.

—¿Y por qué estás aquí ahora, Elías?

—Ya te lo dije, vine por trabajo. —Respondió él sonriendo, mientras pedía otra ronda de tragos.

—No seas idiota. Las reuniones pudieron ser videollamadas, tú mismo lo dijiste. ¿Por qué estás aquí conmigo?

Ella, aunque no estaba disfrutando de la conversación, solo quería una respuesta que la hiciera olvidar todo lo anterior y la acercara a alguna otra versión de él, que la moviera a abrazarlo, para sentirse pequeña otra vez.

Elías apuró el trago, lo bebió de un golpe y hasta el fondo, y respondió:

—Estoy aquí porque eres mi hermana, y porque creo que de vez en cuando tendremos que vernos, hasta que no nos veamos más.

Cuando se despidieron en la puerta del bar, Paola no quiso que él la acompañara a casa. Ella supo que no volvería a verlo durante esta visita. Al entrar en su cocina para tomar un poco de agua, sonrió al ver los ingredientes para los panqueques que no prepararía. La casa estaba impecable.

Mirada extranjera sobre México

(relato sin ficción)

Jhon Manuel Silva

*En México, ahora, soy una estrella caída
que lee su guía de turismo para no hacerle caso.*

RODRIGO FRESÁN. *Mantra*

«Soy un completo hijo de puta».

Hace diez años quise comenzar una novela con esa frase. Hijo de puta, en aquella ocasión, significaba que el personaje que narraba era moralmente cuestionable en los ámbitos en que un chico de 23 años considera que se puede ser cuestionable. Es decir, el protagonista era drogadicto, vago, promiscuo y demás lugares comunes de esa literatura «urbana» que estuvo muy de moda en Estados Unidos durante los noventa, y que a nuestro país llegó, como todo, a manera de un eco lejano y distorsionado. Fue una época en que los escritores sentían que para escribir una novela bastaba con construir a un personaje «extremo», sexualmente inmoral, drogadicto y descarado, cuyo comportamiento escandalizara a los lectores. *Épater le bourgeois* y toda la vaina.

Pero hoy comienzo esta historia diciéndola de nuevo, habiendo madurado lo suficiente para entender dos cosas: que nunca escribiría aquella novela y que la verdadera hijueputez no está en fumar porros o

en el desenfreno sexual. La imagen de la miseria personal desde la cual escribo ocurre a la medianoche de un miércoles, a las puertas del edificio donde viví desde niño y del que me estoy yendo para emigrar hacia México. Mientras mi mujer y mi hermano cargan mis maletas en el portaequipaje del taxi, mi papá me abraza, me desea suerte y se pone a llorar.

Era la segunda vez que lo veía llorar. La primera fue hace once años, cuando luego de salvarse de un derrame cerebral se percató de que le había ganado la batalla a la muerte, y esa certeza, la de sentir que uno puede escaparse de destinos que parecen inexorables, lo conmovió. Pero ahora lloraba por la soledad que se le venía encima. Y sí, ahora sí puedo decir con certeza que soy un completo hijo de puta, uno de los tantos hijos de puta que nos fuimos de Venezuela, huyendo.

A mi lado, en el avión, había una peruanita bonita. Me puse a verla, no por su físico, sino porque llevaba una carpetica excesivamente minuciosa, en la que se dejaba ver una reservación de hotel y una carta de invitación. A diferencia de los demás pasajeros, ella no veía películas, dormía o leía un libro. Solo fingía que dormía, supongo que deseando que el cuerpo se sugestionara y realmente se quedara dormido, sin dejar de pensar en la coartada que diría si la funcionaria de migración preguntase demasiado.

Yo tampoco pude ver películas o leer. Me pasé el vuelo pensando en mi papá, en que debí despedirme mejor, haber hecho algo juntos. Pero no se pudo.

He tenido unos días de mierda. Todo parece ir mal. El estrés no me ha dejado tener un momento en paz. Llevo varios meses con una incomodidad que no se me quita, un veneno interno. «Frustración», le llaman a ese momento de la vida en que sientes que das un cambio radical o todo se va a la mierda, y que debes hacerlo sin pensar mucho, sin que te dé un ataque de estupidez existencialista y termines arrepintiéndote. Es una gran ingenuidad, claro: uno se va de los países buscando calidad de vida, libertad económica y estado de derecho. Pero el infierno interior se va con uno. Cambiar de país no es cambiar de vida; se cambia la geografía, pero no la tristeza.

Hace muchos años mi papá hizo lo mismo. Tomó un barco y se fue de España a Venezuela, un país sobre el que se decía que tenía muchas oportunidades y todo estaba por construirse. Ese país hoy está destruido. Supongo que mi abuelo, al que nunca conocí, también se puso a llorar.

Ya conocía Ciudad de México, así que sabía dónde iba a hospedarme durante los primeros días. Me registré en el hotel New York, porque estaba céntrico y cercano a todo. Desde que llegué, mientras ponía en orden las cosas y preparaba la llegada de mi mujer, me dediqué a caminar. Me gusta caminar por las ciudades donde vivo. Por muy pedante que suene, creo que la experiencia urbana se hace caminando, andando.

Particularmente le agarré afición a atravesar Reforma a pie, a veces por Guadalupe o Misterios, a veces por Insurgentes, a veces desde las avenidas alternas hasta llegar al Monumento del Ángel. Reforma es la avenida que representa al D.F. moderno, aunque también divide a la ciudad: de un lado Chapultepec y Polanco, del otro el Centro Histórico, Tlatelolco, Garibaldi.

Ciudad de México, al igual que Caracas, tiene una línea que divide a la ciudad en dos. En el D.F. es Reforma, en Caracas creo que podemos poner el trazo en la plaza de Chacaíto. De un lado está Chacao, el Lido, el Sambil, Las Mercedes, el Country Club, del otro está Plaza Venezuela, Parque Central, La Hoyada, el 23 de Enero.

Esa división geográfica siempre me ha llamado la atención. Si revisamos la historia de ambas ciudades podemos encontrar el punto exacto en que las clases medias y altas comenzaron a erigirse, tomando sus espacios y produciendo un desarrollo urbanístico que las definía. Pasado el tiempo, el mapa de la ciudad podía irse marcando con círculos y, la ironía, es que el círculo de clase media es pequeño. Es decir, la clase media-alta terminó encerrada en un gueto, pero como la palabra gueto siempre se asocia a pobreza, suele hablarse de burbujas. La burbuja de Chacao, la de Polanco, la de Roma, la de San Antonio de Los Altos.

Sin saberlo, las burguesías de cada país se fueron encerrando en espacios que los aislaban del resto de la ciudad. De este modo, se desactivaron políticamente, porque los centros de poder quedaron alejados

de estas burbujas. En Caracas, el Palacio de Miraflores, el Capitolio y las sedes de casi todos los ministerios e instituciones del Estado quedan en el centro de la ciudad. Cerca del palacio de gobierno está Catia, el 23 de Enero, El Silencio, La Hoyada y El Calvario. El Palacio Nacional de México está en el Centro Histórico y tiene cerca a Morazán, La Merced y Mixcalco. Todas zonas populares o de clase obrera.

La clase media-alta vive bastante alejada de esos sitios. En Caracas, la Plaza Francia de Altamira queda a unos 12 kilómetros del palacio de gobierno. En el camino hay una raya que, como dije, podemos trazar en Chacaíto. De hecho, cuando caminas desde Plaza Venezuela hacia Altamira el efecto es como cruzar una frontera. Pasas el bulevar de Sabana Grande y llegas a Chacaíto, la ciudad hasta ahí tiene un ordenado caos, publicidad gubernamental y un aire a ciudad suramericana donde las construcciones marginales conviven con el *art déco* que subsiste de los mejores tiempos de la Venezuela petrolera; pero apenas pasas Chacaíto y comienzas a caminar por la avenida Francisco de Miranda, todo cambia: la arquitectura aspira a parecerse a Miami, el orden forzado oculta al caos y la publicidad ya no es la del gobierno, sino la de un político joven y bien vestido, como suelen ser todos los que gobiernan Chacao. El centro financiero de la ciudad, también está en esta zona.

Lo mismo pasa en México. Cuando pasas Reforma y te adentras en la zona de Bellas Artes, hay una ciudad moderna, llena de marcas norteamericanas y arquitectura de metrópolis que va quedando atrás. Apenas te descuidas y te comienzan a rodear edificaciones claramente coloniales. De hecho, cuando estás en la esquina de Bellas Artes llegas al cruce de Madero y Eje Central: es una intersección conocida por su tumulto permanente. La primera vez que lo pasé me recordó al cruce que hay entre la Torre La Previsora y el bulevar de Sabana Grande; la misma gente, el mismo agite. Aunque al menos en México hay un policía de tránsito tratando de ordenar la circulación.

Y es así como pasas a otra ciudad: una donde te abordan cada dos metros para venderte lentes o en la que te cruzas con Jack Sparrow, Spiderman, Freddy Krueger, Pancho Villa o cualquier otro personaje que

estén representando los artistas callejeros que ponen su gorra en el piso y hacen performances todos los días. Un detalle que me impresionó mucho de este sitio es como se respetó la arquitectura colonial y al mismo tiempo se permitió la modernización. Los locales comerciales forman parte de los edificios viejos y es de esta manera que te cruzas con un Sanborns, un iShop y un GNC dentro de un edificio que debe tener más de cien años. Todo cobijado bajo la sombra de la Torre Latinoamericana, un imponente rascacielos, edificio emblema de la ciudad.

Lo pienso y resulta fascinante: una ciudad cuya diferencia económica está marcada incluso en su geografía. Esta frontera imaginaria que separa a la modernidad de lo antiguo, a la clase media de la clase popular y a los centros de negocios de los centros del poder político. Siempre pensé que era un problema de Venezuela. Pero luego lo vi en México y también en Perú (aunque de Lima no quiero hablar todavía). Las clases medias en Hispanoamérica se alejaron de la sede física del poder político. En parte eso ha servido para que los gobernantes surgidos en la camada del socialismo del siglo XXI puedan levantar una narrativa de «ellos» contra «nosotros», siendo ellos «los ricos» y nosotros «los pobres».

Tradicionalmente se ha pensado que las masas pueden llegar al poder y deponerlo. La imagen de una turbamulta de personas indignadas haciendo huir al poderoso es parte de nuestra imaginería. Es probable que hayamos heredado el mito de «el pueblo arrecho sacando al presidente» de la revolución francesa. Pero claro, las ciudades modernas no son la antigua París, y replicar la marcha sobre Versalles, o peor, la toma de la Bastilla no es tan fácil. Hay excepciones recientes, como la Maidán Nezalézhnosti, la plaza Tahrir y Chatham Street, en donde sí se ha visto a una masa derrocando gobiernos, pero ya no es común. Pocas veces se piensa en el tema geográfico, pero hay que hacerlo: la urbanidad moderna deja poco espacio para las rebeliones populares.

En Venezuela, Chávez sabía de esta frontera imaginaria, y desde el 11 de abril de 2002, cuando quienes se le oponían osaron cruzarla para intentar llegar al palacio de gobierno, decidió que los suyos vivían en el

oeste y que los otros vivían en el este. La zona del este era de los escuálidos y el oeste era de los revolucionarios. Cuando viví en México no estaba López Obrador en el poder, pero ya casi comenzaba la campaña electoral y era obvio que ganaría las elecciones, en medio de un descontento de los mexicanos con su clase política tradicional, no muy distinto al que hubo en Venezuela en la década del 90 y que terminó llevando a Chávez a la presidencia.

Poco después de ser electo, AMLO supo también que su ciudad tenía una frontera imaginaria y que podía usarla políticamente. La diferencia es que, en vez de llamar escuálidos a sus opositores, usó el más infantil «fifis». Pero de igual manera, la primera manifestación que tuvo en su contra no pudo pasar más allá de la avenida Reforma.

* * *

Una mañana en la que estaba triste me fui por la Torre del Caballito rumbo a Reforma, pero no llegué a la avenida. Me desvié hacia la calle Antonio Caso. Entré a un local y pedí una cerveza.

La Diana Cazadora era un establecimiento a medio camino entre restaurante genérico y comedor temático. Genérico en las sillas y manteles, en los sobrecitos de salsa amontonados en una especie de cenicero sobre la mesa. Temático en la decoración: un mural sobre la barra, con figuras clásicas de la cultura popular mexicana; un sombrero de charro, colgado sobre la entrada; y unos baños a los que se accedía a través de puertas plegables, de esas que salen en los *westerns* y que suelen ser la barrera de entrada a las cantinas donde ocurren las peleas. Pero no era una cantina, a pesar de que eso decía junto a su nombre. Era más bien un sitio aséptico y tranquilo. Un lugar diseñado con cierto esmero para agradar a turistas que solo imaginan a México con tequila, mariachis, la edad de oro y la verborrea incoherente de Mario Moreno.

Tenía en mi bolso *Mantra*, la novela de Rodrigo Fresán que me había jurado comenzar, pero de la que solo había avanzado un par de páginas. Sin embargo, no quería leer; no me concentraba y andaba amargado.

Prefería pasar un rato definiendo a los personajes de la pintura que estaba sobre la barra. Había reconocido a Cantinflas, Pedro Infante, María Félix y Antonio Aguilar; lo dicho: un lugar para turistas. De pronto, una voz me interrumpió.

Parecía el lamento de una enferma. Hizo una especie de aullido que me resultó familiar en su momento y que hoy identifico con los berreos de Amy Winehouse cuando estaba borracha sobre el escenario y su acento inglés la llevaba a convertir en aullidos las letras de las canciones que su ebriedad le impedía interpretar.

Busqué el sonido y lo ubiqué en una mesa de la esquina. Una señora de unos 50 años atendiendo a una niña de unos 10. Y una mujer de edad media, sodomizada por el alcohol, ajena a quienes, supe de inmediato, que eran su mamá y su hija. Me quedé un rato observándolas.

La hija traslucía cierta madurez, como si ya estuviera acostumbrada a los espectáculos etílicos de su madre. La abuela, en cambio, estaba notablemente exhausta e insistía en terminar el día, instigando a la niña: «Dile a mami que ya nos vamos, anda, para que pida la cuenta». Pero mami no quería irse.

Luego de un rato la abuela empezó a discutir sola. Su hija estaba visiblemente aislada de todo, con la mirada alternativamente puesta en el techo y en las cortinas que bloqueaban la vista hacia la calle. Los mesoneros disfrutaban de la función; dos recostados sobre la barra y el barman acodado sobre ella. Solo había tres mesas ocupadas a esa hora de la tarde, y el ejecutivo que estaba en la mesa junto a la mía no parecía interesado en nada que no fuera su celular y la comida que devoraba con parsimonia.

La niña propuso irse y dejar a la madre sola. «Mejor así. Vete a la verga», dijo la abuela a su hija antes de agarrar a su nieta, halarla por el brazo e irse. Acabado el *show*, llamé a uno de los mesoneros para que me trajera la cuenta.

Mi petición acabó con la cofradía y el barman siguió limpiando el área del bar, mientras el otro mesonero se iba hacia la cocina. El tercer mesonero dejó la cuenta en mi mesa, chequeó que el comensal de al

lado no necesitara nada y también se fue a la cocina. Mirando la factura, escuché su llamado.

—Hey. Vente pa' acá.

Miré alrededor para saber si era conmigo. Me sentí tonto al recordar que el restaurante estaba casi vacío.

—Órale, vente.

Sus palabras se escuchaban atropelladas por sus dientes. El esfuerzo que hacía por pronunciar era notable. Volví a mirar a mi alrededor, como con miedo de que me vieran. Me paré y fui lentamente hacia su mesa. Le sonreí.

—¿De dónde eres?

—De Venezuela.

Celebró mi respuesta. Supe que habría celebrado cualquier respuesta. Pero me gustó que Venezuela fuera para ella una fuente de celebración y no una de desgracias, como me pasaba desde que había llegado a México. Pronunciar la palabra Venezuela era como decir que estaba enfermo de VIH. Las conversaciones cambiaban desde que mostraba mi nacionalidad. Todos pasaban a tratarme, con lástima o con la misma curiosidad de los terrícolas que hablan con los marcianos en las malas novelas de ciencia ficción.

—Siéntate, güey. Tómate una.

Sobre la mesa estaba un potecito con cacahuates, una botella de mezcal a medio tomar. Varias botellas vacías de cerveza. Un agua mineral casi llena.

—Anda. Siéntate conmigo.

Lo hice.

—No hay vaso.

—Un vaso, cabrones —gritó.

El barman llamó al mesonero que me estaba atendiendo, le dio un vaso limpio y lo mandó a traérmelo.

—Tráeme el terminal para pagar con tarjeta mi cuenta —le dije.

—Sí señor —me respondió con una educación exagerada.

—Venezuela.

—Sí —le dije, y me serví dos dedos de mezcal, decidido a tomarlo en dos sorbos para luego irme.

—Los Amigos Invisibles. Oscar D' León. Montaner...

—Cantinflas. María Félix. Molotov...

—Me caen los venezolanos.

El mesonero llegó con el punto de venta. Pasamos mi tarjeta y le di en efectivo una propina.

—¿Se va a quedar, señor? —me preguntó.

—No. Me tomó un trago y me voy.

Mientras se alejaba vi que el señor que comía a mi lado ya se estaba preparando para irse también, así que nos quedamos solos.

—¿Cómo te llamas?

—Lola.

—Felipe —le mentí.

—Por Felipe —levantó su vaso. Choqué el mío con el suyo y la vi tomarse el mezcal como si fuera agua. Yo apenas pude con un traguito.

—¿Viste a mi hija?

—Sí, ¿cómo se llama?

—Lolita, claro. Nadie sabe, pero es hija de un tipo que iba a ser presidente.

—¿En serio? —supongo que habrá sonado falso mi interés, pero dudo que en su estado se haya dado cuenta.

—Sí. Pero nadie me cree. Todos creen que estoy loca.

—No creo que estés loca.

Y entonces hizo un gesto enternecedor, una sonrisa de esas que vienen con un cierto humedecimiento de los ojos, como si la alegría y la nostalgia se expresaran en una misma mueca.

—Me caen los venezolanos, güey. —se paró de la mesa y me abrazó. Perdió el equilibrio y cayó brevemente sobre mí. Se levantó rápido, se echó en la silla y siguió riendo con los ojos aguados.

—¿No te quieres tomar algo más suave?

—Lo que quieras, güey.

—Vamos a la barra.

La tomé de la mano y fuimos hacia la barra. El barman fingió no darse cuenta de que nos acercábamos, pero supe que nos estaba oyendo. Lo miré firmemente a la cara y le pedí que preparara dos cocteles. Algo suave.

—Háblame de tu hija.

—Es linda, cabrón. Tiene once.

El barman sirvió dos copas con cocteles dulces. No le pregunté qué eran. Me bastaba que fueran algo menos cruel que el mezcal.

—¿Vives aquí?

—A eso vine, espero poder quedarme.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—Eres mayor que yo, güey.

Aproveché que se ensimismó en la barra para detallarla. Su cuerpo apuntalaba el comentario. Era el cuerpo de una mujer de treinta años recién cumplidos, pero su cara aparentaba cuarenta y sus dedos estaban rojizos y tenían pequeñas llagas y cortadas, que le daban una apariencia de mujer mayor.

—Tengo treinta y uno, güey.

—Aparentas quince —me sentí estúpido al decirlo, pero su risa exagerada me daba confianza. Podía ser venezolano y tonto frente a una mujer borracha, porque celebraba todo y no se quejaba de nada.

—¿Le abro una cuenta? —nos interrumpió el barman.

—No. Sírvanos dos más y dígame de una vez cuánto es —le precisé.

—Me cae que yo pago, güey.

—No. Déjame hacerlo yo.

—¿Crees que no tengo dinero?

—No dije eso, solo que quiero hacerlo...

Se paró y metió las manos en el bolsillo. Sacó un fajito de dinero.

—¿Cuánto es, gordo?

—Trescientos ochenta pesos —le respondió el barman.

—Cóbrate, güey. Quédate con el cambio. Y sácate de acá.

El barman tomó los dos billetes con rabia, arrugando la cara de Sor Juana Inés de la Cruz.

—Estoy jodida, cabrón.

—Todos lo estamos.

Bebimos los cocteles y me fui. Le di un abrazo y me despedí de ella. Ella quería seguir, me susurró al oído que tenía ganas de coger, pero yo no; sabía que si seguía iba a terminar en una situación de la que luego no podría zafarme. Ya tenía edad y experiencias suficientes para saber que los alcohólicos, las infidelidades y las mujeres autodestructivas solo son interesantes en la literatura.

Caminé de regreso al hotel. Me sentía más triste que al comenzar.

Era noviembre de 2017, hacía un par de meses dos sismos habían alterado al país. El primero fue el 7 de septiembre y tuvo su epicentro en Chiapas, sintiéndose en buena parte del México y en Guatemala, El Salvador, Honduras y Belice. Se calculan unos 100 muertos y miles de afectados, sobre todo en el sureste del país.

El segundo ocurrió doce días después, su epicentro fue en Puebla, pero se sintió en toda la nación. Sus efectos fueron devastadores, se calculan más de 300 vidas perdidas, y por primera vez desde 1985 se vio caer edificios enteros en la capital. En aquel entonces se dijo que ese sismo había «cambiado el rostro de la capital». El de 2017 no la cambió, pero ciertamente le dejó algunas cortadas y heridas que estaban muy abiertas cuando llegué. Quiso el destino que ambos terremotos ocurrieran un 19 de septiembre.

Al volver a mi habitación, me desvestí, tomé la novela de Fresán y me eché en la cama con intención de leerla; pero nuevamente no pude hacerlo, no me concentraba. Aunque parecía ser tristeza, lo que tenía era más una incomodidad, como una combinación de incertidumbre, cansancio y miedo. Mucho miedo. 2017 fue un año en el que viví con miedo.

Como no pude leer, me quedé mirando el techo y pensando en que estaba en una ciudad de la cual todo lo que sabía me lo habían contado extranjeros. Burroughs, Bolaño, Kerouac, Lowry. Ciudad de México,

como Nueva York, como Tokio, como París, ¿cómo Caracas?, son todas ciudades que solo pueden verse desde el lente de un foráneo. Puede que sean ciudades abrumadoras, tan llenas de experiencias —y en el caso de México de colores, de olores, de sonidos— que escapan a los locales por tenerlos naturalizados en su rutina.

Dice Orhan Pamuk que cada ciudad tiene sus propios ruidos los cuales son imposibles de escuchar en otros lugares. En México serían: la campanilla de los camiones recolectores de basura, los neumáticos del metro, los tocadores de marimba en los parques, los organilleros que se paran en Reforma y Bellas Artes, la bicicleta del amolador y la voz de Elías Zavaleta diciendo: «Ya llegaron sus ricos y deliciosos tamales oaxaqueños».

Tal vez, al igual que los sonidos, muchas ciudades tengan relatos extranjeros que no pueden escribirse en ninguna otra parte. Quizá aquí sí pueda escribir la novela aquella, pero ya no puede comenzar diciendo que soy un completo hijo de puta. Ahora tendría otro principio, otro tono, palabras extranjeras, personajes que ya no pueden ser venezolanos.

Al cabo de un rato, mientras llegaba la noche y yo no tenía fuerzas ni para leer, me preguntaba si yo también sería un extranjero que escribiría sobre Ciudad de México, o si, por el contrario, mi paso por esta ciudad también terminaría con una novela que nunca tendría el valor de empezar a escribir.

Negro, negro

Jacobo Enrique Villalobos Mijares

El librero que toma su oficio en serio es el más digno de compasión de todo el género humano, porque está confrontado diaria e ininterrumpidamente con la absoluta insensatez de todo lo escrito y vive el mundo como infierno como ningún otro.

THOMAS BERNHARD

Tres semanas después, veintiún días, y a un mes de la desaparición de la familia León, Wilfredo abrió la caja registradora y se llevó todo. Los demás también se habían ido. Dejó la librería abierta, botellas de alcohol en el piso tras la fiesta, libros desordenados en el mostrador y salió corriendo. Eran las tres de la madrugada, noche caraqueña y él sudaba en frío.

Un ataúd, negro, negro, negro avanzaba por la librería blanca y los libreros veían cómo era llevado como si se tratara de un baile. Al fondo, Igor Barreto, poeta, hablaba: hacía la presentación de la revista «Sarcófago», para lo cual habían decidido que lo mejor era llevar una urna real, a modo de propuesta vanguardista. Así que la procesión seguía sin pausa, atrayendo las miradas. Poco después, justo en el momento en que abrían el ataúd que contenía las revistas, los sarcófagos, Erick, en secreto, informó

a los libreros que Malena León había muerto: su hijo la había golpeado en la cabeza y apuñalado con un cristal. Así que, con la música fúnebre y la voz de Igor, poeta, de fondo, los libreros se quedaron en mutismo, contemplando los anaqueles, los lomos de los libros. Toda aquella librería estaba integrada por textos pertenecientes a Eleazar León y Malena, y ahora ninguno de los dos estaba. Nadie lo dijo, pero todos lo pensaron: de un momento a otro se habían convertido en los cuidadores de los libros de una pareja fallecida. Viendo el sarcófago negro, negro, negro en medio de la librería, pensaron que lo correcto hubiese sido enterrar los textos con la difunta.

Sin embargo, aquel asunto quedó de ese tamaño. Al menos hasta el día siguiente, cuando se enteraron de que el hijo de Eleazar y Malena también había muerto: lo mataron apenas entró a la cárcel.

Al final de la presentación, por un olvido, la urna quedó en la librería, fungiendo de decoración.

Pierre, Eduardo y Daniel. Ya no estaban ahí, se los habían llevado y por eso, aunque Wilfredo veía en el pavimento el punto exacto en el que habían estado hace unos minutos, no los encontraba. Deslizaba sus pupilas con velocidad sobre la calle, giraba sobre sí mismo, pero allí solo estaba él, o era como si solo estuviese él. Se llevó las manos a la cabeza y miró a los policías al otro lado de la calle. «Ya los recogieron», dijo uno de ellos. «Si buscas a los atropellados, ya se los llevaron». Wilfredo habló acelerado y hacia nadie en específico: «Somos libreros», dijo, «trabajamos aquí, cruzando la esquina; celebrábamos un cumpleaños en la librería. Los tres son mis amigos. ¿A dónde se los llevaron?». Los agentes le dijeron que una ambulancia había venido y que ahora todos debían estar en la clínica. Wilfredo tragó grueso, metió las manos a los bolsillos y sacó todo el dinero que había tomado de la caja registradora. Se los ofreció a los policías a cambio de que lo condujeran con sus amigos. No, no, no somos taxis. Wilfredo les habló por largo rato y casi, próximo, a puntito estuvo de llorar. Uno de los oficiales se regresó a la patrulla, ignorándolo; el otro miró a los lados, escupió al piso. «Estás de suerte»,

extendió una mano y tomó tan solo un par de billetes. «Para que dejes la ladilla», el policía le hizo un gesto a su compañero. Tras unos minutos de espera, detuvo a un taxi y le dijo al conductor: «El chamo va pa' la clínica».

Unas cuadras más adelante, a través de la ventanilla del vehículo, Wilfredo vio un carro volcado sobre sí mismo, doblado y roto, e intuyó que ese era el mismo que había impactado a sus amigos: quizá un conductor ebrio que golpeó a los tres y se dio a la fuga, para chocar más adelante contra un poste de luz, una defensa de concreto, un desnivel en el asfalto, o cualquier cosa.

Durante los días siguientes a los libreros les llegaron retazos de lo ocurrido, como una historia contada en zapping, fragmentos desperdigados de una novela: que el hijo de los León —de Eleazar y Malena— tomaba antidepresivos y, por la escasez de medicamentos, no pudo conseguirlos, por lo que sufrió un ataque en el que terminó matando a su mamá; o que Malena también se medicaba y que, sin querer, ofendió a su hijo y este arremetió contra ella... Eran hipótesis desordenadas. Los libreros tenían la suya propia: el hijo nunca perdonó a su madre por haber vendido los libros de su padre, y, al final, tras varios meses de contemplar la biblioteca vacía —la mitad de la casa vacía, de hecho—, la apuñaló en venganza con un vidrio filoso. Pero nadie podía saber con certeza nada de aquello, porque la policía había destruido la escena del crimen, quizá por intentar robar lo que estuviese fuera de lugar, y todo lo demás eran historias. También se dijo que al hijo lo metieron en la celda, y un oficial gritó: «¡Mató a su mamá!», por lo que los demás presos lo golpearon, golpearon, golpearon en la cara «para que aprenda».

Lo único cierto, y de eso nadie tenía dudas, era que la familia León, dueña de aquellos cientos de libros, ya no existía: se había depredado intestinamente.

Y mientras el zapping avanzaba, el sarcófago negro, negro, negro, seguía allí, en la librería, cerca de la entrada y la vista de todos: olvidado y dejado al cuidado de los libreros.

Sin embargo, Pierre, Eduardo y Daniel, los libreros heridos, no estaban en la clínica: allí no tenían cómo tratarlos: «No hay ni anestesia», le dijeron a Wilfredo, o él creyó recordar que había leído eso hace poco en algún periódico. Como fuese, allí no estaban. «Lo más seguro es que los hayan trasladado a alguno de los hospitales de la zona», le dijo una secretaria, o una enfermera. Por lo que, sudando en frío, con el poco dinero sobrante en sus bolsillos y ya sin alcohol en la sangre, empezó a recorrer Caracas, tres de la madrugada, calles vacías. Primero pidió asistencia a los conductores de una de las ambulancias de la clínica para que lo trasladaran a un hospital cercano y probar suerte; pero allí tampoco sabían de sus amigos. «Quizá estén por allá», «o a lo mejor por aquí», «tal vez los llevaron para este otro lado». Salió a la calle y alzó la mano lo más que pudo. Mientras avanzaba sobre el asfalto, transportado en un taxi barato, mantenía la mirada fija en la oscuridad exterior y recordaba partes de esa noche («Coño, Wilfredo, que nos atropellaron»).

La ciudad ocupaba alrededor de 700 kilómetros cuadrados, que esa noche Wilfredo atravesó de lado a lado.

Al cabo de unos días, Krysolga recibió dos ramos de rosas que fueron enviados a la librería. No tenían dedicatoria, tampoco remitente y el mensajero había olvidado el nombre de quién las había enviado. Así que Kyrs cargaba con flores que habían aparecido de ninguna parte. Miró desconcertada a sus compañeros; Erick y Eduardo se encogieron de hombros. Las colocó en agua y durante el resto de la tarde estuvo llamando a sus amigos y conocidos, preguntando si alguno le había dedicado rosas —blancas, como la librería—, pero no fue nadie, y los ramos solo estaban allí.

Al final del día, cuando apagaron las luces, los libreros se percataron de que, sin planificarlo, habían ubicado las rosas en sendos floreros junto al ataúd. «Mala vaina», murmuró Pierre. Wilfredo frunció los labios y asintió. «Mal augurio», replicó.

Perplejos e incómodos, tragarón grueso y cerraron las puertas.

Finalmente, Pierre había terminado en una clínica privada gracias a su seguro médico. Eduardo y Daniel, no. Wilfredo les dio alcance a esos dos en algún punto de la noche y los acompañó en la ambulancia, entre las dos camillas, hasta un hospital al oeste de la ciudad. Eduardo tenía el esternón y una clavícula quebradas. Daniel sangraba por la cabeza y no decía nada; estaba desmayado y tieso, como si lo roto fuese su sistema nervioso. Luego sabría que Pierre («coño, que nos chocaron») tenía el fémur partido en dos. En la ambulancia nadie decía nada; avanzaba en mutismo sobre una calle agrietada. Solo Eduardo emitía algún sonido y eran quejidos sin forma.

La urna estuvo allí por una semana. Durante ese tiempo no hubo ninguna venta, la computadora reproducía música por sí misma, sin que nadie le diese al botón de «play», algunos bombillos se fundieron y la tensión creció entre los libreros, quienes, de repente, se sentían melancólicos, irritables, abatidos. Incluso la cañería del baño se rompió y la librería se inundó de agua sucia. Vendedores de libros descalzos, caminando sobre agua pútrida, cuidando de un sarcófago y de la antigua biblioteca de una familia extinta.

Las flores se habían marchitado casi de inmediato, pero nadie había tenido la voluntad de moverlas.

En el hospital, a Eduardo lo cargaron entre dos enfermeros y a Daniel lo tomaron entre varios: sus articulaciones se habían tensado en una posición incómoda y no había cómo sujetarlo. Al final, lo sentaron en una silla de ruedas averiada, a la que le faltaban partes, y Wilfredo vio cómo un mendigo le amarró el tobillo a la silla con una trenza de zapatos, ya que esta no tenía apoyapiés. «Esta es mi chamba», le dijo el mendigo. «Yo ayudo con los heridos; a cambio me dan café».

Como era época de lluvia, entonces llovía, llovía, llovía todo el día. Por eso los gusanos bajaban de las palmeras y entraban en la librería. Diez gusanos verdes, veinte, treinta. Erick encontró una crisálida en uno de los

libros y decidió cerrar temprano. Tiró la puerta con rabia. «Que la librería se hunda en agua», dijo. Pero los demás pensaron que lo que realmente pasaba era que la librería estaba siendo enterrada. La urna lo confirmaba, los muertos, los libros.

Un hombre con heridas de puñal, un tipo lleno de balas, una mujer ahogada de celos... Wilfredo veía todo aquello mientras asistía a los enfermeros a colocar una sonda a una persona que no era ni Eduardo ni Daniel. Los enfermeros le habían pedido ayuda y él se dispuso sin objeción. Al fondo del pasillo alguien gritaba y el librero, compungido y agotado, desbordado por todas aquellas imágenes, empezó a llorar con la sonda en la mano.

Una semana después de que Malena León fuese asesinada por su hijo, dos personas dijeron que venían a llevarse la urna y que había sido un error haberla dejado allí. «Un descuido», dijeron. Quitaron los recipientes con las flores marchitas y los dejaron en el piso. Tomaron el ataúd y la cargaron sobre sus hombros. A medida que avanzaban, los libreros vieron que realmente el sarcófago no era negro: era marrón oscuro, pero estaba desgastado, usado y manchado. La urna salió, pies por delante, por la puerta trasera de la librería y de un momento a otro aquel espacio quedó distendido, como si de golpe se hubiese ensanchado.

No servían los bombillos, o casi ningún bombillo: se habían fundido; la llave del agua seguía cerrada y las ventanas tenían seguro para que no entraran los gusanos. Desde hace días el reproductor de música estaba apagado, y allí no sonaba nada. Sin embargo, apenas desapareció la urna, entró una mujer enjuta que pidió dos libros: uno de Akutagawa y otro Tanizaki; la primera cliente, en toda aquella semana, interesada en los libros de los difuntos.

Wilfredo se levantó de la silla en la sala de espera y fue al baño. Allí encontró a alguien durmiendo en el piso, sobre una lámina de cartón.

El librero avanzó por los pasillos e intentó llamar por su celular a una decena de números que no atendían. Una vez más, se sentía solo.

Afuera, la noche ya había empezado a clarear. Ya no sudaba. En la entrada del hospital había un trío de policías. «Hermano, ¿tienes un cigarro?». Uno de ellos le tendió un *Lucky* a Wilfredo, y él, solo buscando conversación, les dijo: «Esto es horrible. Y ustedes ven esto todas las noches, ¿no?». Otro oficial lo miró de arriba a abajo, se relamió los labios y le dijo que aquello no era nada, que hacía unas semanas habían atendido el caso de un hijo que mató a su mamá.

Wilfredo se tensó y separó los labios.

«Era como de tu edad».

Tragó grueso.

«Yo cubrí el caso, yo lo encontré. Era un chamo que mató a su mamá de un golpe en la cabeza y luego le clavó un vidrio en el estómago».

Wilfredo, cansado, golpeado, miró al cielo y pensó que era mentira: la noche aún no había empezado a clarear; todo seguía negro, negro, negro.

«Yo lo arresté. Me lo llevé a prisión y avisé que había matado a su mamá. Ya tú sabes cómo es la vaina. Hicieron fila para golpearlo. Es lo que le tocaba».

Wilfredo quiso preguntar si el apellido de esa familia era León, pero no valía la pena. Todo lo dicho era cierto, aquello era lo que había pasado y todo lo demás era pura ficción.

Libreros que venden libros de personas muertas, extintas, borradas, fulminadas de muchos golpes, golpes, golpes consecutivos: en la cara, la cabeza, los brazos, el vientre, el fémur, la clavícula... y días después un carro golpeó a Pierre, Daniel y Eduardo y yacieron inmóviles en el asfalto negro.

Sobre los abracadabrantes

Narrador #95

*Nosotros, ¡abracadabra!
(crear mientras se habla).*

ROSBELIS RODRÍGUEZ

— ¡Qué me puede decir sobre los *Abracadabrantes*? —dice el hombre, con voz amena, mientras prepara su laptop.

—¿Qué desea saber? —suspira el anciano—. Se lo advierto, todo lo que le diga será una mezcla de recuerdos, ficción y egolatría.

—Solo necesito anécdotas que mantengan en vilo a mis lectores. Yo no pienso escribir un ensayo riguroso relacionado con su extinto grupo; solo quiero realizar un reportaje breve sobre un hecho fatídico, que aún hoy, sigue despertando suspicacia.

—Sí... Queríamos ser un faro ocasional en la ciudad... Esa era nuestra cruzada cultural.

—Lo del «faro» ¿por qué usa esa metáfora?

—Es que siempre bromeábamos entre nosotros con la siguiente frase de Bolívar: «Moral y luces son nuestras primeras necesidades...». ¡El tiempo es una sucesión de espejos! En esos años, era normal andar

de noche y ver que muchas avenidas estaban a oscuras... En efecto, seguíamos necesitando «moral y luces», porque como tuiteó Agustín, en su momento: «La noche es provinciana y atrasada cuando nadie la transita, acá o en la capital» —Se ríe el hombre, tose y casi se ahoga.

—Entiendo, esa época en particular es retratada como un tiempo de pérdidas y miserias... —El periodista se acomoda los lentes, teclea— Pues sí, estimado amigo, el retroceso como sociedad fue indudable; solo los necios que fueron llevados a Reformatorios Históricos negaban los hechos desconsoladores... No quiero revivir esa época... Me hizo divagar. ¿En dónde estábamos?

—Disculpe, fue mi error. Usted me estaba contando sobre la «cruzada cultural» del grupo, ¿recuerda?

—Sí, ya recuerdo —sonríe el anciano y eleva su mirada hacia el techo con cierto cansancio— Nuestra trinchera era la literatura, desde allí procuramos generar reflexiones sobre los panfletos que se publicaban como «obras»; las ferias del libro, donde todo era una vitrina de propaganda política; además de la falta de integridad y criterio, entre algunos de nuestros «contemporáneos». Por eso realizamos diversos recitales, ferias ambulantes, intervenciones en calles transitadas, encuentros de múltiples disciplinas y revistas desenfadadamente digitales. Siempre fue una labor ingrata, pero nunca desfallecimos, durante varios años vimos el fruto de esa entrega, al menos hasta ese fatídico día...

Las noches con reuniones, sin transeúntes¹

Leonardo Javier Rivas Lobo

R recuerdo que nuestras reuniones nunca tenían un sitio fijo, a veces nos reuníamos en el apartamento del amigo Zutano... En otras ocasiones nos veíamos en la Facultad, aunque era muy usual que terminaran siendo en mi casa; porque la ubicación era cómoda para todos: cerca de una de las principales avenidas de la ciudad, sin cortes desconsiderados de luz, con una parada de taxis al frente, además de que podíamos escuchar música y discutir sin ser molestados –la mayor parte de mi familia se había ido del país, en la inmensa casa solo vivíamos: mi hermana menor, mamá y yo–. Claro, también podíamos reunirnos en algún antro, tasca o bar de la ciudad, sin embargo, había un detalle a considerar: esa vida nocturna tenía una cuota de peligro / adrenalina que no muchos queríamos cubrir: ser robados, sobornar policías para que no nos llevarán a Reformatorios Históricos, sortear motorizados salvajes, recorrer avenidas oscuras, quedar varados en mitad de la calle por falta de gasolina en el carro de un amigo de otro amigo, no tener el dinero suficiente para una carrera de taxi debido a una hiperinflación histórica, entre tantas otras eventualidades. Entonces, no había mucho margen para hacer

1. Transcripción de todo lo que me dijo un anciano Jota (el anfitrión de las reuniones, el dueño de la computadora con la *playlist* infinita), en la sala de una casa corroída por el tiempo.

recorridos delirantes por la ciudad, nada de andar deambulando de bar en bar despilfarrando dinero, dejando poemas como propinas y cuentos como anécdotas para seducir meseras... No, lo más sensato parecía ser eso: encontrarnos en mi casa, para *evitarle malos pasos a la gente*, como reza el título de un libro de cuentos de Armando José Sequera.

Los asistentes más regulares eran: Sioli, Isamar y Neto, mientras que Carla, Agustín y Alucardio eran los más irregulares. Carla se mantenía muy ocupada haciendo diversos cursos para estar mejor preparada, al momento de emigrar; Agustín era de esas personas que creen tener todo el tiempo del mundo para trabajar, estudiar, escribir, cocinar, limpiar, comprar y aún así tener chance para actividades extracurriculares; el caso de Alucardio era el más especial, no salía de los pasillos de la Facultad, ni siquiera cuando el comedor universitario dejó de funcionar, solo se enfocaba en seducir chicas de los primeros semestres y tomar apuntes en libretas arruinadas por el ocio... no parecía estar preocupado por ser la reencarnación de un *honguero apasionado* de los '70. Éramos siete amantes de la literatura: cuatro hombres y tres mujeres. Sioli, Agustín y yo éramos de acá, el resto venía de otras regiones.

El mayor de todos nosotros era Alucardio, quien ya estaba a punto de graduarse para ese entonces y había sido incluido en diversas antologías y publicaciones colectivas. Y justamente por esos reconocimientos, él se creía una eminencia regional, por eso tendía a imponer su visión sobre lo que debía ser el grupo, además de aguardar por alabanzas y palabras de elogio, cada vez que terminaba de recitar sus versos abstractos y delirantes —¡pueriles!—. Siempre pensé que a él le disgustaba un poco que las reuniones fueran en mi casa, porque su vida nocturna era la más activa y descontrolada de todos. Él era quien siempre votaba por salir a rumbar hasta el amanecer y aparecer muerto en el río Chama.

Sí, nuestras reuniones eran mensuales, no pasaban del segundo viernes de cada mes. Empezábamos a eso de las 2:00 p.m., si todos llegaban a tiempo, algo que pasaba una vez cada cuaresma. Yo comenzaba la reunión con una minuta, la cual servía de repaso sobre lo acordado en el encuentro anterior. Al terminar mi lectura, Carla anotaba a los

asistentes en una libreta, después de que ella hacía eso, Neto se dirigía hacia la cocina a preparar algo de café para todos —mi casa siempre fue su casa—. Alucardio aprovechaba este paréntesis para desmenuzar el silencio con comentarios e impresiones sobre las lecturas que estaba haciendo. Cuando Neto volvía, el fervoroso lector paraba su disertación y era entonces cuando Sioli dictaba los puntos a ser tratados —generalmente eran: futuros recitales, posibles encuentros, redacción de convocatorias para nuestra potencial revista y acciones eventuales para reclamar espacios perdidos en la ciudad—. Agustín era el más callado, apenas intervenía y comentaba, solo asentía cuando no sonreía, y así. Isamar era la más enérgica, para cada punto tratado tenía un comentario con propuesta alterna. Sin embargo, su fuego se quedaba en el discurso, porque era recurrente que ella faltara a algunos actos o que llegara tarde o que simplemente no asistiera; nadie se molestaba, porque era su brío lo que nos impulsaba lejos del desgano y la parsimonia imperantes.

Nunca salíamos temprano de las reuniones, siempre nos quedábamos charlando, escuchando música en una *playlist* infinita en mi computadora —YouTube para nosotros era una manera de enlazar vídeos / canciones de diferentes estilos y gustos hasta el hartazgo musical, ¡no sé cuántas canciones llegamos a escuchar y cuántas nos faltaron por agregar!—. Ya después de haber discutido sobre los invitados para un recital o qué enunciados íbamos a escribir en las paredes cercanas a la Gobernación —recuerdo la frase: «Mérida es de pinga, todo el mundo zinga», nos dedicábamos a divagar, disertar, cocinar, bailar, reírnos, echar cuentos, ahondar en un chisme sobre determinado escritor y así seguíamos; procurábamos divertirnos en esos ratos de solaz, porque ya teníamos demasiadas ocupaciones fuera del grupo —trabajos subvencionados, labores *ad honorem*, tareas domésticas, cuidados familiares y tantas otras cosas más—. De todo ese furor salieron muchas ideas y proyectos, que acaso nos ayudarían a calmar esa punzada de: llegar a ser alguien en el panorama literario nacional —bitácoras anhelantes de la juventud—.

Correspondencias entre contraseñas²

1. Santiago, I. (2030). *Respuesta a una petición*. [Correo electrónico]

Estimado Abelardo Roldán,

Este correo es una respuesta afirmativa a su urgente petición de hacerme una entrevista. Según lo que me dice, usted se encuentra en medio de una exhaustiva búsqueda de testimonios que puedan esclarecer un hecho ocurrido hace ya tantos años... No entiendo su interés, pero tampoco soy quien para juzgarlo, de hecho, debería sentirme halagada por esta investigación y este contacto; es solo que yo tengo una relación tóxica con los recuerdos ligados a los *Abracadabrantés* (mi vida pasada, debo admitir).

Asumo que ya habrá conversado con mis otros compañeros, quiero creer que ya está cerca de culminar con su recopilación de anécdotas y recuerdos. En fin, estoy a su disposición, ando en casa de una sobrina, cuido a sus hijos durante el día y en la noche solo leo, además de navegar en Internet... No hago mucho más, así que tengo tiempo para hurgar en mis recuerdos y atender las peticiones de un periodista que está del otro lado del mundo.

Hasta luego, Isa.

2. Roldán, A. (2030). *Preguntas para una ex-abracadrante*.
[Correo electrónico]

Estimada Isamar Santiago, reciba un cordial saludo desde tierras familiares:

En primer lugar, quisiera agradecerle por la disposición para la entrevista. Entiendo que esos años son pasajes incómodos para usted. Créame cuando le digo que hubiera respetado su decisión, si se negaba

2 Reproducción de una serie de correos electrónicos intercambiados con Isamar Santiago, quien reside en Granada, España.

a aceptar mi petición. Espero que se encuentre bien de salud. Procedo a dejarle una serie de preguntas para ir rápidamente a lo que nos concierne; tómese su tiempo, no tengo prisa. No se limite en la extensión de la respuesta a cada una, es más, mientras más larga, mejor, ya que así podré tener más material a la mano. Las preguntas son las siguientes:

¿Cómo llegó al grupo?

¿Qué evento le generó mayor satisfacción como miembro del grupo?

¿Tuvo relaciones amorosas con algún integrante?

¿Qué recuerda de lo sucedido el 21 de marzo del ...?

No quiero llenarla de interrogantes estériles, solo necesito complementar un poco lo que ya tengo, por ello decidí formular solo esas cuatro preguntas. Se lo digo de nuevo: tómese su tiempo, recuerde y escriba sin presiones, estaré del otro lado de la pantalla, aguardando por palabras que puedan darme una mejor perspectiva de todo lo ocurrido.

Me despido. Atento siempre, A. R.

3. Santiago, I. (2030). *Respuestas a preguntas sobre mi otra vida*.

[Correo electrónico]

Estimado Abelardo:

Me disculpo por la tardanza de mis respuestas, realmente me costó trabajo revivir esos años distantes y no extenderme infinitamente en cada pregunta... Fueron días de revisar fotos, publicaciones y anotaciones caducadas. Entonces, comienzo con mis ¿certeras respuestas? (espero que estén libres del tufo de la nostalgia).

Yo llegué al grupo gracias a una invitación que me extendió Jota; nos conocimos en un concierto coral en el Aula Magna. Él era novio de una amiga en común, para ese tiempo, empezaba a estudiar la licenciatura en Letras, mientras que yo estaba cursando mi tercer semestre en Historia. Desde la primera reunión quedé enganchada. Yo no tenía muchas aspiraciones en el mundo de la escritura creativa (apenas llevaba un diario, nunca incursioné en la poesía o en la narrativa, solo

me quedé en lo testimonial-personal), pero me agradaba mucho la idea de generar espacios para jóvenes interesados en escuchar lo que tenían que decir personas que no eran militantes del siglo pasado. Al principio solo éramos: Jota, Sioli, Neto y yo; después de esos primeros simulacros de recitales y eventos, llegaron Carla, Agustín y Alucardio. Siempre me mantuve más unida a los que comenzaron junto a mí, con Carla y Agustín la relación fue mejorando con el paso de los eventos, mientras que con Alucardio fue al revés: la amistad se oxidó paulatinamente, todo debido a sus constantes coqueteos y asedios romántico-poéticos. No fui la única en padecerlo, Carla y Sioli lo frenaron en seco, cada una a su manera.

Lo que recuerdo con más cariño, de entre todo lo que hicimos, fue un sábado que salimos a regalar poemas (de Pablo Neruda, César Vallejo y de Antonio Colinas) impresos en forma de marcalibros a los transeúntes que pasaban por la plaza Bolívar; nos estuvimos allí toda la tarde, ese día solo faltaron Alucardio y Agustín, pero eso no nos afectó. Sioli y yo nos acercábamos a las personas, mientras que Carla tomaba la foto del instante donde poema y persona se encontraban. Todo pasaba bajo la vigilancia atenta de Jota y Neto, así se evitaba cualquier peligro. Recuerdo que al final me dolían los cachetes de tanto sonreír, también recuerdo que nos tomamos una foto al frente de la Catedral para celebrar. Sí, regalamos todos los poemas que imprimimos ese día (una señora nos dijo que hace muchos años un avión había pasado por la ciudad y la había bombardeado con infinidad de poemas en papeles pequeños y encantadores). La poesía siempre es *atentado celeste*, al parecer la metáfora de Huidobro no era solo abstracción.

No mantuve ninguna clase de amorío con nadie, solo procuraba una amistad respetuosa y cariñosa con todos, excepto con Alucardio y Sioli, con el primero era simple: no lo toleraba; con la segunda había una diferencia irreconciliable de carácter: ella era incendiaria y yo le huía a cualquier tipo de fuego, metafórico o literal.

Ese 21 de marzo fue un día que empezó como cualquier otro: frío en la ciudad, escaso transporte, clases a primera hora y una tensión

inusitada. El afiche del recital ya tenía semanas de andar rodando por redes sociales, también lo habíamos pegado en sitios estratégicos de la ciudad (unas librerías, centros comerciales, cafés y paradas de bus). De modo que la expectativa era grande. Todo comenzaría a las 11 de la mañana en la Cátedra «Simón Bolívar» (un salón amplio, cómodo y bien equipado). Yo fui la primera en llegar y acomodar el espacio, luego aparecieron Jota y Carla y al rato llegaron los demás. Empezamos como a mediodía, porque el micrófono no se escuchaba bien y mucha gente salió tarde de clase. En el papel, el recital sería breve, tendríamos un micrófono abierto y algunos de los chicos leerían sus textos (cuentos o poemas). El primero en leer fue Jota, lo siguieron Agustín, Sioli, Carla y Alucardio. Yo y Neto nos enfocamos en recibir a la gente y mantener todo bajo control. La Cátedra no se llenó, pero hubo asistentes, un público respetuoso que aplaudía al final de cada texto. Cuando llegó el momento del micrófono abierto, unas cuatro personas se animaron a leer algo, eran tres chicos y una chica. Esa era la última parte del cronograma, después Jota leería unas palabras para cerrar el evento. Eso no pasó. Segundos antes de que nuestro compañero leyera su discurso, Alucardio se levantó intempestivamente de su asiento (todos estábamos en la primera fila, en silencio, aguardando por el final) y ese acto alteró un poco a nuestro orador de turno, quien se desentendió de su tarea y salió en busca del sujeto. Yo esperé a que Jota saliera para acercarme rápidamente al estrado y leer su discurso. No quería que el final fuera manchado por esto; lo leí y cuando terminé, todos aplaudieron para luego salir en busca del final del drama que había empezado minutos antes. Lo demás fue la comidilla de estudiantes, profesores, vigilantes, periodistas y buseteros: gritos en los pasillos del edificio, golpes en la plaza Bolívar, versos pueriles, discursos vanos de amistad, risas, lágrimas y... Ese fue el último acto de los *Abracadabrant*es.

Voces escondidas en timbres indolentes³

PRIMER HABLANTE: ¿Aló? ¿Agustín, me escuchas? ¿Estás ocupado?

SEGUNDO HABLANTE: No sé escucha muy bien... ¿Aló? La señal anda mal porque la luz se fue en la mañana. ¿Quién le dio mi número?

PRIMER HABLANTE: Está hablando con Abelardo Roldán, su hermana Isabel me dio este número. Fui a visitarla en su casa.

SEGUNDO HABLANTE: Entiendo. ¿Qué desea? Tiene suerte, como no hay luz, estaba recostado, leyendo.

PRIMER HABLANTE: Claro... Pues yo quería que habláramos sobre sus años como *Abracadabrante*. ¿Qué me puede decir?

SEGUNDO HABLANTE: ¿Quién es usted? ¿Por qué quiere que le hable de eso?

PRIMER HABLANTE: Yo soy un periodista que está escribiendo una crónica sobre lo que pasó el 21 de marzo, hace tantos años. ¿Le molesta? No es mi intención perturbarlo.

SEGUNDO HABLANTE: Ya lo hizo... Esa época fue bonita por un tiempo, luego solo me dejó errores, lamentos y frustraciones. Yo nunca fui un miembro activo, solo me dedicaba a apoyar en lo que pudiera, además de ser el *community manager* del grupo. Siempre me enfocaba en mis cosas y en escribir...

3 Transcripción de la grabación de una errática conversación telefónica con Agustín Paredes.

PRIMER HABLANTE: Entiendo... Todos dicen que usted casi no hablaba, que se la pasaba tuiteando cosas... ¿Qué escribía?

SEGUNDO HABLANTE: A veces cuentos, a veces poemas... Realmente dependía de cómo me sintiera, yo solo me desahogaba. Apenas Alucardio se interesaba por lo que yo escribía; los demás solo me aplaudían y ya, nada se aprende sin críticas... Casi no conversaba con ellos fuera de las reuniones, siempre había un grupo predeterminado: Jota, Sioli e Isamar. Los demás gravitábamos alrededor de Alucardio y sus delirios.

PRIMER HABLANTE: ¿Y qué hacía Alucardio? Al parecer usted era uno de sus amigos más cercanos. Todos los demás me han dicho que casi no compartían con él.

SEGUNDO HABLANTE: Yo lo toleraba un poco más que los otros... Después de todo, él y yo leíamos cosas parecidas y fue así como empezamos a hablar, fuera de las reuniones. Dijeran lo que dijeran sobre él, siempre estaba leyendo varios libros a la vez, anotaba ideas en una libreta y se dedicaba a comentar sus impresiones con un fervor casi religioso. Lo respetaba por eso. Yo solo leía e interiorizaba mis ideas, mis reflexiones. Fue con él que aprendí a soltar esos pensamientos a través de diálogos furibundos. Los demás apenas leían, solo se la pasaban ideando proyectos y tratando de sobrellevar el caos del país en sus vidas.

PRIMER HABLANTE: Quisiera saber un poco más de esas dinámicas.

SEGUNDO HABLANTE: Está bien... Los demás eran de todo menos lectores y escritores, Alucardio fue quien propuso la idea de recopilar fragmentos que dialogaran con nuestro tiempo. Él se dio a la tarea de buscar páginas en la literatura venezolana, donde la tensión entre ficción y dictadura fuera insoslayable... Él propuso un fragmento de José Balza, no lo recuerdo muy bien, pero sé en qué cuento estaba... Voy a buscarlo... ¡Ajá! Dice así: «Durante esos años su país fue atormentado como nunca por el prolongado gobierno del dictador. La prensa, los pocos libros publicados, la radio naciente, todo pertenecía a la modorra, a la pesadilla.

En las noches del país entero, solo aquel hombre parecía velar...». Yo propuse un fragmento de Pocaterra. Los demás tardaron una eternidad en dar con algo digno de enmarcar.

PRIMER HABLANTE: Si Alucardio era el que más leía de todos, entonces ¿usted era el que más escribía?

SEGUNDO HABLANTE: ¿Por qué lo dice? Yo nunca publiqué algo, en cambio, él sí. Así era como conquistaba a las chicas; creía ser alguien importante por haber publicado un libro. Su confianza era una montaña inmensa, pero erosionada. Durante esos años, muchos pensaban que con publicar un libro se convertían inmediatamente en seres venerables; vana gloria, no había méritos ni filtros en las poquísimas editoriales-oasis-ghettos, así como un viejo letrado publicaba, un funcionario gubernamental también lo hacía, y lo más curioso es que el ego se elevaba a la máxima potencia en ambos personajes –risa prolongada–. Sí, esos eran los días de la escritura prescriptiva, proteica... Me iba a ir por las ramas... Volviendo a Alucardio, él encarnaba esa aparente «literatura», eso se notaba a leguas... Yo no lo juzgaba, solo lo examinaba desde mis inseguridades. Muchas veces lo escuché autodenominarse: «La primera pluma de Ejido». Siempre me reía internamente cuando lo escuchaba decir eso.

PRIMER HABLANTE: ¿Alucardio vivía en Ejido?

SEGUNDO HABLANTE: Tenía un tío, creo, se quedaba ocasionalmente allá, aunque igual pagaba una residencia en el centro de la ciudad.

PRIMER HABLANTE: ¿Qué piensa de lo que había publicado Alucardio?

SEGUNDO HABLANTE: Eran páginas oscuras... No eran como los poemas que me gustaba leer y tampoco no eran los cuentos magnéticos que solía recordar. Sí, estaba bien, pero no destacaba para mí. De hecho,

ahora que recuerdo, una vez estábamos reunidos en la Facultad y él me compartió unos poemas para que los leyera, eso fue raro... Algunas de las metáforas que usaba eran similares a las mías. No dude en decírselo y él se puso furibundo al instante. Agitó sus manos, gritó infinidad de insultos incomprensibles, me empujó y se marchó de inmediato.

PRIMER HABLANTE: Entiendo. Volvamos al 21 de marzo del...

SEGUNDO HABLANTE: Ese día fue el comienzo del fin...

PRIMER HABLANTE: Por favor, continúe... ¿Aló? ¿Señor Agustín, me escucha? ¡Coño! A lo mejor se le fue la señal.

Prodigiosa memoria, el chat⁴

[Abelardo Roldán (28 de marzo del 2030 a las 4:00 p.m.)]

Hola, estimada Sioli Martínez, un placer conocerla. Le escribe Abelardo Roldán, ¿cómo está? Quiero hacerle unas preguntas relacionadas con sus años como *abracadabrante*, espero no importunarla. Estoy recopilando información para una crónica. Espero su respuesta. No pude dar con otra forma de contactarla.

[Sioli Martínez (31 de marzo del 2030 a las 11:00 p.m.)]

Hola, Abelardo, un gusto. Me ha tomado por sorpresa con su mensaje, realmente creí que ese grupo era olvido y paz para todos, veo que no es así... Su petición no me altera, solo me toma por genuina sorpresa... Yo ya he conciliado esos años y espero que los demás también, porque cómo duele el recuerdo cuando solo es lamento y furia. Bueno, qué quiere que le cuente... Me disculpo por la hora, es que siempre salgo tarde del trabajo...

4 Reproducción de un chat de Facebook mantenido con Sioli Martínez.

[Abelardo Roldán (1 de abril del 2030 a las 2:00 p.m.)]

¡Muchas gracias por su respuesta! Me alegra saber que está dispuesta a darme la entrevista. Mi primera pregunta sería: ¿qué tan influyente era Agustín en las redes sociales?

[Sioli Martínez (3 de abril del 2030 a las 12:00 p.m.)]

Agustín tenía una cantidad respetable de seguidores y sus tuits siempre dejaban varios retuits, además de muchas respuestas y un montón de corazones. Su contenido variaba, a veces eran fragmentos o fotos del libro que estaba leyendo; otras veces eran versos de poemas sueltos suyos o diálogos de cuentos que estaba escribiendo; ocasionalmente presentaba algunas disertaciones sobre el panorama de nuestra pequeña literatura de país devenido en dictadura... Todos en el grupo lo seguíamos, pero con un truco: usábamos perfiles falsos, cuentas enmascaradas desde donde vigilábamos a ese *abracadabrante*. ¿Por qué la pregunta?

[Abelardo Roldán (4 de abril del 2030 a las 6:00 p.m.)]

Le hice esa pregunta porque hablé con él por teléfono hace un tiempo y me dijo que había tenido un momento incómodo con Alucardio, algo sobre metáforas parecidas en ambos. En fin, ya que me dice que todos lo seguían de forma velada, quisiera avanzar por ese camino: ¿Qué pensaban ustedes de sus tuits?

[Sioli Martínez (6 de abril del 2030 a las 10:00 p.m.)]

A mí me gustaban sus reflexiones, tenían chispa. Ahora, sobre lo demás, a veces era intrigante y otras, solo aburría. Alucardio siempre me decía, cada vez que nos íbamos a tomar cerveza juntos, que detestaba los versos de Agustín. Acto seguido, él comenzaba a declamar sus propias invenciones, con una voz dramática y melosa que me causaba mucha gracia; siempre pensé que había una escuela clandestina para declamadores, porque muchos recitaban de la misma forma, como si por declamar bien un poema alguien se ganaran un beso o mil dólares. Pobres poetas ingenuos: la oralidad es un cristal que se ensucia fácilmente.

[Abelardo Roldán (7 de abril del 2030 a las 6:00 p.m.)]

Entiendo. ¿Eran muy frecuentes sus salidas?

[Sioli Martínez (9 de abril del 2030 a las 8:00 p.m.)]

No, pero sí. Fue un hábito que cultivamos espontáneamente; él me hacía reír, escuchaba mis desahogos y yo, a cambio, le ofrecía una honesta camaradería. Así fue hasta el día antes del recital. Esa noche estaba particularmente molesto, al parecer Agustín le había mostrado unos poemas y él se percató de que varios versos eran muy similares a los suyos... Recuerdo cómo se ponía rojo y bebía cada cerveza sin pausas para adormecer la rabia, como si todo lo sucedido fuera un mal cuento y nada más... Ese día no lo toleré mucho, porque el tipo afable y bromista de siempre, parecía estar sumergido en brumas de celos y desconcierto. Ya el día del recital, la olla explotó.

[Abelardo Roldán (11 de abril del 2030 a las 3:00 p.m.)]

¡Qué bueno que menciona eso! Quisiera saber más.

[Sioli Martínez (13 de abril del 2030 a las 11:00 p.m.)]

Bueno, qué puedo decir yo que no le hayan dicho los demás... Yo fui de las últimas en salir de la cátedra hacia la plaza de la Facultad. No vi mucho movimiento en el lugar. Los chicos se habían ido y un vigilante me dijo que Alucardio había repartido golpes a diestra y siniestra, mientras que unos muchachos trataban de calmarlo; esa persona también me dijo que todos habían quedado en verse en la plaza Bolívar. Al saber esto, salí sin dudar hacia allí. Cuando llegué, solo vi policías que se estaban llevando muchos estudiantes en sus patrullas, dentro de esos vehículos pude ver a Alucardio, quien tenía un ojo morado y sangre en su nariz. Él no me vio. Divisé también a Agustín, quien iba en otro vehículo... Tiempo después, Isamar junto con Neto y Jota me contaron todo: la riña entre Alucardio y Agustín frente a la estatua de Bolívar, el furor colectivo, los bandos políticos, lo borrachos entrometidos y la policía

aprovechándose de la confusión para llevarse a cualquier revoltoso hacia los Reformatorios Históricos.

Voz derivada de otras voces⁵

[+58 426 3219876]

Hola, Neto, ¿cómo estás? Te escribe Abelardo Roldán. Estoy elaborando una crónica relacionada con tu grupo literario.

[+55 94 4567 7942]

Hola Abelardo... Sí, tengo tiempo... me parece curioso tu texto y no tengo idea de para qué medio trabajas... estoy en vacaciones... supongo que puedo ayudarte.

[+58 426 3219876]

¡Muchas gracias por aceptar! Vamos directo al grano: ¿qué me puedes decir sobre lo ocurrido el 21 de marzo del...?

[+55 94 4567 7942]

No recuerdo mucho de ese día, debe ser por el estrés y el miedo... después de la discusión en la facultad entre Alucardio y Agustín, su disputa y posterior cita en la plaza Bolívar para resolver el asunto, yo bajé de inmediato sin compañía hacia el sitio, quería saber qué iba a pasar entre ellos... cuando llegué, mucha gente estaba aglomerada en el centro de la plaza. Allí estaban los dos sujetos discutiendo y empujándose... todo parecía a punto de convertirse en una trifulca... la policía custodiaba esa zona... la situación era tensa y todo podía pasar...

[+58 426 3219876]

¿Qué pasó?

5 Conversación mantenida con Neto Ríos a través de mensajes de WhatsApp

[+55 94 4567 7942]

Yo me mantuve al margen de todo como un transeúnte más, no vi por ningún lado a los muchachos... por lo que decidí quedarme quieto y aguardar... si me tocaba intervenir sería para salvar a Agustín... él me caía mejor que Alucardio...

[+58 426 3219876]

¿Es verdad que arrestaron a mucha gente ese día?

[+55 94 4567 7942]

Yo no caí preso, pero muchos no corrieron con la misma suerte... sí, hubo detenciones masivas... por los roces recientes entre los colectivos y los movimientos estudiantiles... por eso, aquello que parecía ser una simple riña entre jóvenes entusiastas por la literatura, terminó siendo una muestra de la polarización y la violencia entre facciones políticas... aparecieron dirigentes estudiantiles de entre los arbustos, así como colectivos oficialistas... sin embargo, lo que más me sorprendió fue ver que Alucardio estaba con ellos, con los «rojitos», siempre pensé que él publicaba libros con las editoriales gubernamentales por mero azar, pero al ver esa alineación entendí algo: allí estaban las costuras de esos «libros»; esas páginas no estaban por encima de tanta pobredumbre, ¡por el contrario! Yo no sé usted, pero un libro deja de ser libro cuando lleva etiquetas de propaganda, como por ejemplo: «Publicado en tiempos de guerra económica contra...». Ahí el libro se vuelve conveniente eslabón, nada más... me estoy desviando... sí, Alucardio al parecer era un revolucionario de clóset, porque como reza un graffiti por allí: «ser artista y no ser revolucionario es una contradicción evidente». Por esos tiempos era normal que las paredes fueran extensiones de ingenuos radicalismos... Agustín se mantuvo neutral, en su medida... igualmente no rechazó el apoyo de los dirigentes de la facultad... quienes estaban allí más por chisme que por otra cosa...

[+58 426 3219876]

Bueno, es primera vez que me dicen lo de las publicaciones de Alucardio en editoriales gubernamentales. Ese dato es para tener en cuenta. ¿Qué evento desencadenó las detenciones masivas?

[+55 94 4567 7942]

Me parece muy raro que nadie se lo haya dicho antes... bueno... Alucardio se abalanzó sobre Agustín y ambos cayeron al suelo... era difícil determinar quién golpeaba a quién, solo recuerdo que en dado momento el poeta maldito se levantó, tenía los nudillos ensangrentados y un morado en el ojo... Agustín se quedó en el suelo... cuando yo estaba a punto de ir para allá y ayudarlo, unos tipos con pañoletas en sus rostros se lanzaron a patearlo... ese gesto tuvo una respuesta inmediata: antes de que yo estuviera cerca del compañero, dos panas de la Facultad apartaron a los extraños sujetos... los empujaron y revisaron al bachiller inerte... Entonces un disparo al aire perturbó el silencio, vinieron los gritos de guerra y los empujones ciegos, un puño aterrizaba en otro rostro... Alucardio y Agustín quedaron en medio de ese fuego cruzado... unos minutos después, en plena camorra, el presidente del centro de estudiantes de economía acusó una puñalada en su vientre y su grito desgarrador abrió al mar de gente... los suyos se acercaron y entonces cada bando fue en busca de sus muertos... la tregua era una ilusión, de pronto aparecieron los policías para *pescar en río revuelto*... unos huyeron y otros se quedaron... yo me mantuve en la periferia, mientras que muchos amigos y conocidos eran metidos en patrullas y tanquetas... Alucardio no se inmutó, solo estaba allí, resignado a un final... Agustín estaba sentado en una banca, con la mirada perdida, a la espera de su suerte... ya no había disputa que valiera, una palabra nunca ha servido para detener nada... Todos los *abracadabrant*es entendimos esa máxima después de ese día... algo de nosotros fue enterrado allí... dejamos de reunirnos... Agustín fue sacado por su familia días después del hecho... no volvió a asistir a clases... Alucardio fue referido a un Reformatorio Histórico y nunca se terminó de graduar.

Una declaración⁶

«Ante todo, muy buenos días, compatriota. No sé en qué periódico nacional ejerce labores usted. Su nombre no me resulta familiar y eso que leo mucha prensa nacional... En lo que respecta a su solicitud para una entrevista... Cuando comencé a leer su mensaje, me sentí halagado, pero cuando llegué a la parte donde me explica el motivo de la petición; eso me perturbó. No entiendo que más necesita saber sobre otro día de luchas por las reivindicaciones de los hacedores y hacedoras de patria, aquellos combatientes dispuestos a defender el patrimonio intangible del estado bolivariano de... Y por ende, de nuestra amada Venezuela. Desde ya le digo que me niego a su entrevista, de la manera más respetuosa posible, claro está. En estos momentos, ostento un cargo en el brazo ejecutivo del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, por lo que no puedo andar figurando en medios desconocidos, que acaso buscan generar polémicas y sembrar discordia en el seno de nuestro polo patriótico. Sin embargo, tengo la obligación moral de dar mi breve versión de un día que solo consolidó una cruzada personal, en contra de las difamaciones y agitaciones de ciudadanos advenedizos. Ese 21 de marzo yo luché como si fuera otra fecha revolucionaria. Uno de los miembros de ese grupo subversivo, cuyo nombre no pienso mencionar, había estado copiando mi obra y se proponía publicarla en una editorial panfletaria de la derecha. Yo no podía permitir ese ultraje y tampoco toleraba el respaldo de los demás hacia un acto tan deplorable. Ese día no aguanté más la hipocresía de todos, por lo que me fui del sitio, le grité a Jota y le mandé a decir con él a Agustín que nos viéramos en la plaza para saldar cuentas. Allí le di su merecido al majunche, como dijera... Afortunadamente estaba acompañado por otros combatientes cuando la cosa se puso fea, ellos me respaldaron. Sin embargo, todo fue accidentado y confuso, debido a unos errores burocráticos fui llevado a

6 Reproducción de la respuesta de Alucardio Domínguez por mensaje de texto, cuando le pedí una entrevista para hablar sobre los eventos ocurridos el 21 de marzo del...

un Reformatorio Histórico y gracias a esa casualidad conocí a otros cultores que también creían en la espontaneidad de la cultura, en la única retribución del aplauso y en la grandeza de Bolívar. Desde ese día no he parado en mi labor, en mi servicio a la comunidad. Eso es todo lo que tengo que decirle. A los 218 años de la independencia, 169 de la federación y 29 de la revolución. Un saludo patriótico, camarada».

—¿Cómo te va con la crónica, cariño?

—Ya estoy organizando el material de las entrevistas. Ahora voy a leer y revisar otras cosas.

—Me parece bien, ya estás cerca de terminar con eso. Yo estoy ocupada con unas tablas de Excel. Cosas de inventario, nada grave —sonríe tímidamente la mujer.

—Esa gente nunca te deja descansar, Magda. Voy a tener que hablar con Iván para tener a mi esposa más descansada y tranquila en casa, ¿no me parece! —la voz del hombre busca la sorna que termine de alegrar a su mujer.

—Entonces... Todos hablaron sobre el suicidio de Carla, ¿no te tocó sacarles cada palabra con una cuchara? Me sorprende, esa gente de las artes puede ser tan fría...

—Sobre eso... Un pequeño gran detalle de todos los testimonios... Yo nunca les pregunté directamente sobre Carla, asumí que todos sabían sobre su suicidio, ese 21 de marzo tan fatídico para las personas de Ortiz.

—¡Abelardo! Es que como tú, nadie. Despistado siempre, ni siquiera como periodista puedes enfocarte... ¿Qué vas a hacer? No te creo. Si lo que te impulsó a escribir eso fue el hecho de rendirle un tributo a tu gran amiga, Carla Muñiz. No entiendo...

—Pero no te molestes, querida. Por supuesto que yo quería hacer una crónica sobre la obra trunca de Carla... Solo que, no sé, supongo que todavía es un tema que evito, algo que todavía no asimilo... Después de todo, ella fue una figura muy importante en mis años universitarios, fue ella quien me motivó a asistir a talleres de escritura creativa, además de ser confidente y asesora en mi carrera de comunicación social. Supongo que todavía no supero eso...

—Sigo sin entenderte... Yo creo que tú buscabas algo más que investigar y escribir. Acaso solo querías seguir idealizando a Carla, a través de la mirada de un *abracadabrante*. Pienso que sigues queriéndola, solo que no lo admites... Después de todo, nuestras primeras noches juntos eran un desfile de ovaciones y anécdotas, donde ella era la señorita perfecta. Abelardo, a mí no me engañas.

—No sé de qué estás hablando, Magda... Cuando yo ingresé a la universidad, ese grupo era un mito del que todos hablaban... Ni siquiera la misma Carla hablaba mucho sobre ellos, por lo que ese tema también era una especie de deuda conmigo mismo... Creo que me dejé llevar por esa otra obsesión oculta. Muchos también decían cosas sobre lo que le pasaba a los que iban a los Reformatorios Históricos, además de la locura de Alucardio y la tangana que se armó en la plaza Bolívar.

—¿Cómo haces para irte por la tangente siempre? Solo dímelo: la crónica era una excusa para escribir sobre Carla o es una forma de vivir los años que no tuviste. Ya es tarde y no estoy para este tipo de interrogatorios, Abelardo.

—Debe ser el estrés que te pone así... Voy a ser honesto contigo. Sí, quería hablar sobre Carla, pero por como todo se fue dando, preferí guardar esas palabras para otra cosa y dedicarme de lleno a hablar sobre ese grupo, porque todos ellos parecían creer que Carla seguía viva, afuera, leyendo o escribiendo algún cuento digno de ser contado. No quería ser yo quien les dijera que ella se suicidó, después de una serie de eventos desafortunados en su pueblo natal.

—¿Sabes algo? Voy a irme a dormir y no me disgustaría que te quedarás afuera terminando de escribir esa dichosa crónica. ¡Buenas noches! —la mujer sale del estudio con el impulso de una bala certera, segundos después se escucha el sonido seco de la puerta del dormitorio siendo azotada con la misma propulsión furiosa.

—... Ah, cuando se pone así no hay palabra que valga, definitivamente... Creo que el material para la crónica de Carla no existe y no sé qué decir sobre el grupo. Tendré que desechar todo y rechazar el dinero del portal... ¡Qué pena! —el sujeto cierra su laptop con la rapidez de un

gato, se pone una chaqueta y sale a la noche en busca de otros brazos capaces de darle consuelo a la inmensa melancolía dejada por aquellas personas cuya partida solamente fue una truncada despedida.



xvii edición (2024) Veredicto

Veredicto de la XVIII edición

Nosotros, Carmen América Affigne, Lucas García París y Rubi Guerra, miembros del jurado del Premio de Cuento «Julio Garmendia» para Jóvenes Autores, XVIII edición de la Policlínica Metropolitana, luego de haber leído, evaluado y discutido los 93 cuentos participantes, hemos decidido otorgar de manera unánime:

El primer lugar al cuento titulado «Centauro», presentado a concurso bajo el seudónimo de «La Hilandera», el cual toma como excusa el deseo del protagonista de ganar el Clásico Simón Bolívar para, a través de una narración en primera persona, pausada y libre de estridencias, acercarnos con efectividad a una experiencia límite entre la realidad y el delirio: la identificación emocional y física de un jinete con su caballo.

El segundo lugar al relato «El chivato», firmado bajo el seudónimo de «Granate», por la meritoria conjunción de temática, escritura y planos intertextuales que desarrolla, así como la exploración de los miedos sociales recónditos e impuestos que asaltan al personaje, en los que se narra con efectividad un viaje de transformación, una experiencia de iniciación y de escape, que supone sortear y vencer los peligros y miedos heredados.

Y el tercer lugar a «El triángulo invisible», presentado bajo el seudónimo de «José Gregorio Valera», porque plantea una narración de tintes borgianos con un manejo sobrio de la atmósfera y un uso contenido del

lenguaje, además de la construcción del personaje principal, la cual se desarrolla con gran profundidad a través de una trama que transcurre en un misterioso paisaje nórdico.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser, respectivamente:

ANNYA RIVAS LÓPEZ
(concurando desde Caracas)

ANDREA LEAL GONZÁLEZ
(concurando desde Caracas)

MARCO TULIO ORTIZ
(concurando desde Cumaná, Edo. Sucre)

Además, de ello queremos dejar constancia de la solvencia y la calidad general de los textos presentados a concurso, destacando en especial los siguientes, a los que otorgaremos menciones especiales, listados en orden alfabético:

«Cómo pasar desapercibida en un atraco», de Clara Isabel De Lima Castillo

«Mega Apagón», de Juan Rodrigo Urso Arteaga

«Mundo Gris», de Juan José Trejo Tagliaferro

«Payaso ¡Pum-Pum!», de José Efraín Contreras

«Santa María», de Paola Carolina Marín Barrera

En Caracas y Cumaná, a los 2 días del mes de julio de 2024.

Carmen América Affigne

Lucas García París

Rubi Guerra



XVIII edición (2024)

Annya Rivas López
Centauro

Andrea Leal González
El chivato

Marco Tulio Ortiz
El triángulo invisible

Clara Isabel De Lima Castillo

Juan Rodrigo Urso Arteaga

Juan José Trejo Tagliaferro

José Efraín Contreras

Paola Carolina Marín Becerra

Centauro

Annya Rivas López

La meta era cuarenta y cinco kilos. Eso era lo único necesario para que Reina Madre ganara el Clásico Simón Bolívar. Cuarenta y cinco kilos era lo que necesitaba que marcara la balanza, no podía hacer que la Reina perdiera, no me lo permitiría.

Medio kilo de papas alcanza para un día.

Un vaso de leche.

Agua.

Agua.

Más agua.

* * *

¿Has visto un animal más espléndido que un caballo? El señor Augusto siempre decía que le debíamos a esas bestias majestuosas y enormes la creación de Occidente, y yo le creía, aunque no sabía nada de historia, o de casi nada en general. Sin embargo, para mí tenía sentido. ¿Acaso no has visto nunca a un caballo? Ese animal tan hermoso, tan elegante, sin duda debía haber influenciado la creación de cualquier cosa.

En mi pueblo había pocos equinos: estaban Candela y Carlucho, que vivían en el centro dando paseos repetitivos a los niños chillones; también estaba Manchas, era el caballo del coronel, un hombre extraño que a veces paseaba por el pueblo con su pelo negro y lacio recogido en una trenza, como hacía también con las crines de su viejo corcel; y luego estaba Pamela, la primera pura sangre que había visto en mi vida, que se mató mucho antes de correr su primera carrera. Era una potranca con potencial, pero no pudo alcanzarlo.

No sabía muchas cosas, pero, aunque sea, sabía de caballos.

* * *

—Está cinco segundos más lenta que la semana pasada —exclamó Remo, mirando las anotaciones de su libreta.

Le decíamos Remo porque era alto y porque su nombre era impronunciable. Tenía la mala maña de no mirar a una dirección fija, como si a sus ojos saltones les molestara enforcar alguna cosa por más de tres segundos, lo cual me hacía rabiar. Yo sabía a lo que se refería, si el caballo estaba sano y haciendo sus ejercicios, él no podía ser el problema. Reina Madre era perfecta, cuatrocientos kilos de músculo y fuerza, el problema era yo.

La meta eran cuarenta y cinco kilos, incluso menos.

Yo no podía ser el error que afectara a la Reina Madre, los ojos estaban sobre ella y su pelaje brillante como el sol.

* * *

La balanza no mentía, aunque parecía hacerlo. Los números se veían lejanos y borrosos, pero no decía cuarenta y cinco, era más, mucho más. Sentí el sudor frío y la náusea, o el hambre, no sabía muy bien. Quizás era el agua, o las papas, o ambas cosas. Miré de nuevo la báscula y admiré la habitación vacía con culpa, nadie me miraba, pero de alguna forma, sentía que algo exterior juzgaba lo que marcaba la báscula.

Bajé del aparato tambaleante y me senté sobre una silla cercana. Las piernas me pesaban y mi peso era mucho más de lo esperado, y mucho más de lo que los otros esperaban que fuera.

Menos papa.

Mucha menos agua.

Sentí el temblor involuntario del miedo en mis manos, la preocupación, los nervios y el peso. Deslicé la mano por mis piernas y las sentí tirantes, como si en vez de piel fuera cuero, quité mis manos rápidamente, asustado.

Me levanté despacio y lancé la silla contra la pared. El esfuerzo hizo que sintiera que mi cuerpo rechinaba, como una silla rota, cuya madera cruje debido al paso del tiempo y el peso, como el que marcaba la báscula.

Mucho más.

Mucho más de cuarenta y cinco.

* * *

¿Alguna vez has montado un caballo? La primera vez que lo hice fue con mi papá, estábamos solos en el centro comprando algunas cosas, mi mamá, como siempre, se había quedado en la casa y lo agradecía, porque le temía a todo, incluyendo los caballos. Ese día a mi papá le acababan de pagar unos reales, lo recuerdo porque me compró un helado, algo que no hacía con mucha frecuencia, y luego caminamos despacio hacia La Amapola, uno de los sitios del pueblo en los que podías pasear a caballo por algunos minutos.

Siempre que pasaba por allí me quedaba afuera, Candela y Carlucho hacían cada recorrido lentamente, siempre llevando a un niño asustado mientras alguno de sus dueños los guiaba: a veces lo hacía Gloria, quien prefería estar en el mostrador y no salía de allí de ser necesario; y la mayoría de las veces estaba Albertico, que caminaba despacio y parecía más interesado en cualquier otra cosa menos en sus equinos.

Ese día entré por primera vez a La Amapola, mi papá le pagó un par de billetes a Gloria, y Albertico me levantó con demasiada facilidad, a pesar de sus brazos flacos. Recuerdo vívidamente ese momento, estar sobre Candela me hizo ver lo pequeño que era yo ante una criatura tan extraordinaria, y el resto de mi vida me seguí sintiendo así: tan insignificante junto a un animal tan formidable.

* * *

El señor Augusto Rivera no hablaba mucho, sin embargo, su mirada decía todo lo que su boca no podía expresar. Su familia criaba caballos pura sangre para carreras desde hacía tres generaciones, cuando Prudencio, su tatarabuelo, fundó la finca La Rivera. Algo importante de esta familia era que todo el mundo decía que estaban malditos, ya que en tres generaciones nunca ninguno de sus caballos había ganado el Clásico Simón Bolívar, sin embargo, siempre estaban en la pelea, siempre parecían estar muy cerca de conseguirlo.

Reina Madre era la nueva esperanza, había ganado algunas carreras y se figuraba como la favorita, pero para don Augusto confiar en el favoritismo era dañino para el espíritu. Todos los que trabajábamos para él nos estábamos esforzando el doble, todos queríamos que Reina Madre rompiera la maldición de La Rivera. Yo más que nadie.

—A partir de mañana practicaremos el doble —comentó el jefe cuando ya me había bajado del caballo, se lo decía a todo el equipo—. Necesito que esté todo listo y en orden, no podemos equivocarnos, no puede haber ningún error.

Todos asentimos. Llevó su mano a mis hombros, sus movimientos siempre eran seguros, confiables, como si supiera exactamente qué hacer para ganarse nuestro respeto.

—¿Todo está bien? —preguntó como un murmullo, era alto, fornido, medía a lo menos treinta centímetros más que yo—. ¿Y el peso?, ¿cómo vas? Sabes que tenemos toda nuestra confianza en ti, pero debes esforzarte.

Me miró y, por un segundo, sentí que sus ojos eran parte de las miradas imaginarias que había percibido cuando estaba sobre la balanza. Él no lo sabía, pero quizás sí, tal vez presentía que no eran cuarenta y cinco kilos lo que decía la báscula, que eran más.

Tragué despacio y asentí, aún advirtiendo su mirada, incluso cuando ya se había ido.

* * *

Estaba en mi cuarto, era pequeño y no tenía mucho espacio, pero era lo que podía pagar en un país como este. Había un espejo enorme, que la dueña anterior había dejado por error y que nunca había ido a buscar. Me había quitado la ropa, una parte de la cama quedaba justo frente al espejo y me senté allí, solo con mi bóxer de algodón, mirándome fijamente.

No me miraba al espejo a menudo, a veces olvidaba que me veía de cierta forma. Que no era alto, que mis huesos se marcaban y que mi piel, bronceada por tanto tiempo al sol, tenía las marcas de las caídas, de todas ellas. Me miré de nuevo sin mirarme, sintiendo cómo la tensión en las piernas aumentaba cada segundo y comenzaba a ser dolorosa.

Me toqué los muslos, el dolor comenzaba desde mis pies, endurecidos, que apenas tenían movimiento, subía por los tobillos adormecidos, por las tibias, que me fracturé alguna vez, hace muchos años, luego de una caída, cuando aún era un novato. La piel seguía sintiéndose tensa, como si se estuviera estirando. En aquel momento el dolor iba subiendo hasta la cadera y el pecho, irradiándose como fuego sobre mi cuerpo disminuido.

Me levanté a duras penas, me moví como pude y agarré un acetaminofén, el octavo o noveno que me tomaba en el día. Volví a la cama sintiendo cómo el dolor me hacía lagrimear, nunca había experimentado algo tan angustiante, que se iba incrementando segundo a segundo. Me miré de nuevo al espejo, ya estaba acostado, algo estaba cambiando, pero no sabía qué, quizás estaba enfermo y solo necesitaba dormir para que todo se sintiera como antes.

Me arrojé con las viejas sábanas, la luz seguía encendida, pero no podía volver a levantarme. Decidí ignorarlo, teniendo la esperanza de que aquella pastilla se adentraría en mi cuerpo y detendría aquel malestar que me estaba destruyendo desde adentro, desde lo más profundo de mis músculos, huesos o venas. No sabía exactamente desde dónde.

* * *

La gente hablaba de «noche de perros» cuando tenían una mala noche, pero yo no sabía exactamente cómo podía llamarse, qué había sido todo aquello. La noche anterior había sido una agonía, sabía que había perdido la conciencia en algún punto y que durante los pocos instantes que estuve despierto el dolor me había atormentado como un espíritu en pena.

Cuando desperté de nuevo, el pequeño cuarto ya estaba iluminado por el día. Me vestí con esfuerzo, mis piernas se sentían extrañas, como si las usara por primera vez, como si la noche anterior hubiera perdido la facultad de caminar y aquella mañana estuviera aprendiendo a hacerlo de nuevo.

Caminé hasta La Rivera, la finca no quedaba tan lejos. Llegué a los establos sintiendo que en algún momento mi cuerpo torturado caería sobre la tierra húmeda, sentía la piel transpirada por el sudor y el rostro arrugado por el esfuerzo que estaba haciendo.

—¿Qué tienes? —Oí decir al señor Augusto preocupado.

Escuché que llamó a los peones y uno de ellos se acercó para ayudarme a mantenerme en pie, pues mis piernas comenzaban a flaquear de nuevo.

—¿Qué sientes? —preguntó, me habían sentado en una destartalada silla de madera que mantenían en el establo.

Todos estaban a mi alrededor, con sus rostros confusos y sus ceños fruncidos, yo no miraba nada en específico, sentía que el dolor no permitía que mi lengua se moviera o mi mente lograra formular una

respuesta, en aquel punto me dolía todo y no sabía muy bien cuál era lo que punzaba más.

—Pier... nas —logré articular.

El señor Augusto puso una de sus manos sobre una de mis extremidades y yo grité, todo se volvió un borrón y sentí que, por un instante, la agonía paraba, mientras todo era oscuridad.

* * *

Cuando abrí los ojos estaba en otro lado, la habitación estaba limpia y olía a algo desconocido, no a mierda de caballo y a tierra. A medida que mi cerebro despertaba fui reconociendo el lugar, estaba en una de las habitaciones de huéspedes de La Rivera. La voz lejana, pero conocida, del doctor Ignacio mencionaba algo sobre cuerpo y proteínas, y también sobre muerte. Intenté moverme, pero no pude, quise hablar, pero mi lengua se sentía pesada en el fondo de mi boca.

—¡Al fin despertaste! —comentó el doctor entrando al cuarto.

Hacía muchos años que no lo veía, desde que Benjamín Rivera, el padre de don Augusto, había muerto, luego de batallar durante algunos años contra una extraña afección de los riñones.

—¿Has comido algo últimamente? —preguntó sin más, yo asentí, había comido papas y agua, quizás, aunque no recordaba la última vez que lo había hecho.

—¿Has tenido días libres? —Negué, no tenía más nada que los caballos, por eso, descansar no me agradaba tanto.

—No sé qué estás pensando en este momento, no sé tampoco qué estás viviendo, pero no te estás convirtiendo en caballo o superhéroe, te estás matando y ningún muerto gana nada.

Asentí de nuevo, el doctor salió de la habitación y oí que le decía algo a alguien de afuera. No pasó tanto tiempo cuando el señor Augusto entró al pequeño cuarto, lucía contrariado, sin embargo, se sentó junto a mí al borde de la cama

—¿Te sientes bien? —Asentí, mintiendo—. No le creas nunca a los doctores, si quieres correr el domingo, lo harás.

Yo volví a asentir, me había preparado para esto. No podía fallarle a Reina Madre, ambos teníamos que ganar. Había luchado con las uñas para hacerme un lugar en La Rivera, no podía detenerme ahora.

* * *

Estaba en mi cuarto de nuevo, me habían llevado hasta allí confiando en mi palabra de que me sentía mejor, pero no era así. No dejaba de pensar en el dolor y en las palabras del doctor Ignacio, las que, según el señor Augusto, no debía creer, sabía que no podía ser un superhéroe, sin embargo, quizás sí me estaba convirtiendo en caballo, quizás esa era la razón del dolor lacerante, de la pesadez, el cansancio y la sensación de que mi piel era cuero.

Me miré al espejo y vi lo que el doctor no quería que viera: las similitudes. Mi cuerpo estaba cambiando, ya yo no era más yo, era otra cosa, era más grande, más majestuoso, más equino. Intenté levantarme, pero el dolor me lo impidió, me miré de lejos, con la luz encendida, con el cuerpo que cambiaba a cada segundo, de la misma forma en que dolía.

No supe cuándo dormí o si estaba despierto, o si mi cuerpo había colapsado de nuevo y había perdido el conocimiento en medio de aquella transformación. Recuerdo que me levanté temprano y nos fuimos hacia el Hipódromo de La Rinconada, mi mente estaba en blanco mientras me ponía la indumentaria y me preparaba para correr el Clásico Simón Bolívar por primera vez.

¿Recuerdas la primera vez que montaste un caballo y te preguntaste cómo se sentiría si aquel animal corriera más rápido y pudieras sentir la brisa en tu cara como si estuvieras volando? Yo lo recordaba, pensaba en ello a menudo, la idea se filtraba en mi cerebro incluso sin querer, como una gotera. Me imaginaba a mí mismo corriendo, haciendo el recorrido de veinte minutos de Candela y Carlucho a setenta kilómetros por hora, hasta que mis piernas se cansaran, hasta que el niño que era

en aquel momento pudiera sentir la verdadera gloria de un animal tan veloz como el caballo, sentir toda su fuerza, su velocidad, su poder.

Y lo hice, aquel día lo logré, corrí tan rápido con mis patas de caballo que superé a Reina Madre. El viento sobre mi cara era tan veloz que se sentía como un murmullo, como un sonido envolvente que hacía que todo lo demás se sintiera lejano, absurdo, como si la tragedia y el dolor nunca hubiesen siquiera tocado mi vida, como si mi padre nunca se hubiera matado montando a Pamela días antes de su primera carrera y que juntos le mostraran al mundo su verdadero potencial.

Estaba seguro de que mi papá hubiera ganado el Clásico Simón Bolívar, como yo lo hice, o como creí hacerlo. No recuerdo bien a causa del dolor.

El chivato

Andrea Leal González

*Brutal y simple, el minotauro de la noche
te espera paciente en las esquinas.*

HARRY ALMELA

(1)

*Lo veo, lo veo. Los caracoles me lo dicen. La marea está subiendo
y se va a llevar todo a su paso. El humano no puede hacer nada,
a menos que escape. Ese es el designio.*

* * *

El bebé berrea sin parar, se mueve de un lado a otro en su cesta. La niña mira a la criatura, pasmada por sus gritos y patadas al aire. Tiene hambre, al igual que ella. Lleva más de tres días comiendo únicamente manteca de cerdo, que mama de los dedos embadurnados de su hermana. El bebé hipnotizado, la mira directo a los ojos, demandando más comida.

Pero no hay. Desde hace cuatro noches que no hay comida en la nevera, y todos esperan a que retorne la madre. La niña ya no sabe qué hacer, se ha convertido en una carne sin nervios de tanto llorar. La angustia se le ha pasado a medias, luego de sacarse sangre al morder los pellejos de sus dedos. Necesitan dinero (como siempre), eso es lo que

reclama su abuela dentro de la habitación. Por eso la llama inútil, porque aún es muy pequeña para trabajar, pero ya come como un adulto. Es un «estorbo», ese podría ser su primer nombre. Estorbo Hernández. Ya se olvidó hasta de cómo se llama, la familia siempre le dice niña (o idiota, o cariño) y ella no cree que tenga importancia buscar otro nombre.

Mamá es la que le dice «cariño», y a ella le gusta esa forma de hablar. Es un cariño triste, lánguido. Al hermano le dicen «bebé» o «criatura», así son las cosas en la casa. A la niña le gustan las palabras, le parece que hacen sonidos hermosos y juega con ellas. Por eso pone mucha atención al televisor de la abuela, que suena como una interferencia de hormigas. A veces habla un hombre, otras una mujer. Todos dicen cosas que la niña no entiende: suenan como pajaritos cantores de la madrugada, como el ruido del puerto o la vocería del vendedor de plátanos en la mañana. También ve círculos amarillos, triángulos dulces, que saben cómo cielos con nubes de algodón y pastelitos de guayaba. Jamás ha probado ninguna de esas combinaciones, tampoco es que sea muy conocedora de los ruidos del mundo, pero sí tiene habilidad para imaginar.

Su abuela cree que esas son tonterías. «Solo los flojos imaginan», dice. Entonces, ella evita hacerlo, excepto cuando está alimentando a su hermano. Allí deja discurrir todas las figuras extrañas que llegan a su mente con esos sonidos del mundo que regala la TV. Es su escapada de casa, su refugio, y se ha vuelto experta en ello. Es el único secreto que guarda.

«¿Cuándo llegará mamá?», se pregunta al detener sus sueños despiertos. Mira hacia la puerta de la calle, oscurecida por el pasillo central del rancho, y se la imagina cruzando con aire de victoria. Sonríe. A la niña le gusta pasar el tiempo con su mamá, a pesar de que es escaso. Cuando ella llega, su hermano deja de llorar y los comentarios de la abuela no tienen el mismo efecto, es como si la casa respirara por sí sola. También importa el dinero, claro. La niña piensa en el pan y la leche que va a poder comprar con el dinero que trae su madre. Se imagina las golosinas, y el queso, y los plátanos, y las frutas, y todas esas cosas ricas que comían antes y ya no pueden. No se pone triste, alguna

vez lo estuvo, pero ahora se dedica a recordar sus sabores y la boca se le hace agua. La sensación le produce risa, cree haber ganado en su propio juego. Otras veces inventa sabores nuevos, es lo más inquietante, porque ha logrado producir unas experiencias en su lengua que no tienen descripción. Por ejemplo, una vez probó moho con mango y sal; otra vez algo que llamo *duribidul* porque sabía a flor con rocío, a mamón y a algo que se le escapa a su comprensión.

Ya se aburrió de nuevo y la madre no llega. Siente el hambre, trata de no pensar en ella. La niña está cansada de esperar, le aturde el llanto de su hermano, ni los juegos de palabra la entretienen. Con mucho cuidado, para que la abuela no se dé cuenta, se desliza al cuarto que comparte con su madre. Allí no tienen gran cosa: un camastro, una bacinilla y un escaparate de hierro con estampitas de la virgen del Valle. El silencio impera y hay una ventanilla, pequeñita, que da directo al mar. Se sienta en el filo de la cama a ver las olas brillando por el sol de la tarde, como espejos fulgurantes. Todo el horizonte es azul, cortado por un hilo plateado que forman los techos de zinc de sus vecinos.

A la niña le gusta imaginar que baja a la playa todos los días, utilizando un bikini como los de la televisión para tostarse la piel sin preocupaciones. Se vislumbra adulta, con el pelo largo y las caderas de su madre, con un paraguas rojo gigantesco, con el que puede volar por las playas y cruzar el mar en una zancada. Ese juego le produce una sensación de miedo, atracción y repulsión, pero vuelve a él por el placer de estar aterrada. Su mamá le ha dicho que crecer es una trampa, que los demás siempre quieren robarles tiempo a los niños.

¿Pero era en verdad así? Ella no se sentía en ventaja por ser niña, todo lo contrario: estaba atrapada. «¿Qué pasara conmigo cuándo sea grande?», piensa. Una ráfaga de brisa marina entra por la ventana, le llena la cara y los pulmones. Pica y arde. No hay respuesta, solo incertidumbre.

El golpe de la puerta la sobresalta. «Es mamá», se dice y sale corriendo a su encuentro. El pasillo se ilumina de golpe, la salina y el sol de la calle entran con violencia. La madre está detenida en la puerta. Ausente. Tostada por el sol y sudando, piensa en otra cosa. Un sostén

fucsia es lo único que cubre sus senos, desde donde se asoma el billete verde opaco. Es un billete americano.

La niña ahora es feliz porque los dólares traen buena suerte. Le gustaría festejar el éxito de su madre, hacer un gran baile a su alrededor y decirle «mamita linda». Pero no hay tiempo para eso, necesita tomar el dinero antes de que la vieja salte, así podrá asegurar la comida para su hermano. Alarga la mano flaca hacia su madre, demandando. La mujer sigue detenida en el umbral de la puerta, obnubilada por la calle y el cansancio de la faena.

—Dámelo ya —fueron las palabras que quisieron salir de la boca de la niña, pero que la abuela las tomó como suyas con su voz rechinante— ¿Qué haces parada allí como una idiota? Dame ese dinero ya.

La niña mira el altercado que recién acaba de formarse sobre su cabeza, aguantando las ganas de abalanzarse sobre el billete. La escena se repite como cualquier otro día, es una coreografía arduamente practicada por todos los miembros de la familia. El bebé llora con más fuerza. La abuela alarga y engancha los brazos sobre la madre, como un pelicano sobre su presa. Los ojos abiertos (oscurísimos) de su madre gritan de arrechera sin pronunciar palabra alguna.

La situación llega a su fin: la abuela se abalanza con todo el peso de su cuerpo sobre la niña y el pecho de la madre, arrancando el billete verde de su seno. Sale sin mucho ajetreo los diez dólares arrugados. Reina el silencio entre las mujeres, incluso el bebé ha dejado de llorar espiondo el penoso espectáculo de placer ajeno. La abuela sonríe, mientras se le derrite el rostro de regocijo. Besa el billete dos veces, para luego inclinarse sobre sus capas de grasa a ofrecerle el dinero a la niña.

—Vas a comprar pan pita y café. Y me traes el vuelto... ¿Oíste?

—Pero mi hermanito necesita leche —reclama la pequeña a media voz, mientras agarra el billete temblorosa.

—Cállate, idiota —regurgita la abuela, para luego meterle un golpe directo en la coronilla. —Dije pan y café.

La niña, evitando otro golpe directo al cráneo, se escabulle hacia la puerta.

(2)

Una vela para San Isidro, otra para José Tadeo Monagas. Vas a poner sal gruesa bajo tu lengua, y maldecirás a tu enemigo tres veces. Si hace falta más: una foto de la persona, tres velas rojas, una gallina y tabaco para mí. Lo demás lo dirá el santo.

* * *

La niña escapa cuántos antes, corriendo escaleras arriba para perderse en la carretera. Otra vieja, amiga de la abuela, la ve pasar con indiferencia. Ella corre más rápido hasta que siente un tirón en la pierna.

Vuelve la mirada y se encuentra a su madre, tirada en el piso, apriionándole el tobillo. Había corrido hacia ella apenas la abuela volvió a su camastro. La niña se detiene, mirándola desde el susto. Su madre es una mujer silenciosa, a veces parece más una sombra que un ser humano. Poco se hablan la una a la otra, solo dice lo necesario, se entiende gracias a las caricias nocturnas en el pelo. Hoy su mamá tiene la cara roja, también un poco verde. La niña sabe que traspasará el silencio y le dirá algo importante.

—Un favor... ¿Le puedes hacer un favor a tu mamá? —Las palabras fueron como una caricia en el pelo y la niña asintió embelesada— Vas a ir a la casa de la bruja, allá donde la negra Hipólita. Y le vas a decir que vienes por mí, le dices «me manda Yelaisa». ¿Qué le vas a decir?

—Me manda Yelaisa.

—Ajá. Ella te dirá que pases, no toques nada. Ella te dará una cosa, envuelta en una bolsa, es mío. Luego vas a comprar pan y café como dijo tu abuela y te regresas. No llegues tarde, la noche es fea, sale el Chivato ¿ok?

—¿Qué es el Chivato, mami?

—Una cosa.

—¿Pero qué cosa?

—Una cosa fea, no preguntes más.

—Me da miedo ir a donde la bruja.

—Vas a ir y punto — dijo la mujer mostrando sus dientes. La niña jamás había visto el rostro de su madre con esa expresión, tuvo miedo— Le dices que le pagaré después, cuando todo acabe.

—¿Pero qué acabará?

—Deje de hacer preguntas, vete.

La madre no espera una palabra más, baja deprisa la escalera y se interna dentro del rancho. La niña masajea el billete entre sus manos, llena de una inquietud que se va alojando poco a poco entre sus costillas. El Chivato, todo el mundo en el barrio habla de un tal chivo, pero nadie le dice qué es. «Quédate en casa y no te metas en las conversaciones de adultos», le regañó una vecina el otro día. La había escuchado hablar de aquella cosa, diciéndoles a sus hijas que cuando empezaba a caer la noche se alborotaba el Chivato, así que le preguntó por pura curiosidad. Siempre la dejaban con la palabra en la boca, incluso la vieja. La había escuchado refunfuñando que era mejor dejarla en manos del Chivato, «para que terminara de hacer lo que tenía que hacer».

—¿Y qué va a hacer? —preguntó mientras alimentaba a su hermano. La abuela la miró con odio contenido y chasqueando la lengua subió volumen al televisor. La conversación se dio por terminada, pero la niña se quedó pensando en el Chivato y el silencio de la gente. Y si ella, por alguna razón del destino, estaba encomendada a encontrarse con esa cosa. ¿Le traería felicidad a la vieja, paz a su madre?

No tenía respuestas para esas preguntas, además no podía ni imaginar cómo era el Chivato. Cuando trataba de darle forma en su cabeza, le venía una mancha oscura, sin forma, como una plasta de petróleo en la orilla del mar. También parecía una babosa, pero con cuernos y palpitaba. Nada más. Era como si su imaginación no pudiese asir la idea del Chivato, como si su presencia fuese más grande que todo aquello que ella conocía. Eso le aterraba, incluso más que una visita a la bruja.

Inquieta por la falta de imagen, la niña sigue el camino. Cruza la carretera corriendo, dispuesta a internarse en esas casuchas de barro y madera que quedan al otro lado del monte. Ella sabe que allí vive la

negra, como le dicen a la mujer macilenta y sin dientes. Su casa es un rancho maltrecho, con una puertecilla delgada donde cuelgan hierbas secas para ahuyentar los espíritus indeseados.

La niña ha visitado a la negra varias veces, por pura curiosidad, morboseando el interior de la casa. Nunca ha visto algo extraño, adentro hay una oscuridad cerrada y un olor nauseabundo a sangre coagulada. Algo le dice que no debería entrar, pero hoy es la excepción. Mamá ha hablado.

(3)

Tienes ojos de fin de los tiempos. Tu familia se acaba contigo. Los superarás, te librarás de la brujería. Y habrá una segunda oportunidad para la estirpe, pero: ¿la tomarás o no?

* * *

La casa, con la puerta abierta, esperaba ansiosa la llegada. La niña toca dos veces la puerta, casi acariciándola por la falta de fuerza en sus manos. No quiere entrar, porque ya divisa desde la calle la espesa negrura de la habitación y el olor a cigarro con sangre y palo santo. Dentro hay caracolas y unos collares que penden del techo frente a dos santos de madera con ojos de concha de mar.

La niña los mira y cambia de opinión, prefiere volver a casa y decirle a su madre que la negra no estaba, que vaya ella más tarde. Una voz detiene sus ideas, cavernosa y simpática le dice:

—Pasa cariño, tengo algo importante que darte.

La niña se decide. Luego de tomar un trago de su propia saliva, dice las palabras mágicas:

—Me manda Yelaisa.

Al traspasar el umbral de la puerta, el miedo cedió. El rancho es más espacioso de lo que imaginaba. Y en vez de ser oscuro, es azul ultramarino, con cristales guindando de todas partes e iluminando de tor-

nasoles la pieza. La negra es gigantesca, gorda como nadie en el pueblo. Ella toda sonríe, su cuerpo es una risa entera, pero también hay algo animal aprisionado dentro de sí. La niña sabe que tiene que guardar distancia, así que está paradita como un militar en orden marcial, sin respirar mucho.

La bruja saca una bolsita de sus senos, blanca con un polvillo amarillo en su interior. Y se lo tiende en la mano para que la niña se acerque. La pequeña lo piensa varias veces, pero al final se decide. Toma valor y camina directo a la bruja, sin atreverse a mirarla a los ojos para que no le robe el alma.

La mano está a punto de tocar la bolsa, a centímetros de rozar su tela y todos los dedos le tiemblan. Quisiera prolongar el momento, para luego tener algo que contar a sus amiguitos de la cuadra. Se impresionarán al saber que tuvo el valor de entrar al rancho de la bruja, que tocó su mano y que la vio en persona.

Pero todas las fantasías y cuentos se esfuman. En vez de agarrar una bolsa, en un movimiento veloz su mano es aprisionada por la mano de la bruja. La mujer la ataja apenas baja la guardia y la pequeña grita de terror de solo pensar que será devorada por una vieja bruja. El grito que sale de su boca es el de un becerro, se está convirtiendo en animal bajo el influjo de la bruja y lucha contra la mano implacable para huir de ese nido de ratas.

—Calma niña —le dice la bruja sonriendo—. Tu mano me está hablando. Estás seca, pero no te pongas triste, eso tal vez sea una fortuna. Pronto, muy pronto, te cambiará la vida. Lo veo: tienes los ojos del fin de los tiempos, eres la última de tu especie.

Los ojos de la mujer centellan, como estrellas en el cielo nocturno. La mano libre danza alrededor de la niña, describiendo los movimientos de un pez inquieto. Las argollas, que cuelgan pesadas de sus oídos, sueltan el sonido de huesos chocando entre sí. Sin parar de sonreír, sigue diciendo:

—Te convertirás en mujer, puede que entierres un muerto o te vayas de la isla. Para que tengas huesos fuertes y un corazón grande que ame mucho a los hombres, come pan pita todas las noches. También ve

al malecón a descubrir la sombra de tus pasos: Allí van a llorar sus penas todos los que no tienen alma y alimentan con sus lágrimas al insaciable mar. Te vienen tiempos duros, sí, salados. Pero tranquila no te faltarán los amores, ni el buen dinero. No tengas cuidado, que si no te toma el chivo viejo, te agarrará el gringo pendejo allá en altamar.

—¿Y quién es ese chivo?

—Es el que se encarga de convertir a las niñas en mujeres. Está enviado por Dios, esa es su misión. El Chivato las persigue y bobeo, bobeo, bobeo con todas las sapitas mojigatas que se le cruzan por la calle. Les abre las piernas y las lambe toda para que lleguen bien puestas a la adultez.

—¿Y el gringo?

—Un hombre más.

Las palabras de la bruja suenan en los oídos de la niña como fosforitos decembrinos. No le entiende ni una palabra, el canto la enreda en su sonoridad zapateada. La niña se siente presa de un maleficio, pero al mismo tiempo su corazón da un vuelco de pez feliz y se calma. La bruja sufre una transformación, ahora ya no es una mujer gorda, sino una vieja negra flaca con turbante verde en la cabeza. Mustia y con las carnes colgándole en los cachetes, no sonríe. Extendida la mano, exige su pago.

—Mamá dice que se lo paga cuando todo termine.

La bruja arruga el rostro y mete un papelito, delgadísimo, en los ojos de una calavera. Las dos tienen un breve altercado de miradas. La niña ya no le teme a la bruja, aunque aún siente un profundo respeto por su figura.

—La próxima semana, sin retrasos o sino la maldición se revierte. Dile a tu mamá.

—Está bien.

(4)

El chivo aguarda en todas las esquinas. Carne fresca es lo que quiere. Se lucha o se entrega, pero nadie escapa de él.

* * *

La niña sale de la casa sintiéndose tan ligera como un pájaro. La noche empezaba a arremolinar sobre los tejados y la gente corría calle arriba hacía sus casas. Lo supo: se estaba acercando la hora del Chivato. A nadie le gusta estar en la calle cuando cae la noche, se sienten seguros en sus salas oscuras con el televisor encendido, iluminando la nada. Ella, a veces, se queda mirándolos por la ventanita de la casa, espiando la rutina ausente de sus vecinos, cuyas formas de vida están tan vacías como una caracola de mar.

La niña no sabe cómo describirlo, cada vez que ve el rostro de su madre o de algún vecino percibe una soledad que no cabe en el cuerpo. Siente que las entrañas de los adultos no están conectadas con la vida, que el estómago y el cerebro les funcionan en otro espacio tiempo. Por eso es que el chivo aparece, piensa la niña.

La niña cree que ha sufrido una transformación luego de haberse encontrado con la bruja. Ha crecido en altura y comprende de forma distinta, casi como los adultos, pero no tanto. Con su nueva clarividencia, intenta ver al Chivato en la noche, y aunque le sigue huyendo su forma, cree entender algo. No se parece a las cabras que pastan en el monte, ni a ningún animal que alguna vez haya visto. Lo presiente: el Chivato es un palpar en la piel, es un sentimiento, algo que arremolina el aire nocturno.

Ella le tiene miedo, aun cuando se sabe a salvo entre sus murallas. Sabe que es el destino prometido para todas las niñas del barrio, no hay artilugios. La incertidumbre se genera por querer saber cuándo aparecerá, cuándo atacará. ¿Y es que ataca? Cuando vio a la bruja a los ojos, la niña pensó que el Chivato era más grande que la bruja y que también

alguna vez la había poseído. Sintió que el chivo también había compartido la misma cama de su madre y su abuela, las había puesto de carnes agrias y tristes porque hubiesen querido un mejor destino. Pero ella no tenía miedo, sabía resignarse y sabía ser como una cucaracha. Si se escabullía por el laberinto de ranchos y escaleras, silenciosa y pegada a las paredes, a ningún chivo le provocaría hincarle el diente.

La niña siente el poder clarividente de las palabras de la bruja. Ahora todo estaba claro, como si en el olor putrefacto del rancho de Hipólita le hubiese abierto los ojos y los oídos. Se interna por la escalera con pasos ligeros, tratando de no hacer ruido, dispuesta a entregarse a cualquiera que fuese su destino. Piensa en la promesa del gringo, pero aún no tiene edad para desear nada. Le da igual y esa libertad le aligera el cuerpo. Levita entre los escalones guiada hacia el centro del barrio. La gente ya está guardada en las casas y el olor a monte se hace presente, ella sabe que es una señal del chivo. Nada la perturba. Sigue transportándose gracias a la brisa marina y la emoción del corazón, quiere llegar rápido a su casa a entregar esos polvos amarillos a su madre.

Una sombra se mueve en un callejón, escrutando. Una cortina se alza por el movimiento de un dedo, un ojo humano observa. La niña mira el rostro del hombre dentro del rancho, sus ojos oscurísimos y penetrantes. El hambre en su boca se lo confirma, ese hombre está sintiendo el olor a monte del chivo. Y el chivo hablará por él, lo convertirá en una bestia y él disfrutará la ceremonia antigua de unión y sangre. Así debería ser, si la niña no fuese más inteligente. Ella no se detiene, baja volando en picada por las escaleras. Es tan liviana como una gaviota, le salen plumas de los dedos que le permiten esquivar todos los influjos violentos del chivato. Ella ha desentrañado el misterio más profundo, y ahora nadie la puede atajar.

En lo hondo del barrio se asoman los farolillos del puerto, hechos con potes plásticos de margarina. La brisa está salada y se escucha el sonido de un bolero triste, arañando los corazones del malecón. La niña desciende, pone los pies sobre la tierra arenosa y se ve frente al mar, oscurecido por la noche. Es un animal gigante que no para de rugir, el

esófago de alguna vaca sagrada. Ella lo mira, atraída por su soledad y misterio. Lo entiende: ha dejado los dominios del chivo, se está adentrando a las aguas de lo desconocido.

(5)

«Llegó la noche fatal. Noche de agonía para mi soñar...» (bis)

* * *

En el puerto todos son árabes, chinos o margariteños, que son la misma cosa siempre. Ella tiene que estar avispada, como le ha enseñado su abuela, para no dejarse joder. Camina rapidito, tratando de que nadie la vea, se interna en una casucha de barro y techo de palma donde un joven cocina pan pita en un fogón de leña.

El muchacho tiene las manos quemadas, oscuras como el carbón mismo. Lleva una camisa blanca y un turbante para que los calores de la cocina no le achicharren los pensamientos. Pasa el pan de una mano a otra, hirviéndolo en el fuego. La masa se infla como pez globo, se ensancha y hace una bola de vapor. La niña mira el espectáculo fascinada, le gustaría tener ese mismo oficio: cocinar a fuego vivo.

Compra ocho panes. Los guarda bajo el sobaco luego de convencer al muchacho que se los venda a cinco dólares. Parte rumbo al mercado, donde las tabernas y los cuchitriles para bailar se encuentran en su apogeo. La niña ve la cara de la gente: no reconoce a nadie. De noche, el malecón se vuelve un lugar de citas, lleno de forasteros. Hay algo raro en la gente que vive allí, piensa la niña, «Como si les faltase algo por dentro». Lo nota al entrar la taberna-cafetería de Don Chucho: el triste boquerito de fondo, la gente bailando cerca de la barra, el vapor de la cocina humeando hasta el cielo. Café con aroma a licor. Y sal, la sal melancólica del mar, que limpia los pulmones.

Una mujer la mira. Bailando con su pareja, no le quita los ojos de encima. Tiene la piel tan negra como la noche misma y los ojos negrísimo,

brotados. Le incomoda esa mirada, pero trata de no intimidarse. Piensa que acaba de abandonar la casa de la bruja, que nada puede ser más terrorífico que la mismísima Hipólita o el Chivato oculto en las casas. Toma valor y camina hacia la barra.

La fiesta se detiene. El bolero sigue sonando, pero ya nadie baila. Las personas la miran con sus ojos chispeantes y las lenguas húmedas entre los labios. Nadie dice nada, pero la niña puede intuir una fuerza magnética en sus cuerpos. La están saboreando. Ya no puede echarse para atrás, tiene que seguir adelante con su cometido. Con el cuerpo lleno de temores, se detiene frente al cantinero para dar su orden. Se reconocen: aquel hombre es un vecino del barrio. Es igual a ella: temeroso de la bruja y del chivo, con ojos aguarapados de tristeza. Aunque no lo dice, puede ver el miedo aprisionado en su rostro, tampoco quiere estar en aquella taberna.

—¿Tú qué haces aquí, niña? —dice el cantinero. Está sirviendo una taza de café, humea como el infierno mismo.

—Vengo por café.

—Las niñas no deberían estar de noche por acá.

—Ya me escapé del Chivato.

El cantinero la observa, con un trapo blanco colgándole del hombro y la frente llena de sudor. Tiene las manos grandes, con callos gruesos, que no paran de servir una taza de café tras otra. Es un movimiento mecánico, sin equivocaciones. Mientras lo hace, echa una mirada hacia los clientes, como un animal nervioso que observa a su depredador.

—No deberías estar aquí, incluso hay cosas sueltas por allí más abominables que el chivo.

Lo abominable le respiraba tras el cuello, disfrutando del olor frutal de su piel. Era la otra gente, que bailaba y bebía, quienes siseaban al cantinero que se callara. Con una dulzura extraña en el cuerpo, se fueron sentando a su lado con sonrisas tensas en el rostro. Tenían una suavidad acolchonada en los cuerpos, que la niña podía percibir en los vellitos de sus brazos, y ella como acto reflejo cerraba las piernas con tenacidad para sentirse protegida.

La última en sentarse fue la mujer que la había estado observando cuando recién entró a la taberna. La niña reunió el valor para mirarla. Con su sonrisa sencilla y el rostro apoyado en el envés de su mano, sus ojos salvajes brillaron. La niña se dobla del miedo, clavando los ojos en el suelo mientras implora a la virgen de Valle que la cuide. La mujer se ríe al verla aterrada. Con una voz juguetona, dice:

—¿Qué te trae por acá, nenita? Las niñas no beben café alcorado, ni salen de casa por la noche.

—Vengo por café para mi abuela —susurra sin quitarle los ojos al suelo.

—¿Por tu abuela? ¿Estás segura? ¿No será que querías salir a divertirme?

La niña salta sorprendida y se atreve a mirar a la mujer. Esta aún sonríe, despreocupada. Es un gesto de gozoso descaro. La punta de su lengua se enreda entre sus dientes blancos, una imagen que le produce profundo pudor a la niña. Baja nuevamente los ojos, muda de miedo.

—Si lo que quieres es divertirme, yo puedo enseñarte —murmura la mujer, poniendo su mano de uñas largas sobre la rodilla de la niña.

Ella sigue sin responder. No entiende las palabras de aquella mujer, pero se siente confundida. El cantinero no dice nada. Trabaja en silencio su café, con la mirada gacha y el cuerpo triste. Entre aquellos extraños, la niña se siente engullida por una babosa, que la chupa hacia las profundidades de su estómago. Asfixiada, busca alivio en el mar. Las olas oscuras que revientan en la arena (¿o es el cielo a donde van a parar?). Una madeja oscura impenetrable. La conexión le vino como un relámpago.

La gente de la taberna está hecha de la misma esencia del mar nocturno, de ese rugido que hacen las olas que es también un llamado. De allí su esencia magnética, sus ojos salvajes y la sonrisa tramposa. Eran puro flujo y reflujo de deseo. Por eso la abuela le decía que no se detuviese mucho tiempo en el malecón, seguramente su madre también sabía este secreto. ¿Ese era el destino que le esperaba, no? La niña siente un hueco en el estómago, la presión de sus vísceras. Se ve a sí misma como

un peñero en altamar, a punto de ser devorado. De un golpe sonoro, quita la mano de la mujer de su rodilla. Tiene que escapar o será arras-trada a las profundidades.

(6)

Una taza de caléndula con canela. 30 cm de hilo rojo. Un azabache en forma de pie y velas blancas. Le rezas por tres noches frente a la virgen del Valle. Cuando esté listo, que se lo tome en ayunas, luego de la primera menstruación.

* * *

Los hombres y las mujeres están congregados a su alrededor en una montonera estática. Sorprendidos por el rechazo de la niña, la mi-ran como a un bicho raro. Ella ya no tiene vergüenza, solo resolución y miedo. Traga hondo, cierra los dedos sobre el pan pita y los polvos mágicos, y echa a correr sin esperar el café.

Todo le llega de golpe. Entiende, al fin, el secreto del malecón y la condena del Chivato. Las niñas del barrio solo podían orar por ese destino ambivalente: la agria carne del chivo maduro o la diversión alcoholizada del malecón. La bruja se lo había sugerido en su lectura de mano, y estaba en lo cierto cuando intuyó que su abuela y su madre tuvieron alguna vez que tomar esta decisión. Quedarse en la oscura casa del barrio viendo la TV o lanzarse al puerto a conseguir dólares perfumados.

Ella no quería nada de eso. Y ahora que lo pensaba, seguramente su abuela y su madre tampoco. Por eso una era tan déspota y la otra tan avariciosa. Los polvos mágicos de Hipólita eran el boleto para librarlas de ese ciclo sin fin. A la mañana siguiente, su madre los mezclaría en el café de la abuela tempranito por la mañana y pasarían tres noches hasta que la vieja maldita estirara la pata. Claro: eran huesos y azahares, cenizas de un árbol nacido en abril y un diente de chivo molido. Una mez-

cla para marchitar el alma. No habría más gritos en casa, ni golpes, ni dinero faltante. La vida podría empezar a discurrir de manera distinta.

Sin embargo, algo le decía a la niña que ella no estaba libre de condena. Si ocurría el matricidio, entonces toda su sangre, sus hijos y bisnietos, estarían encadenados por la eternidad a aquel menjurje de cochinadas.

¡Condenados, condenados, condenados!

¡Tu estirpe toda, condenada!

La niña se detiene frente a la escalera del barrio. La mira expectante, a sabiendas de que ha perdido sus poderes de levitación. Ahora que ha descubierto todo, se le ha muerto la imaginación. Escucha unos segundos, el hondo ruido de fiesta que expele el malecón. El mar y su gente se han vuelto indiferentes a su tragedia, pero en el barrio el chivo todavía la aguarda. El animalote no se cansa, persevera por su tozudez y los elegidos del barrio lo sienten cada vez que le llega el olor a niña virgen.

¡Nina, niña, entrégate al chivo!

¡Ven, ven, entrégate al chivo!

A ella le gustaría prolongar su estancia en ese limbo que la protege, preferiría construirse un ranchito a las orillas del malecón y las escaleras del barrio. Sabe que, si el chivo la agarra, la abuela se muere y alguien tendrá que ocupar su lugar. También sabe que, si la otra gente la engulle, entonces nada cambiará y ella se volverá igualita a su madre. No sabe cuál es la decisión correcta. Está cansada, le gustaría poder cerrar los ojos y dormir tranquila. Eso le caería bien. Desea, incluso, que «todos se vayan al carajo» como dice su vecino. Una rabia inmensa le pudre los intestinos: ¿por qué habían dejado su destino y el de su familia en sus manos? ¿Quién dijo que ella quería reclamar semejante papel? Jamás.

*¿Se puede romper un designio divino?
¿O se sigue a ciegas las líneas adivinatorias de la mano?*

La niña se sienta en las escaleras, mirando al mar. Abraza contra su pecho el pan pita y los polvos mágicos. Las olas gigantes de la noche la van adormilando, pero algo dentro de sí está muy despierto. Una mujer ha abierto los ojos en su pecho, está observando todo con mirada de bruja. Una guitarra llora en la casa de algún vecino, ella también se siente nostálgica. Algo se desborda en su vientre. Caliente, había estado acumulándose en su interior. Ve hacia sus piernas, con cierto temor y allí encuentra la mancha achocolatada.

«Todo cambió», piensa la niña-muchacha. Y aunque la tristeza se agudiza, su resolución al problema es sencilla. Se hace un ovillo, abrazando la indumentaria mágica y ve hacia al mar sin miedo. La tranquilidad llega poco a poco, mientras piensa que si hay una cosa tan inteligible como el mar entonces ella también puede existir.

*No tienes por qué tener todas las respuestas hoy, muchacha
Descansa, que un nuevo día viene.*

Aquella idea la hace sentir fuerte, e imagina que su cuerpo tiene la misma capacidad de flujo y reflujo de las olas. Si eso es cierto, entonces puede resistir, incluso encontrar otro camino. Ya no sentía las noches venideras como un calabozo, era como si el mundo se estuviese reiniciando a su alrededor. Todo se abría: era una flor a pleno madurar.

¿Fue el mar siempre tan violento?

(7)

*«Llegó la noche fatal. Noche de agonía para mi soñar. Noche...
noche de partida, te marchas muy lejos sin volver atrás. Y yo,
oyendo el rumor, el barco se aleja viéndome llorar. Por dios*

mírame, los ojos en llanto, amándote tanto me vas a dejar...
(bis)».

* * *

Allí va la muchacha, montada en un peñero. Otros más van con ella, todos escapando. Son una sombra en el inmenso mar, cabecitas flotando en la espuma. La virgen del Valle los guía, montada en la punta.

Nadie habla, porque ninguno se conoce. Todos tienen los ojos tristes y miran al caserío que se aleja de ellos, indiferente. La muchacha no sabe si están huyendo de lo mismo, le consuela tener compañía. Alguien tararea un bolerito, ya está nostálgico de abandonar la isla.

Tiene miedo y dudas, también culpa. No quiere pensar en su madre, porque seguramente ya habrá imaginado que algo le pasó y que jamás retornará a casa con los polvos mágicos. La abuela ganó y ella era la única que se salvaba (por los momentos).

No era un sentimiento agradable, la victoria era agria.

La muchacha abraza sus rodillas, sintiendo que el frío le cala los huesos. Su ropa, mojada por el mar, no ayuda en su situación. No carga equipaje, ni dinero, así que no sabe que le deparaba la tierra de los forasteros. ¿Habría gringos, como dijo la bruja? Ya no sabía ni que pensar.

A pesar de todo, está aliviada. Frente al inmenso mar que le falta por atravesar, siente una emoción indescriptible. Todo eso era suyo. Un destino en blanco. Podía dejar de ser ella: cambiar su nombre, vestirse como las modelos de la TV, tener su paraguas rojo. Y si quería, podía dedicarse a cocinar pan pita a fuego vivo, o crear menjurjes como la bruja, o contar cuentos sobre la isla, el chivo y las abuelas malas. Eran tantas las posibilidades que tenía entre manos, que la muchacha se siente febril. Para calmar su emoción, se acurruca en su asiento y cierra los ojos para descansar.

Será un largo viaje.

El triángulo invisible

Marco Tulio Ortiz

La noche del veintidós de abril de 2023, en un departamento de Nordhavn, Copenhague, Magnus Olsen, hijo del danés Johannes Olsen y autor del libro de poesía *Las Torres de Arena* y de algunos ensayos literarios sobre Eugenio Montejó, Leonardo Padura y San Juan de la Cruz, se despertó agitado tras soñar que nadaba en un mar de sangre, en lo profundo de una casa en ruinas. Su pesado cuerpo lanzaba brazadas profundas y desesperadas contra el aire, aún con los ojos cerrados, buscando la superficie, mientras contenía la respiración y el rostro poco a poco se le inflaba y enrojecía. Del otro lado, Olsen parecía hundirse, iba cayendo, con un brazo que estiraba hasta el límite de sus articulaciones, se sumergía con el enorme peso de su cuerpo hasta que Hanne llamó a la puerta.

Apenas si entendió que aquello era un sueño, apenas si supo que era la casa de su infancia, en su pueblo natal, en el trópico lejano. Olsen había atravesado la puerta, dentro del sueño, desnudo, cubierto por una fina y viscosa capa de aceite o grasa de ballena, que tras cada paso se hacía más crasa. También las sombras iban tomando posesión de las paredes y el techo. Apenas recordaba que al encender una vela, la capa de aceite se tiñó de rojo hasta cubrir cada pesada parte de su cuerpo

con una sangre espesa, una sangre de ballena quizás, casi plástica, que lo envolvía y que fue llenando el interior de la casa hasta ahogarlo en lo profundo de un mar encarnado.

—Eran las puertas de mi casa.

—Eran las puertas de mi casa. Se repetía (murmurándose) a sí mismo.

Había caminado sin rumbo, en aquella ciudad oscura y retorcida, donde una puerta lo llevase a la torre de un castillo y otra, lo dejase frente a las altísimas puertas de la casa de su infancia. Empujó su pesado y grasoso cuerpo hacia adentro junto con los trozos de madera y en un paso se encontró en medio de la sala, aunque en ruinas irreconocibles. Fue entonces que recordó el mosaico del suelo, las enormes ventanas azules, las mismas que en el sueño se fueron cerrando tras su paso como una caverna, como un monstruo de las aguas, que abría sus fauces para tragarlo y arrastrarlo hasta lo profundo de aquel fondo marino, el fondo púrpura de sí mismo.

Habían pasado diez años desde su llegada a Copenhague. A diario, ya para caer la tarde, Olsen se encerraba en un pequeño estudio que construyó de la habitación sobrante. Repasaba a diario pasajes de la Biblia y algunos clásicos. Contemplaba una fotografía que siempre llevaba en su bata y analizaba con absoluto interés los documentos de cría de un perro negro, era un pliego de papel estucado que había pegado sobre la superficie de su escritorio y que se conservaba entre esta y un vidrio un tanto más corto que la faz del tablero. Mientras, garabateaba nombres, direcciones, linajes, cantidades, asuntos que le ocuparon por años y por lo que dejó de escribir sus poemas.

Empezó a encerrarse en el estudio luego de tres años de haber llegado a Copenhague, una decisión más bien arbitraria y cuyos motivos no había compartido jamás con Hanne. Tampoco volvió a salir del departamento. Hanne, su esposa, era notablemente más joven que él, de facciones diminutas, rubias y afrancesadas, a las que Olsen detestaba en silencio. Esas pequeñísimas facciones se arrimaban ahora contra la puerta, del otro lado, susurrando su nombre (Olsen, Olsen). Él sintió

una mayor agitación, una frustración agobiante que se amasaba en su cabeza junto con el absurdo sueño, sintió también su aliento frío, el de Hanne. No quiso responder, pero lo hizo, apenas.

«Estoy bien», respondió Olsen en un idioma que ella no entendería.

Ella respondió en danés: «Ven conmigo esta noche, duermes conmigo, por favor».

Él guardó silencio, hasta que sintió su sombra apartarse de la puerta, gimoteando.

Por poco pudo despegar la cabeza, de aquel arrume de libros sobre el escritorio. Trató de aclarar su mirada, parpadeando, abriendo los ojos hasta sentirlos ásperos. Acarició los mapas (los viejos y los nuevos), los que había comprado en Copenhague y los que le regalara su padre, a quien cariñosamente todos llamaban Hans. Todos menos Hanne, quien nunca llegó a conocerlo.

Revolvió luego, el título de propiedad de la casa que había heredado y varios artículos de prensa que dormían aprisionados bajo un libro de Herman Hesse, al costado de una lámpara vieja; supo entonces que fue un sueño, un reclamo, tal vez, de aquella casa olvidada. Sintió ganas de escapar, de salir corriendo y derribar la puerta con su hombro de gigante como un elefante blanco, blanquísimo, rubio y que el estruendoso golpe lo trajera de vuelta al eterno presente, a sí mismo, o que mejor lo llevara a casa.

Apenas si pudo sostenerse. Midió mentalmente la distancia entre el escritorio y la puerta, sin poder fijar bien la mirada, tambaleándose y sintiendo que el aire no llegaba a sus pulmones, quiso salir, imaginó que lo hacía. Nunca antes había sentido el ahogo del pánico, el encierro de la claustrofobia, la inutilidad del cuerpo, de la conciencia, se sintió solo como nunca antes, indigno e indefenso, sofocado.

Trastabillaba, mientras recogía de la mesa un ejemplar del Antiguo Testamento. De otro volumen, uno del *Lobo Estepario*, extrajo un recorte de periódico que antes le servía para marcar la página, de allí recorrió diez pasos con las puntas de los dedos, hasta dar con una fotografía que

luego guardó tembloroso en el bolsillo interno de su bata a rayas. Recogió los títulos de propiedad de la vieja casa y los encerró en el cajón, bajo llave. Volcó todo el peso de su ingente cuerpo sobre sus flácidos y áureos brazos y ayudándose con el escritorio, aún mareado, se lanzó sobre un pequeño espejo que reflejaba su desvarío, sus ojos desorbitados. Lo más difícil fue mirarse fijamente, respirar profundo, contar en silencio. Poco a poco fue aclarando la visibilidad, aunque no del todo. Se acomodó apenas el cabello grueso y opaco. Como pudo, salió a la sala y tomó las llaves del auto del portallaves, un recuerdo del último viaje solitario de Hanne por Berlín. Salió del departamento, luego de siete inesperados años de encierro.

Olsen viajó en su auto poco tiempo, aún confundido y a una velocidad casi imperceptible. Viajó en medio de la noche, como esperando un impulso que le vendría desde adentro o desde otro mundo, como si hiciera un largo viaje a las cálidas tierras del Caribe, un viaje por barco, uno lleno de aventuras, de aquellas aventuras que le contaba su padre.

Luego de un par de vueltas, se detuvo justo frente a la iglesia de San Andrés. Antes de bajar del auto, hundió su barbilla lo más que pudo en su pecho y, con temor a Dios, cerró los ojos y sacó tembloroso, de la guantera, un revólver calibre 38. Tomó entonces el Antiguo Testamento, la foto de la casa vieja y el recorte del periódico que metió en el bolsillo de la bata. Subió las escaleras que daban al portal de la iglesia murmurando el nombre de su padre como si se tratase de un canto silencioso, un mantra. Murmuraba también versículos de la Biblia e intercalaba la palabra perdón a lo largo de aquel canto, que algunas veces era para Dios y otras para los padres, nunca para Hanne. Fue a sentarse a un lado de la puerta altísima y somnolienta de la Iglesia. Sacó del fondo de la Biblia un mapa que desplegó sobre sus piernas, era un mapa de Copenhague y sobre él, marcó en lugar de la iglesia una primera equis con un bolígrafo rojo. Abrió la Biblia, guardó el mapa entre sus últimas páginas y con la voz quebrada, leyó:

«Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros, conforme todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto, delante de vuestros ojos».

Deuteronomio 1:30.

Rezó por horas, con los ojos apretados, con la voz temblorosa, con una mano en el bolsillo sujetando el arma, con una memoria torpe, murmurando una y otra vez el mantra aprendido de la madre (credos, padrenuestros, avemarías, glorias). Él sabía versículos de memoria y de niño aprendió el rosario completo para orgullo de su madre.

Al cabo de unas horas y a mitad de la madrugada, se levantó con premura, con la mano entumecida sobre el hierro helado, con la otra sobre el suelo frío, con la necesidad de ver el mar, con la rodilla pálida y débil ante el peso y un impulso torpe y encorvado, arrancó una página del «viejo testamento», sacó el mapa y lanzó el resto de la Biblia a un lado de la iglesia, un acto de herejía sin duda que su madre repudiaría, pero ya no tenía importancia.

En cinco largos pasos, bajó las escaleras y cruzó la ancha avenida y así continuó velozmente en dirección al este, casi sin aire, con el pecho palpitando debajo de la bata, en dirección a la costa, pero esta vez parecía liviano.

Finalmente había llegado, contempló por minutos el mar que lo apaciguaba, su anchura, su inagotable línea y sintió en sus pulmones el aire puro, todo el miedo había desaparecido. Al lado de un pequeño conjunto residencial de lujo en Skovshoved, divisó una vieja y pequeña casa de piedras, con el techo desplomado y las ventanas rotas. La casa, deshabitada desde hace mucho tiempo, también se había derrumbado. No pudo abrir la puerta, así que entró torpemente por una de las ventanas rotas. Ya en medio de la sala, sacó el revólver del gran y flácido bolsillo de lana de la bata de rayas, empuñándolo con una fuerza primitiva, que le venía de algún lado profundo del cerebro y temblaba con un leve temblor de alzhéimer. Empuñó el revólver, gritó hacia adentro tan bajo como pudo, apretando los dientes, tragándose toda la rabia, el

dolor y dejándose caer de rodillas sobre el suelo polvoriento, a la vez que sollozaba como lo hiciera tantas veces en el viejo zaguán. Cayó con todo el peso de su enorme cuerpo, más pesado aún por las lágrimas que humedecían sus adentros como un colchón en la orilla, mojado por el agua salada. Pero las rodillas quejumbrosas no le dolieron. Lloró de una forma entrecortada, ronca y gutural, lloró con un dolor profundo que le venía de los mares y pocas lágrimas. Recordó, en medio de aquella casita de piedras junto al mar, la cálida y dulce casa de su infancia, el sereno rostro de su madre entre las flores equinocciales, aquella fachada blanca de puerta y ventanas azules, de puertas altas, aquel zaguán del Caribe, el patio interior que era más bien medio patio y que se completaba en la casa siguiente. Era una casita de la calle Sucre, en una ciudad también costera del oriente venezolano.

Aquella casa fresca pero cálida, donde naciera hace cincuenta años, no quedaba a orillas del mar como esta casa, más bien se encontraba en una zona céntrica de la pequeña ciudad a orillas del mar caribe, donde soñó alguna vez morir de viejo, ser enterrado sobre el patrimonio de sus padres, del que acabó huyendo, dejando las cenizas de sus padres esparcidas en el patio de la vieja casa, alrededor de la mata de guayaba. Dejándolo todo menos un perro, un par de libros y una maleta de mano, atiborrada de ropa y documentos legales.

Aquella noche lloró desde la madrugada, arrodillado sobre el piso polvoriento, hasta que un pálido rayo de sol alumbró sus manos torcidas sobre el piso, como garras de gallo y alumbró también el revólver incandescente. Lloró sobre la foto de su vieja casita, sobre el recorte de periódico y la página de la Biblia abandonada.

Antes de partir, Olsen marcó una segunda equis sobre el mapa, pero ahora sobre la vieja casita de piedras que encontró junto al mar. Salió de la casa, destrabando la puerta y dejándola abierta para que entrase el aire puro, para que entrase libremente. Del otro lado de la avenida un auto rojo estacionado le recordó el suyo frente a la iglesia, pero este parecía apuntarle la dirección que debía tomar. Caminó hacia el norte por el borde de la carretera buscando Playa Bellevue, caminó por

unos doce minutos, hasta dar con el bar, similar a uno en el que estuvo alguna vez, apenas llegó a Copenhague y que sintió sombrío y helado, como este. Extrañó más que nunca el mar del Caribe, la arena tibia, el sol por encima de las palmeras que sombreaban las huellas profundas de sus pasos. Aquel bar en medio de la nada, construido con las tablas que naufragaron, con los listones de madera opaca, de madera muerta, casi fósil, que a menudo flotaba entre las olas. Un bar, como cualquiera de aquella cálida región, levantado a una distancia media entre la carretera y la orilla. Aquel sitio caótico y plácido que abría el portal a un mundo distinto, uno que no se exhibe ante cualquiera y que solo se configura al cruzar la puerta. Algo imposible visto desde afuera, desde donde no se puede apreciar que el fondo del bar, su patio, es también la orilla de la playa. Ahí recibía Olsen su incesante bautizo de agua salada, la que salpica al chocar contra las pocas piedras de la orilla. Aquel bar oscuro por la ausencia de bombillas, no tenía la oscuridad plomiza y tenue de la costa en la que ahora se encontraba. La percibió ahora como una oscuridad cálida, casi cómplice.

Abrió la puerta sonreído, recordando esta vez el bar de su ciudad natal, del que tantas veces sacara a su padre a rastras, enorme y pesado, y del que luego lo sacaran a él, años después, aún más pedante, aún más ebrio. Extrañó la cerveza ligera, dorada, fría contra el calor sofocante. Extrañó a Yesenia, con su piel tostada y suave. Carne pura contra sus huesos lentos y temblorosos. ¿Por qué no habría aceptado venirse con él?

Casi todos miraron a Olsen, dentro de aquel frío y gris bar de la costa danesa. Una barba escasa acompañaba su aspecto lunático, el peso del acero fulminante se tambaleaba a un costado de su bata, unas medias de vestir rojas, opacas, casi vino tinto; unas sandalias desgastadas.

Él sujetaba la puerta aún sin cerrarla, sintió entonces vergüenza por su bata, por su barba, por sus medias. Sintió vergüenza y quiso irse, aun así dio un primer paso hacia adelante y soltó la puerta, que tardó en cerrarse el mismo tiempo que le tomara dejar de importarle su apariencia.

Un puñado de hombres en la barra lo miraron fijamente, cruzados por el rayo de luz tenue que se filtraba por la puerta. Lo miraban

mal encarados, buscando una ínfima razón para pelearse y borrarle la sonrisa de idiota con la que abrió la puerta. Olían el miedo debajo de la bata, como un tiburón danés huele la sangre o como los perros. Otros tres en una mesa a la izquierda radiografiaron su estampa y se rieron disimuladamente. Dos mujeres rubias de aspecto tosco y rostros agrietados por la sal y el tedio atendían la barra y lo ignoraron. Dos tipos casi al fondo que jugaban mal al billar, apenas si notaron que alguien había entrado. Nadie podía hacerse una idea de lo que estaba por ocurrir, ni tampoco detenerlo. Clavó su triste mirada en una pequeña puerta al final del salón, un fondo que seguramente no daba a la orilla como el bar de Yesenia. Se sentó en la primera mesa y a pesar de las miradas, fijó la suya sobre la pequeña puerta cerca de los baños. Ya estaba allí.

Hizo una seña con la mano y le sirvieron una cerveza densa, oscura y espumosa, tibia, desagradable para su gusto, pero que lo ayudaba a evadir el frío o el miedo. Tomó la cerveza de un trago y otra más. Ahora nadie lo miraba, era nada más que un hombre que bebe solo, en una mesa vacía, en un bar lleno de hombres que beben solos y vacíos. Dejó salir una exhalación profunda y vaporosa, un aliento helado que no conocía hasta hace diez años y así dejó salir también el miedo. El aire que tomó de vuelta le hinchó los pulmones de coraje, se levantó en dirección a los baños y esta vez tampoco lo miraron. No dobló hacia la derecha, sino que continuó hasta la puerta que daba al patio y que tanto miraba, la abrió y un sol plomizo dio contra su cara, dejándolo parcialmente ciego. Solo oyó las voces de los hombres, tres voces distintas, roncas y graves, que decían: «¡No puedes estar aquí! ¡Salga enseguida o le daremos una paliza!». La paliza no llegó. Pobre tipo, sintieron lástima de él, y él sintió una mano grande y fuerte que tomaba su brazo para echarlo fuera. Recobró la vista. Había unos cinco hombres en ropa deportiva impermeable, con el logo de las olimpiadas de Moscú de mil novecientos ochenta.

Dos de los hombres sostenían a dos perros ensangrentados, un perro buckskin y otro negro, que luchaban con determinación hasta que él apareciera. Reconoció de inmediato la mirada del perro negro, ese

perro provenía del linaje de Hans Olsen, los perros de su padre. Pero el bulldog se mostraba indiferente ante su legítimo creador. Un tercer hombre, que servía de juez, se encontraba dentro del foso de madera, a mitad de la alfombra verde manchada de sangre y otros fluidos. De los otros dos, uno tiritaba en la esquina más distante del cuadrilátero, entre baldes de agua, champú para perro, unos litros de leche y otros polvos, el otro sostenía su brazo a corta distancia, casi a quema ropa.

Olsen se soltó del hombre en un gesto brusco y pesado. Cuando este trató de acertarle un gancho que blandió sobre el aire frío, vino a su memoria las lecciones de boxeo de su adolescencia. Contempló aquel golpe lento, aún más pesado, gris como todo en la costa, que no hizo sino despertar el ardor oriental del triste gigantón, quien mantenía su mano dentro de la bata empuñando el revólver. Como respuesta, alzó apenas el brazo, doblando el codo en forma de triángulo y en un movimiento de muñeca, develó el revólver a nivel de la cadera como los cowboys de los western que veía de niño.

El hombre que lo sujetara, retrocedió y trató de convencerlo inútilmente de no apelar a la violencia: «¡Calma amigo, no es para tanto, baja el arma!» Gritó en danés, pero esta vez Olsen no quiso entenderle ni una palabra.

A pesar de la tosquedad de los daneses y las frecuentes peleas a puño en los bares, no era común llevar un arma de fuego en aquella ciudad.

Los hombres le eran extraños a Olsen y él a ellos. Quizás llegaran a pensar que la guerra que se libraba en fronteras no tan lejanas, había de alguna forma tocado a su puerta, pero no. Olsen solo quería al perro negro. Sacó el recorte de periódico y señaló al perro que aparecía en la fotografía, con un titular de un mes atrás que decía: «Allanamiento a Bar de la Costa por Peleas de Perros». El perro de la fotografía era idéntico al que estaba frente a él, bañado en sangre, pero no para Olsen. Los hombres dijeron que el perro de la foto habría sido puesto a dormir por Protección Animal y sintió como las rodillas se hicieron un poco más frágiles debajo de su enorme cuerpo, sintió un retorción en

el colon y el corazón dando latidos disparatados que lo hicieron toser. Reconoció en el perro negro ensangrentado la mirada de Lucky, el perro negro de su escritorio. Aquel perro era sin duda un perro Eli como el suyo. Esa mirada que transmitieran sus ancestros, su abuelo y su padre, se encontraba ahora en este perro sin nombre, en este perro negro ensangrentado.

Reconoció lo poco de dignidad que le quedaba, la poca felicidad, el último vínculo con su padre, el único bien de la vieja casa de su infancia, la estirpe de perros de pelea que tuvo en su patio durante cuarenta años, a los que su padre amara indomablemente. Lucky, hijo del Champion Olsen's Lupus, nieto del 2xW Olsen's Rudo y bisnieto de Rancherita's Little Gator (ROM), quien fue descendiente directo de Boudreaux Eli (2xW), aquel bulldog devastador. Todos, ancestros de sus perros y de este que tenía frente a él, el último de la estirpe.

Volvió al sitio en cuestión de segundos, aún con los ojos desorbitados y apuntó al hombre del mono azul. Acompañado de un gesto de alivio, le soltó dos disparos secos, el hombre encorvado cayó de rodillas sobre el charco de sangre negra de los perros, en igual posición a la de Olsen en la vieja casa de piedra. El hombre soltó al perro y se desplomó de inmediato, con la boca abierta y los ojos, desorbitados, de un blanco sucio. Murió al instante. Uno de los balazos había dado en la mandíbula y el otro en la columna, tras cruzar el vientre profundo. Se confundió su sangre oscura con la sangre del perro sobre el mono azul impermeable. Los otros cuatro hombres caminaron despacio y de espaldas lejos de la puerta, apuntados por Olsen. El perro negro se acercó a él tembloroso y débil pero sin temor, triunfante del combate.

Magnus, salió del bar con el perro entre brazos, con la sangre del perro y del hombre sobre su bata, con el arma en la mano, con todos los testigos a su espalda, mirando en silencio y con asombro, la fría y lenta marcha del hombre que se aleja, con la fotografía de su vieja casa en el bolsillo, murmurando un versículo bíblico:

«A mí me corresponde tomar venganza; ¡En su momento caerán, y les daré su merecido! Ya se acerca el día de su aflicción; ¡pronto viene lo que les tengo preparado!».

Levítico 19:18

Extendió una sonrisa en su rostro, sintiendo que caminaba sobre aquella arena tibia una vez más, bajo el sol que le quemaba los huesos, bajo las sombras hermosas de las palmeras, imaginando a Yesenia, a lo lejos; esperando a un lado del carro rojo, estacionado frente a la iglesia de San Andrés, donde se encontraba Hanne, nerviosa, acompañada de la policía de Copenhague, al oeste de la vieja casa de Skovshoved, en aquel triángulo invisible que formaban los puntos rojos sobre el mapa y que era para Magnus, el triángulo de las Bermudas de aquel mapa que le regalara su padre, ejerciendo sobre él un magnetismo desconocido, una succión oscura hacia las profundidades.

Cómo pasar desapercibida en un atraco

Clara Isabel De Lima Castillo

Sin importar la hora, el lugar o quien vaya a atracarte, viste siempre de colores neutros. No te maquilles, pero péinate. Si usas lentes, pónelos, pero quítate cualquier accesorio. Lleva un morral, en vez de cartera, y zapatos de goma.

Cuando salgas de casa, deja que cierta malicia te envuelva cuando camines por las calles de Caracas. Cambia la cara, acelera tus pasos, mejora tu saturación de oxígeno con respiraciones profundas. Tu actitud te camufla con la masa humana que va emitiendo un zumbido constante hasta Plaza Venezuela.

Si tienes que tomar el transporte público, ve en camioneta y no en metro, es más rápida. Pregunta la tarifa antes de subir y di en voz alta, sorprendida: «¡¿Subió tanto?!». Paga solo una parte, no todo. Preguntata en voz alta: «¿Alguien tiene para completarme el pasaje?». Espera a que una mano anónima te pase un billete desde la cola de gente a tus espaldas. Limpia el sudor de tu frente, suspira y di «¡Ay, Dios!» por las desconocidas razones por las que todo el mundo lo dice.

Sube a la camioneta y siéntate en los primeros asientos. Están ocupados. Siéntate en la segunda o en la tercera fila. Están ocupados. Ubica de un vistazo el asiento disponible más cercano: hay dos a la mitad del

autobús, uno junto a un señor que desparrama su gordura hasta la mitad del puesto libre, otro junto a una señora que tiene el mismo corte de cabello de tu mamá. Elige a la señora. Sonríele. Espera pacientemente a que todos los pasajeros suban. Son muchos. El aire se va calentando. Sigue esperando. Hay tantos que algunos deben apoyar las nalgas en las esquinas de los asientos. No veas al hombre que se apoya en el asiento de enfrente. No veas a nadie. No saques tu teléfono.

Abraza tu bolso, deja caer la cabeza hacia atrás y descansa durante el recorrido. No te duermas. El ronroneo del motor te envuelve y la luz que entra por las ventanillas opacas dibuja formas rojas en el interior de tus párpados. No te duermas. Activa el estado de alerta, ese que te permite medir el tiempo en función de las estaciones sin nombre que van quedando atrás. Haz un repaso mental de las posibles cosas que harás al llegar:

1. Saludar personalmente a todos los del equipo y hablar diez minutos con cada uno.
2. Entrar a la oficina sin saludar a nadie y perder treintaicinco minutos en Instagram.
3. Entrar a la oficina sin saludar a nadie y escribir la misma lista de pendientes que has pospuesto desde la semana pasada.

Siéntete culpable y dite a ti misma que hoy sí harás todas esas cosas de tu lista, sin falta. Tu instinto te dice que ya estás a medio camino. Puedes relajar los músculos, tararear una canción de tu infancia, dejar que los rayos de sol calienten tu rostro.

Alguien grita.

Te has quedado dormida.

Alguien grita.

Las imágenes son borrosas por el sueño. Una mano sostiene una pistola negra en el aire. No entiendes nada. Con los ojos muy abiertos,

sigues el recorrido del brazo que sostiene el arma y reconoces al hombre que antes tenías enfrente. «¡Controla allá 'tras, mamagüevo!», y señala a alguien a tus espaldas. El grito viene del fondo. Ves a un segundo hombre apuntando a los pasajeros de la última fila. Alargas tu cuello para poder ver al hombre armado número uno que está de pie entre los primeros puestos.

«No hagas contacto visual!». La señora que tiene el corte de tu mamá te jala del brazo. No puedes dejar de ver los ojos marrones del hombre armado número uno. Son ojos amables, parece un ser humano corriente, pero las groserías y las amenazas que salen de su boca distorsionan sus rasgos. Le apunta al conductor y le dice que tome la salida de la izquierda, que acelere, que siga subiendo.

«¡No hagas contacto visual!». Desvías la mirada hacia la ventana. El paisaje va cambiando, no lo reconoces. Conducen por un viaducto estrecho y sinuoso que desemboca en un terreno rústico, alrededor de una pequeña loma. Está cubierta de casitas de ladrillo con techos de zinc, pintadas de verde, de amarillo, de rojo y de azul. Hay gotas de lluvia deslizándose por el cristal.

El hombre armado número dos empieza a pedir zapatos y a meterlos en bolsas negras. Un anciano tiene problemas para desenredar el nudo de sus trenzas. El hombre le arranca el calzado torciéndole el pie. El anciano pega un alarido. Crispas el rostro. Tomas el brazo de la señora que se parece a tu mamá. Ella envuelve tus manos con las suyas y susurra un padrenuestro. «Señor, protege a esta niña y a mí, Señor, protégenos». Piensas que ya no eres una niña, que ya tienes edad suficiente para morir. Recuerdas el viaje a la playa que hiciste con tus padres el fin de semana pasado. La calidez de la costa en tu mente se suma al calor asfixiante de la camioneta en la que estás atrapada.

El hombre armado número dos hunde el brazo en el maletín del gordo que ocupa puesto y medio. El cuero sintético rechina cuando se aplasta contra el respaldo. El hombre armado saca una resma de exámenes, los lanza y le da al señor un cachazo en la frente brillante. El asiento ya no rechina.

El hombre armado número dos pide las carteras y los bolsos. Trata de recordar qué cosas de valor llevas contigo. Esconde tu teléfono debajo de la silla de adelante. Es arriesgado, pero él no te ve. No estás segura de si está puesto el modo «no molestar». Si no lo está, hay dos posibilidades:

1. Que nadie te llame, que nadie te escriba, que el hombre no busque debajo de los asientos.
2. Que el teléfono suene justo en ese momento, la alarma de la pastilla, tu jefe llamando para preguntar por qué no has llegado.

En el segundo caso, los hombres armados uno y dos se pondrán nerviosos. Te exigirán que les entregues el teléfono. Se habrá deslizado por el suelo y no podrás alcanzarlo. El teléfono seguirá sonando. Harás contacto visual con el hombre armado número dos. Él perderá los nervios. Todo pasará muy rápido.

Varias veces has soñado que te disparan. En todas las pesadillas has sentido un terrible frío. Frío y falta de aire. Luego calor y humedad. «No pasa nada, niña, estás bien, estás bien», dirá la señora con la voz de tu madre. De pronto ya no escucharás su voz ni ningún otro sonido, no sentirás miedo, no sentirás nada.

Los hombres bajarán con los bolsos llenos, pero tú no los verás. La señora llamará a tu mamá desde tu teléfono. El conductor irá hasta el Pérez Carreño, el hospital más cercano en esa dirección. Los pasajeros te rodearán, te llevarán en brazos por la calle hasta los pasillos de la emergencia. Todos ellos percibirán un leve olor a muerto al entrar, pero ninguno lo dirá. Luego llegará el perfume de tu madre. Es lo único que sí podrás percibir.

Pararán el sangrado, harán radiografías. La bala podría haber entrado y salido de tu cuerpo en un encuentro fugaz e inofensivo con la muerte, o no.

No. Nadie llama, nadie te escribe, el hombre armado número dos no busca debajo de los asientos. Pero ve en tu dirección. Se acerca a ti.

Ves tu rostro en sus ojos. Estás confundida. Sientes un miedo que no sabes si es tuyo o de él. Si es tu miedo en sus ojos o si es su miedo en los tuyos.

La señora se quita los tacones bajos y te toca un pie dándote una orden maternal. Ambas dejan los zapatos en el piso, con la punta asomándose en el pasillo, pero el hombre armado número dos no los toma. Te preguntas por qué.

El hombre armado número uno le da instrucciones al conductor para que se acerque a una casa azul al final de una curva. Los dos hombres se bajan del vehículo aún en movimiento con los bolsos llenos.

El conductor sale del laberinto de ranchos con dificultad y devuelve la camioneta a la autopista. Todos los pasajeros dan gracias a Dios, lloran, ríen. Tú no. Abraza a la señora, aunque no sea tu mamá. Ella te frota la piel erizada y te besa la frente. Ahora también lloras. Ella se agacha y te pasa el teléfono. Escribe en el grupo familiar de WhatsApp: «Acaban de atracar la camioneta. Estoy bien. No me llamen». Escribe rápido, con discreción, no sabes si aún queda un hombre armado número tres en el autobús.

El conductor retoma su ruta. Va dejando gente en paradas improvisadas. El anciano baja con sus medias blancas y lo ves cojear por el cemento mojado hasta que desaparece en el interior de un restaurante de comida china. La señora y tú bajan juntas, completas, con todas sus pertenencias. Dale las gracias. Pregúntale su nombre. Haces lo primero, pero no lo segundo. La ves caminar calle arriba. Piensa que no la verás más nunca. Pregúntate qué fue lo que te salvó, si fueron sus rezos o sus advertencias, si fue una pequeña dosis de suerte o la ambición ya satisfecha de aquellos hombres. ¿Cómo se pasa desapercibida en estos casos? Puede que solo haya sido ese puesto a la mitad de la camioneta. Haberte sentado a su lado, ella y tú, como madre e hija.

Mega-Apagón

Juan Rodrigo Urso Arteaga

Cierto domingo de 2019. Urbanización Las Palmas, 3:35 p.m.

Tomás realiza un trabajo de Escritura Creativa para el colegio. Se trata de un cuento realista. Ha pasado todo el domingo tecleando en su computadora. Hubiera preferido ir a la playa o a la montaña. Se siente fastidiado, pero ya le falta poco para terminar.

Cuando termina su relato escribe la palabra FIN. Respira aliviado. Solo falta hacer click en el botón GUARDAR COMO y listo.

Justo en ese momento, el monitor se apaga.

Por quinta vez en la semana, ha fallado el servicio de electricidad.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 3:37 p.m.

Desconcertado, Tomás se dirige a la cocina. Allí su madre está preparando el tardío almuerzo dominical. Sopa de vegetales con pollo.

—Nos quedamos sin luz otra vez —dice la madre—. Debe ser otra falla general, porque yo pagué el servicio eléctrico hace poco.

El joven se siente frustrado.

Sin electricidad no podrá utilizar el internet.

Y la batería de su celular se acabará eventualmente.

Siente alivio porque su tarea no debe haberse perdido completamente. El programa en el que la redactó dispone de salvado automático en caso de algún contratiempo.

Para el muchacho, que es adicto a la conectividad tecnológica, la falta de servicio eléctrico es una tragedia.

Entonces, Tomás piensa en otras personas que deben estarlo pasando peor. Gente que debe haberse quedado encerrada en el ascensor.

Personas que deben haberse quedado atrapadas en los vagones del Metro. Pacientes que deben haberse quedado a oscuras en medio de una operación.

Qué domingo de mierda.

Domingo, Estación Los Símbolos, 3:35 p.m.

Julio, un padre de familia, regresa de su trabajo utilizando el Metro. Viaja de pie. Se apretuja contra los cuerpos de hombres y mujeres que abarrotan el vagón.

Las tenues luces de la unidad de transporte parpadean.

El vagón carece de aire acondicionado. Julio respira con dificultad. El aire apesta a cuerpos sudorosos, a crónica falta de higiene.

Y todavía le faltan tres estaciones para llegar a su destino.

El tren se detiene en la estación Los Símbolos. Abre sus puertas y Julio es arrastrado hacia afuera por la marea de gente que desembarca. Rueda por el suelo y lo pisotean.

Con mucho esfuerzo, logra ponerse de pie para regresar al vagón.

Entonces, de repente, no ve nada.

La luz se ha esfumado

Inmediatamente, escucha gritos de pavor y de indignación. La gente grita, sale de los vagones.

La estación comienza a iluminarse con múltiples linternas de teléfonos celulares. Julio suspira y se une a la marea de gente que sale de la estación.

Algo le dice que el servicio eléctrico no volverá pronto...

Algo le dice que, en las próximas horas, el Metro no se moverá ni un milímetro.

Domingo, alrededores de Palo Verde, 3:35 p.m.

Moraima vuelve del Centro de Salud Integral donde trabaja como enfermera. Está ubicado en el Barrio El Nazareno de Petare, en el extremo este de la ciudad de Caracas.

Ha tomado dos buses para llegar a la estación del Metro.

Realiza una larga fila para adquirir el boleto. Aborda el tren, hacinado de gente sudorosa. El vagón carece de aire acondicionado. Sus luces parpadean tenuemente.

El tren arranca, avanza un minuto o dos... y se detiene súbitamente. Violentamente.

Inexplicablemente.

La gente cae como fichas de dominó colocadas unas al lado de otras. Cuerpos masculinos y femeninos caen unos sobre otros.

La luz desaparece del vagón y de la estación de Metro de Petare.

Se oyen gritos de dolor y confusión, Moraima intenta quitarse de encima a dos señores cincuentones que van vestidos con el uniforme de LEONES DEL CARACAS BÉISBOL CLUB y tienen aliento alcohólico.

El vagón se queda inmóvil en medio de la oscuridad. Se encienden las linternas de los celulares.

Moraima se zafa de los beisboleros. Solo queda esperar a que vuelva la electricidad y el tren avance nuevamente.

Pasan los minutos y la paciencia colectiva va desapareciendo. El tren se convierte en una jaula oscura donde es casi imposible respirar. El calor es insoportable.

Empiezan los forcejeos y empujones. Los pasajeros se gritan unos a otros. Moraima trata de aislarse en sus pensamientos.

Realiza algunos ejercicios de visualización que le enseñó una psicóloga.

Cierra los ojos.

Una parte de su mente se ve a sí misma en las templadas colinas de un pueblo de Suiza. El clima es fresco. Las montañas son verdísimas. El silencio es perfecto.

Entonces, siente un empujón y una mano que le palpa el trasero. Abre los ojos.

Imposible saber quién fue en la oscuridad.

Además, la parte consciente de su mente no puede ignorar el hecho de que le faltan diez estaciones para llegar a la estación de transición, lugar donde tomará el tren que la llevará hasta su casa.

En condiciones normales, es hora y medio de recorrido.

Qué domingo tan largo.

Domingo, Jardines de Coche, 3:35 p.m.

Lucía, una niña de nueve años, está en casa de su tía. La tía aún no ha llegado del trabajo. Así que la acompañaban su abuela Pola, tres gatos siameses (Pepa, Pepito y Manchitas) y un perro bizco de raza pincher llamado Mackoy.

Lucía intenta distraerse viendo TV. Pero ningún canal le divierte en realidad. Por alguna razón, en la tele de la tía no hay canales infantiles.

Apaga el televisor.

Decide ponerse a dibujar, pero se fastidia rápido.

Luego, se pone a leer algunos de los viejos libros infantiles que tiene su tía. Están mohosos, amarillentos. No huelen muy bien.

Entonces, aprieta el botón para volver a encender la TV. No enciende.

—¿Se fundió? —se pregunta Lucía asombrada.

En ese momento, los vecinos gritan indignados, quejándose por la falta de servicio eléctrico.

—¿Se fue la luz? —pregunta desde su habitación la abuela Pola, quien está desde hace dos años postrada en su cama.

—Sí abue... —responde Lucía.

Lucía recuerda que la maestra de Religión le dijo que cuando sucediera algo malo, le rezara al Divino Niño Jesús. Así, las cosas retomarían el camino del bien.

Lucía se queda una hora rezándole al Divino Niño Jesús... pero el servicio eléctrico sigue por el camino del mal.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 6:25 p.m.

Tomás lleva horas en la cama, viendo el paisaje por la ventana.

El cerro Ávila decora a la ciudad...

Y la luz del sol que se va apagando... al igual que la esperanza de que la luz y el servicio de internet regresen.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 6:35 p.m.

Ya casi ha oscurecido. Brilla un último rayo de sol sobre el Cerro Ávila. Tomás está tirado en su cama, haciendo nada.

—Hijo, por favor, bota la basura —le dice su madre.

Resignado, toma la bolsa de desperdicios y sale a la calle.

Tras dejar la basura en su lugar, se queda viendo la calle oscura y solitaria...

Una cuadra más arriba percibe a una figura humana estática que observa la calle. La silueta pertenece a Manuel, un chico de 15 años que es amigo de Tomás y vive cerca de su casa.

—Manuel... —lo llama Tomás.

Manuel lo saluda de vuelta y se acerca a él.

—¿Qué hacías ahí parado? —pregunta Tomás.

—Es que quiero llegar a mi casa... pero está todo muy oscuro y me da miedo...

¿Puedo subir a tu apartamento para llamar a mi madre y decirle que me venga a buscar?

—Claro. Está bien —dice Tomás.

Ambos chicos suben al apartamento de Tomás usando las oscuras escaleras del edificio.

Domingo, Estación Petare, 6:35 p.m.

Moraima y el resto de los pasajeros logran finalmente salir del vagón.

Las personas han forzado las puertas, ante la ausencia de funcionarios acreditados del Metro.

Caminan por el oscuro túnel y llegan a la siguiente estación (La California).

La muchedumbre se moviliza alumbrando el oscuro pasaje con las linternas de sus celulares.

Algunos corren; otros trotan; otros caminan.

Incluso, algunos que se desmayaron ante la falta de aire, son llevados en brazos por salvadores solidarios.

Cuando Moraima llega a la superficie, en la Avenida Francisco de Miranda, está bañada en sudor.

Aprecia más que nunca el aire libre...

Comparada con el túnel oscuro y sin aire del Metro, esto parece Suiza. Pero no lo es...

La avenida está llena de personas. No hay espacio para los automóviles. En Caracas es usual que la gente trabaje o se divierta en el este, pero viva en el centro, el oeste o el sur.

Ahora Moraima tiene que ir hasta su casa. Pero sin el Metro tendrá que caminar unas cuatro horas.

De noche... y en una ciudad sin luz.

Domingo, Jardines de Coche, 6:40 p.m.

Lucía ha dibujado todos los animales que conocía.

Ha jugado con todos los animales que viven en la casa.

Ha leído todos los libros que le podían interesar; el resto son libros sin ilustraciones que no le llaman la atención.

El cielo está oscuro. Su tía no regresa. Lucía se pregunta:

«¿Le habrá pasado algo a mi tía?».

Comienza a asustarse. Además, ¿quién le preparará la cena? Su abuela, de 93 años de edad, está postrada en la cama.

En casa de la tía no hay cosas fáciles de preparar, como cereal con leche o pan de sándwich con queso o jamón. En el refrigerador solo hay vegetales y huesos para sopa.

Comienza a rezarle otra vez al Divino Niño Jesús... pero nada que vuelve la luz. Los gatos han salido por la ventana de la sala del apartamento, que está ubicado en la planta baja del edificio. Juegan y retozan en el jardín.

Y Lucía, para no sentirse sola, agarra al perro Mackoy y se acuesta junto a su abuela en la cama.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 7:00 p.m.

Manuel lleva media hora llamando a su madre sin obtener respuesta. Tomás está impaciente. Su celular tiene poca batería. Y aunque desea ayudar a su amigo, le fastidia que la escasa energía que le queda al aparato se gaste en llamadas sin respuesta.

En ese momento, oyen la puerta del apartamento abrirse.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 6:58 P.M.

Julio está a punto de llegar a casa, después de caminar durante horas. Le alivia haber escapado de las calles desbordadas de gente.

Gran parte de las personas no tenía modo de regresar a casa, dada la inoperatividad del Metro.

Por el camino, Julio vio gente llorando a las afueras de un hospital.

Vio carros de bomberos y ambulancias tratando de abrirse paso entre el mar de gente que saturaba las avenidas.

Vio a un ladrón huir de sus perseguidores en medio de la oscuridad citadina.

Caos urbano.

Anarquía dominical.

Julio solo quiere llegar ileso a su apartamento. Y está a punto de lograrlo.

Baja por la calle que conduce a la entrada de su edificio. La oscuridad es casi total.

En medio de la penumbra no se percató de la presencia de Canelo, un perro callejero de la zona. De repente, siente que aplasta algo suave. Escucha el aullido de dolor del can. Seguidamente, Julio recibe una feroz mordida en la pantorrilla

—¡Maldito perro de mierda! —grita Julio. Su voz resuena en la calle oscura y desierta. Algunos vecinos se asoman por las ventanas. Ninguno le pregunta qué pasó.

Julio se toca la pantorrilla. Siente que está sangrando bajo la garterina del pantalón. Sigue maldiciendo en voz baja y camina cojeando hasta la entrada del edificio.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 7:01 p.m..

Tomás oye la puerta abrirse, va hacia ella junto a su madre y consigue a su padre sudoroso, con cara de amargado.

—¡Por fin llegaste! ¿Cómo te fue? —pregunta la madre.

Julio la ignora y se sienta en el sofá, levanta la bota de su pantalón revelando la sangrienta mordida que le hizo Canelo. Su esposa se lleva las manos a la cara sorprendida y le dice a Tomás que consiga alcohol y algodón rápidamente.

Manuel, que sigue intentando comunicarse con su madre, oye la llegada de Julio y va a la sala para saludar. Pero al encontrarse al señor con la pierna sangrando se siente aún más incómodo.

Transcurren algunos minutos. Cuando al teléfono de Tomás le queda apenas 10 por ciento de batería, la mamá de Manuel por fin contesta.

—Estoy en casa de Tomás. ¿Me puedes buscar, por favor? —le ruega Manuel.

—Hijo, a la moto le queda apenas un cuarto de tanque. Busqué llenarlo en varias estaciones de servicio, pero no conseguí combustible. Hay rumores de que no llegará gasolina, sino hasta finales de la semana que viene. Creo que es mejor guardar la que nos queda para los próximos días, por si tenemos alguna emergencia —explica la mamá de Manuel.

Manuel le cuenta a Tomás lo que su mamá le acaba de contar sobre la moto y el combustible.

—¿Me puedes acompañar a mi casa? —le pide Manuel a Tomás.

—Pudimos haber hecho eso antes... —dice Tomás.

—Sí... —responde Manuel, desconcertado.

—Bueno, vamos... —dice Tomás.

Tomás y Manuel salen del edificio. El trayecto no es muy largo ya que viven a diez minutos de distancia, caminando. El problema es que a mitad de camino hay un barrio con fama de cierta peligrosidad.

Los chicos van sin ningún objeto de valor. Caminan rápidamente, sin hablar.

Cuando llegan a la mitad de camino, son iluminados por una gran fogata que brilla en la entrada del Barrio Los Manolos. El fuego crepita sobre un montón de ramas y hojas secas. La vía se ve iluminada y el entorno parece menos peligroso.

Igualmente, los muchachos adelantan el paso y continúan hasta el edificio de Manuel, ubicado en la entrada de la Urbanización La Colina. Una vez allí, la madre de Manuel les abre rápidamente la puerta. Ella abraza y besa a su hijo.

—¡Ay, Manuel, me tenías preocupado! ¡Gracias, Tomás, por acompañarlo hasta acá!

—No es nada —contesta Tomás.

—Eso debe estar muy oscuro. Mejor te llevo en mi moto —le ofrece la señora a Tomás.

—¿Pero no querías guardar la gasolina, mamá? —pregunta Manuel, confundido.

—Sí, por eso te dije que le pidieras que te acompañara —responde la madre de Manuel. Los jóvenes se miran en silencio.

—¡Bueno, Tomás, vamos rápido!

Domingo, Urbanización Las Palmas, 7:24 p.m.

Tomás llega al apartamento.

Su madre está terminando de curarle la herida a su padre. Le ha aplicado alcohol y solución antiséptica. Además, le ha puesto una gasa clínica.

Y mientras su esposa lo atiende, Julio no para de hablar sobre cómo debería darle comida envenenada al maldito perro Canelo.

Domingo, Estación de Plaza Venezuela, 8:35 p.m..

Moraima caminó un par de horas hasta llegar a la estación de Plaza Venezuela, el lugar que marca el centro geográfico de la ciudad de Caracas.

Se sienta a reposar en un banco.

Inhala y exhala buscando calmarse. Intenta hacer la visualización que le recomendó la psicóloga. Intenta imaginar que se encuentra en un hermoso bosque templado de un micro estado súper pacífico, estilo Principado de Andorra o República de San Marino.

Pero no le sale.

Para llegar a su casa aún le falta caminar otras dos horas. Pero siente que si da un paso más sus pies explotarán.

En los alrededores, suenan bocinazos de conductores desesperados que intentan abrirse paso entre el gentío que aún camina por las vías oscuras.

Desbarajuste caraqueño.

Entropía tropical.

Moraima decide llamar a su hermana quien, afortunadamente, vive cerca.

Le avisa dónde se encuentra y le pide que la deje quedarse en su casa esa noche.

Domingo, Urbanización Las Palmas, 8:35 p.m.

Sierra observa el paisaje nocturno y piensa en la cantidad de estrellas que son visibles cuando la ciudad entera no tiene luz; le encuentra un lado bueno a la situación. Pero su pequeño instante de paz es interrumpido cuando su celular comienza a sonar.

Se trata de su hermana Moraima.

—¡Mora! ¿Cómo estás? ¿Cómo te agarró toda esta situación?

Moraima le cuenta el incidente en el Metro. Le relata cómo tuvo que caminar por toda la ciudad a oscuras. Le narra cómo casi se partió una pierna al caer en una alcantarilla rota. Le describe cómo vio a la gente desesperada en las calles.

Finalmente le informa que está en Plaza Venezuela, a unos 15 minutos de su casa y le pide quedarse esa noche en su casa.

—¡Contéstame rápido porque no me queda mucha batería en el teléfono! —dice Moraima.

—¡Claro que sí Mora, no te preocupes! —dice Sierra y cuelga la llamada—. ¡Julio! ¡Tomás! ¡Por favor vayan a buscar a la tía Mora! ¡Está en la entrada de la Estación del Metro de Plaza Venezuela!

Domingo, Jardines de Coche, 9:00 p.m.

Lucía se despierta y al abrir los ojos solo divisa oscuridad. Mackoy, el pincher bizzo, sigue en sus brazos. La abuela continúa dormida a su lado. Lucía se levanta y va hacia la sala. No hay rastro de su tía. Los gatos siameses (Pepa, Pepito y Manchitas) se acercan a ella maullando por comida. Al darse cuenta de su situación, Lucía no aguanta y comienza a llorar. Vuelve junto a su abuela y la abraza fuerte.

—Abuela, la tía no llega. ¿Qué le habrá pasado? La abuela despierta.

—Tranquila Lucía, no pasa nada... —dice la nonagenaria.

En ese momento alguien toca la puerta, Lucía sale corriendo creyendo que es su tía.

Pero al abrir se encuentra con una vecina.

—Hola... ¿Tu tía no está? —pregunta Carola.

—No... —responde Lucía, secándose las lágrimas.

—¿Ya cenaron?

—No...

—Tengo unas arepas que me sobraron ¿Quieres que te las dé para ti y tu abuelita?

—¡Sí! —exclama Lucía.

—Bueno, ya vengo...

Domingo, Avenida Principal de Las Palmas, 9:25 p.m.

Julio y Tomás deciden ir a pie. Tienen el mismo problema de la mamá de Manuel: debido a la escasez crónica de gasolina dejan el viejo Peugeot 206 en el estacionamiento.

Transitan la oscurísima Avenida Principal de Las Palmas. En Las Palmas Norte, la arteria vial desciende en una pendiente de 45°. En Las Palmas Sur, cerca de la Avenida Libertador, la pendiente se vuelve mucho más suave. A ritmo de pasitrote, Julio y Tomás llegan en diez minutos a la estación del Metro de Plaza Venezuela.

Allí, en un banco, les espera Moraima. Ella los saluda, aliviada. De vuelta, la fácil bajada se convierte en empinada subida.

Moraima, que está exhausta por el recorrido anterior, da cada paso con dificultad. A mitad de trayecto se tienen que detener. Moraima respira hiperventilada.

—¿Estás bien, cuñada? —pregunta Julio.

—Sí, cuñado... Solo necesito descansar un poco.

Se ponen a charlar en plena oscurana. Platican sobre temas evasivos, como las películas de súper-héroes.

—En la noche más brillante... en el día más oscuro... no, espera ¿Cómo decía Linterna Verde? —pregunta Mora.

—Nunca vi Linterna Verde... —responde Tomás.

—A mí nunca me gustan más las de Batman —declara Julio.

—Bueno... —dice Mora, decepcionada.

Finalmente, llegan a casa caminando pasito a pasito. Sierra corre a saludar a Mora.

—Hola, hermana. Déjame sentarme. Se me van a deshacer los pies —dice Moraima.

—Mora, ya que estás aquí, hay que avisarle a Lucía que no vas a poder llegar —dice Sierra.

—Sí, llámala.

Domingo, Jardines de Coche, 9:55 p.m.

En medio de la oscuridad total, Lucía se está comiendo la última arepa con queso que le dio la vecina Carola. Está sentada en la cama de su abuela. Su abuela está recostada mirando hacia la nada, pensando en qué rápido han pasado los últimos 93 años.

El teléfono analógico de la casa suena.

Lucía no entiende cómo funciona el teléfono sin que haya electricidad. Resulta que el aparato telefónico que tenemos en casa está alimentado por una corriente continua que proporciona la central telefónica del área correspondiente. Si se produce un corte de luz, el teléfono sigue funcionando, ya que toma la energía de la central telefónica, no del suministro eléctrico general.

Lucía contesta.

—¡Aló, tía!

—¡Mi sobrina bella! ¿Cómo están tú y la abuela?

—Asustadas —dice Lucía indignada—. ¿Y cómo está mi mamá?

—Ya te la paso —dice Moraima, que no tiene ganas de hablar, pese a su preocupación.

—¡Hija mía! ¿Cómo estás?

—¡Mal!

—¿Comiste? ¿Cómo está tu abuela?

—La vecina Carola nos dio unas arepas.

—¡Ah, menos mal! Hija, tu tía no va a poder llegar esta noche a la casa. Irá mañana con tu hermano y tu papá. Llama si necesitas algo.

—¡Necesito que vengan!

—Ay mi niña... tranquila, mañana nos veremos. Acompaña a tu abuela.

—Sí...

Lucía cuelga el teléfono. E inmediatamente vuelve a sonar.

—¿Qué?

—¿Le diste de comer a mis animales? —pregunta Moraima.

—Ya voy.

Lucía cuelga y se dirige al cuarto. Encuentra a Mackoy, Pepa, Pepito y Manchas repartiéndose la arepa que había dejado.

—¡NOOOOOOOO! —exclama Lucía.

—Tranquila, hija. Te puedes comer las mías si quieres. A esta edad, uno no tiene apetito... —le dice la abuela Pola a Lucía.

—Bueno, espero que hayan disfrutado. Ahora no les doy su comida —regaña Lucía a los animales.

Piensa que es mejor dejar el resto de las arepas para después.

La niña se pone a rezarle al Divino Niño Jesús, deseando que vuelva la luz.

—¿Qué dices Lucía? —pregunta la abuela.

—Tranquila, abue. Estoy rezando.

Lunes, Urbanización Las Palmas, 12:01 a.m.

Moraima está acostada en la cama de Sierra y Julio. Se echó en ella después de llamar a Lucía y la acaparó sin reparos.

Moraima realiza el ejercicio de visualización que le recomendó la psicóloga para calmar la mente. Se imagina en la estación de esquí de la ciudad de Vaduz, capital del Principado de Liechtenstein. Las montañas nevadas son perfectas para esquiar. Moraima esquía con destreza de atleta olímpica por esas laderas de un blanco impoluto, hasta que se queda dormida... tan tranquila, como una niña recién nacida.

Sierra mira por la ventana el cielo estrellado.

Julio está echado en una colchoneta, escuchando la radio por el celular. El Gobierno afirma que el mega-apagón es producto de un atentado terrorista que ha sido perpetrado por un grupo fascista.

Tomás duerme tranquilo en su cama, después de que su teléfono se quedara sin batería.

Lunes, Jardines de Coche, 3:00 a.m.

Lucía se despierta en la madrugada. Recuerda que no hay luz y se molesta. En la ventana suena el gotear de una lluvia que recién comienza.

Se levanta de la cama, le ruge el estómago y piensa:

«Quizás Carola nos traiga más arepas en la mañana. Voy a comerme las de mi abuela ahorita».

Va a buscarlas y le siguen Mackoy, Pepa, Pepito y Manchas.

—No, ustedes no comen por fastidiosos —sentencia Lucía.

Al terminar aquella improvisada cena de madrugada vuelve a la habitación. La abuela se despierta en ese momento.

Algunos truenos comienzan a sonar en el cielo.

—Lucía mía, tráeme un vaso con agua... y una arepa... —pide la anciana...

—¿¡Qué!? Pero si tú dijiste que me las dejabas a mí. Dijiste que a la gente de tu edad no le daba apetito —responde Lucía, incrédula.

—Bueno, pero me dio fatiga, hija... Tráeme una...

—¡Ya me las comí!

El sonido de un viento huracanado se deja escuchar desde afuera, azotando y haciendo crujir las ramas de los árboles cercanos.

—Ah... no le dejaste nada a tu abuela... pobre de mí... mi nieta... mi propia sangre me niega algo tan básico... tan mísero... como una arepa... nunca me dejan nada... nunca piensan en mí —se lamenta la anciana.

—¡Pero tú dijiste...! —grita Lucía... y el bombillo de la habitación parpadea por un segundo; a través de la ventana se iluminan brevemente los apartamentos de los vecinos.

—¡A mí no me grites! —grita la abuela

Lucía se queda mirando al bombillo que parpadea tenuemente.

Entonces, desde el cielo se deja escuchar un trueno terrible. Un estallido que parece sacado del Apocalipsis de San Juan. Un estruendo digno de una película de terror.

La luz del bombillo vuelve a apagarse.

Toda la urbanización Jardines del Valle vuelve a quedar a oscuras. Mackoy ladra asustadísimo. Los gatos maúllan con un miedo de muerte.

Se desata una tormenta de truenos y relámpagos que hace vibrar los vidrios de las ventanas. Se oyen golpes contra el suelo. Granizo de madrugada.

—Hoy como que se acaba el mundo. Ya era hora... —dice la abuela.

Los animales saltan a la cama y se refugian entre los cuerpos de la niña aterrada y la anciana paralítica.

Lucía sigue rezándole al Divino Niño Jesús... pero parece que no la escucha.

Lunes, Jardines del Valle, 9:37 a.m.

Después de la tormenta el sol ha salido en un cielo sin nubes.

Se abre la puerta del apartamento. Ingresan Moraima, Julio y Tomás.

Lucía se ha levantado al oírlos entrar. Tiene los ojos enrojecidos y unas profundas ojeras.

La niña contempla a su papá, a su hermano, a su tía. Los mira como criaturas recién salidas de uno de sus sueños.

—Por fin llegaron... —dice la niña.

—Sí —dice Julio—. Vinimos a buscarte, hija. Moraima abraza a su sobrina. Le pregunta:

—¿Por qué tienes esa cara? ¿Y tu abuela? ¿Y dónde están los animales? ¿

—No dormí bien. Los animales están durmiendo en la cama con la abuela. ¿Trajeron el auto?

—No, hija —responde Julio—. No conseguí gasolina. Pero nos vamos con un amigo taxista. Tiene contactos que le consiguieron combustible.

—¿Volvió la luz, papá?

Julio presiona el interruptor de la sala.

El bombillo parpadea por un instante... y luego se apaga.

Mundo Gris

Juan José Trejo Tagliaferro

En un mundo donde el cielo es cubierto por espesas nubes, la gente ha empezado a construir grandes edificaciones de hormigón crudo, sin adornos y solo buscando la practicidad, solamente gris, la gente no tenía tiempo para pensar en esas cosas, debían construir, mientras más grande mejor, mientras más rápido llegaran al cielo y superaran las nubes encontrarían aquello que buscaban, pero ¿Qué? ¿Qué es lo que buscan? Nadie lo sabe, pero nadie hace la pregunta, todos se han dedicado a hacer sus labores y nada más, vidas simples, vidas aburridas... En este mundo donde el color no existe, donde todo es blanco o negro, o sencillamente la mezcla de ambos.

Fuertes vientos soplaron aquel día en el edificio B, la helada ventisca asombró a la joven que justo iba pasando por las escaleras de afuera de aquel gran monolito de hormigón, fue tan fuerte el viento que tuvo que aferrarse a la barandilla por miedo a salir disparada por los cielos, aunque fue más un impulso que un sentimiento, una reacción tranquila, pero entonces miro hacia abajo, debajo de aquel edificio no se podía ver ya la superficie de aquel mundo, solo niebla, pero la chica vio algo, una luz resaltaba de entre las nubes y subía a gran velocidad, fue un destello blanco aquello con lo que terminó chocando, para cuando recuperó sus

sentidos no veía donde estaba aquella luz, pero cuando volteó a ver el muro detrás de ella, vio algo extraño, como su sombra, era su silueta, pero diferente, no era negra, tampoco blanca, ni ningún tipo de gris que ella hubiese visto antes, era algo brillante, vivo y extrañamente cálido a la vista, por alguna extraña sensación fuerte para sus ojos... Era un color, aunque ella no lo sabía todavía.

Por motivos desconocidos no sabía explicar las emociones que sentía después de haber visto eso, tan único y diferente, tan resaltante en aquella pared gris, que no sabía decir cuánto tiempo estuvo mirándola como un bebé mira a su madre al nacer o cuando alguien ve el mar por primera vez, perdiéndose en aquel horizonte infinito, queriendo que ese momento nunca terminara, pero debido a su rutina de trabajo tenía que regresar a su casa, dormir las horas indicadas por recursos humanos y volver al oficio. Siguió su camino, jurando que volvería, sabía que algo era diferente, que ella era diferente, lo sabía, sus emociones por aquello no se desvanecieron del todo al irse de aquel lugar, y por algún motivo que hasta el día de hoy no sabrá explicar, iba sonriendo a su apartamento, era sencilla felicidad, pero incluso esa emoción tan básica yacía dormida dentro de ella y empezaba a brotar poco a poco... Ahora conocería algo, la angustia.

Al llegar a su departamento y encontrarse con sus padres que venían a pasar las horas requeridas de sueño, estos se alertaron al ver que su hija, aquella que solo trabajaba y dormía, que no mostraba interés en nada más, y que siempre había tenido un gris claro perfecto en su cabello rizado, ahora venía con el cabello como si hubieran encendido una lámpara en su cabeza, no tenía nada que ellos pudieran conocer, y por ese motivo entendieron enseguida que debían tener miedo, cosa que nunca habían tenido en su vida pero no viene al caso.

—Hija... T-Tu cabello —Dice el padre atónito.

—¿Qué pasa con mi cabello? —La chica extrañada se acerca al único espejo del hogar que utilizan solo para arreglarse antes de salir al trabajo— Ah... Su reacción fue al principio calmada, como si aquella mujer en el espejo siempre hubiera tenido el cabello de ese color, pero pronto

se dio cuenta del problema, y su cabello brilló con más intensidad, se desesperó, gimió y luego grito.

—¿¡Que has hecho!?! —Pregunto su madre.

—¡No lo sé! Iba caminando y... Y una luz salió de la nada y luego... —enmudeció, estaba muy exaltada. Era la primera vez que estaba así, sino tan asustada como para gritar, nunca antes lo había hecho, ya que nunca había sentido la necesidad y tampoco había visto esa cara de preocupación en sus padres.

—¿¡Que vamos hacer!?! —Preguntó la madre desesperada por esta situación.

—¡No lo sé! —Exclamo el padre.

Los tres se miraron, cada uno tubo una idea diferente, la lógica fría gris que siempre habían poseído en ese hogar fue tirada por la ventana, la joven quería raparse, la madre buscó a un vecino para contarle el problema, el padre se detuvo y llamó a Recursos Humanos para que resolvieran el asunto, pero tuvo que colgar para detener a su hija de quedar calva, fue casi un espectáculo tragicómico, platos volando, gritos, sollozos, jamás habían sentido nada de esto, al final el padre agarró a su hija y ambos cayeron al suelo, pero en vez de seguir angustiados reían, tenían una gama de emociones que no podrían explicar era... ¿Diversido? No le hubieran podido dar nombre a toda esta situación aunque quisieran, fue entonces que entró la madre y un grupo de hombres, por algún motivo la madre estaba histérica y los hombres se mantenían estoicos con sus lentes negros.

—Recursos Humanos... —Dijo el padre casi como un suspiro de alivio.

—Pero... Mamá está gritándoles ¿Por qué? —Un sentimiento de incertidumbre los invadió.

—¿¡A donde dices que vas a llevar a mi hija!?! —Gritó la mujer.

—Señora, ya le dije que tenemos que poner a su hija en cuarentena, tenemos que llevárnosla—. Unos hombres detuvieron a la madre de la joven mientras que otros se acercaron y tomaron a la muchacha de los

brazos sacándola de allí rápidamente, los padres ni siquiera tuvieron tiempo de reaccionar.

—¡Ey, suéltlenme! ¡¿A dónde me llevan?! ¡SUELTÉNME! —Rugió la chica pero no sirvió de nada, solo a la lejanía escuchaba los gritos de sus padres pidiendo ayuda.

Nubes negras se fortificaban en los cielos, remolino de vecinos salieron de sus apartamentos, rompiendo su rutina diaria para ver el acontecimiento, nunca antes visto, aquello que era brillante, que resaltaba y permeaba a todo el que estuviera cerca de ese bullicio de ira, de rabia, fuerte y el violento brillo se replegaba del cabello de la joven que cada vez forcejeaba más con esos hombres, hasta que a la vista de todos lo inaudito sucedió, el miedo de esos hombres se presentó en forma extraña, era como una pelusa, una bola, pero tenía un ojo, un gran y brillante ojo, esta pelusa flotaba del cabello de la chica, de hecho, había salido de allí, como si siempre hubiese estado en él. Bostezó para luego estornudar con fuerza escupiendo un brillo hacia los lentes negros. Todos por un momento tardaron en procesar lo ocurrido, pero el hombre ya no poseía sus lentes negros, sino de un color más brillante que el de las mechas de la joven, pero menos intenso, era como un chillido que picaba los ojos y esto lo hizo reaccionar.

—Es... Es.... ¡¿UN COME-COLOR?! —Gritó desesperado soltando a la chica de inmediato y llevándose las manos a la cara tratando de arrancarle eso que le habían puesto a sus lentes.

—¡Capitán! Tenemos problemas, un agente de la superficie ha subido —Dijo el hombre que estaba a cargo de la operación a la radio que tenía en la mano.

Aunque algunos trataron de controlarse y permanecer indiferentes ante esta situación, la pelusa rápidamente, como si de un mistiquito malicioso se tratara fue chocando con todo lo que se encontraba a su paso, impregnándola de su esencia aberrante para este mundo gris y desabrido, la chica miró fascinada como nuevos y brillantes colores se abrían paso ante ella, pero las personas que eran tocadas eran un caso

de estudio para cada uno, aquellos con ese color chillón estaban claramente nerviosos y asustados, los que compartían el color del cabello de la joven tenían un comportamiento hostil, tratando de agarrar a la pelusa a como dé lugar, personas con un color profundo y fuerte parecían estar llorando y desmoronándose ante esta situación tan abrupta. La pelusa empujó a la joven que parecía embobada con tantos colores a su vista, dándose cuenta de que ya era libre para correr empezó a andar por todo el pasillo desbordante de emociones y colores, fue perseguida, enseguida por los hombres de Recursos Humanos, empezaron a subir cada piso y en todos ese mundo gris y aburrido se convertía en algo completamente distinto, la bola de pelos con un solo ojo había puesto patas arriba cada lugar al que iba mientras que la muchacha solo se dedicaba a observar fascinada aquel espectáculo del caos y el desorden, la gente gritaba, reía, lloraba, hasta bailaban o peleaban, como si una energía oculta dentro de ellos surgiera y explotara en las acciones y emociones que mostraban, era como ver una obra de arte, aunque «Arte» era una palabra que jamás hubiese podido usar esa chica para describir aquel teatro desopilante.

—¡Oye! ¿Qué eres? —Pregunto la chica a la pelusa, pero esta no respondió- ¡Supongo que no puedes hablar! ¡Me presento, soy Orphea! ¿Supongo que te llamas Come-Color? —Lo decía mientras corrían de los hombres, en el momento en que la bola escucho «Come-Color», volteó a verla y no hizo falta que tuviera un rostro completo para saber que esa mirada decía que no le gustaba ese nombre.

Todo parecía ir extrañamente bien para esta pareja hasta que empezó a ir mal, una tacleada que no pudo llegar a predecir golpeó a la muchacha, siendo atrapada sin remedio y llevada inmediatamente hacia los pisos más arriba del edificio, la pelusa solo pudo ir lo más deprisa que pudo detrás de esos hombres. La llegada a la oficina superior fue más tranquila y serena, combinando con el tono gris simple que rodeaba la estancia, dentro se encontraba un hombre que miraba al horizonte de nubes que lo rodeaban, era el jefe de la obra.

—¡Jefe!, aquí el problema del piso 72 —Los hombres dejaron con delicadeza y maestría la chica que todavía trataba de procesar el golpe que había recibido, estos sin más se retiraron.

—Has armado un gran desastre, Orphea —Dijo el hombre tras escuchar la puerta cerrarse y sin dejar de mirar por la ventana.

—Es... ¡Perdone! Pero jefe de Obras no sé qué es lo que me ocurre, algo subió desde la superficie... Creo y puso mi cabello así. —Trató de excusarse, al darse cuenta de la situación en la que se encontraba, ese hombre, era ni más ni menos el mandamás de todo este gran edificio de hormigón.

—Supongo que dices la verdad, pero me temo que tendremos que tomar medidas extremas gracias a eso que te sigue —Volteó mostrando su rostro, cuadrado y recto, cualquier facción por más perfecta que fuera palidecía ante esos ojos, profundos como el horizonte que observaba, pero con aquello que acongoja a la chica, sus ojos tenían color.

—Jefe... Usted... ¿Qué es esto? —Dijo señalando su cabello, necesitaba respuestas.

—Eso, niña, es un «Color», más específico es el color rojo intenso, la violencia —Entrecerró los ojos haciendo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Orphea al sostenerle la mirada.

—¿Violencia? —Confundida- Pero ¿Por qué? ¿Qué es un «Color» y por qué viene de la superficie? Pensaba que la superficie no existía, pero si eso viene de allí...

—Los colores son, algo que se decidió hace mucho que debíamos deshacernos de ellos, como seguro habrás observado distrae a la gente con diversas emociones y sentimientos que no necesitan para trabajar, esa “cosa” —Señalando al Come-Color que acababa de entrar lo más discretamente posible volviendo la puerta de color amarillo brillante en el proceso- Nos ayudó con ese trabajo, para que así pudiéramos completar nuestro objetivo.

—¿Objetivo? ¿Se refiere a terminar el edificio? ¡No lo entiendo!

—Quizás algún día lo entiendas —Camino hacia la entrada abriendo la puerta y saliendo al pasillo- Ahora, Señorita, sígame.

Aunque él Come-Color trató de convencerla de no seguirlo, no tuvo más remedio que caminar detrás de él por el largo pasillo, pasando por los pisos en construcción. Las obras estaban detenidas por el jaleo causado por Orphea. Debido a la falta de paredes el aire frío era más intenso y se sentía el claro aroma a humedad en el aire, el jefe de la Obra se detuvo justo en una esquina sin paredes, sin vigas, mirando otra vez a la nada en el horizonte.

—Salta.

—¿Qué?

—No puedes quedarte más con nosotros, ahora tienes color, ya no se puede cambiar —La miró a los ojos— Tienes que saltar.

—Debe de estar bromeando, ¡Moriré! —La angustia y el miedo invadieron la mente de la joven.

—Si no lo haces, tendré que obligarte a ti, y a toda tu familia a saltar —Dijo en un tono casi escalofriante, escalofriante para Orphea, antes le hubiese sonado como cualquier otro tono de voz, pero ahora siendo dominada por tantas emociones sentía el cinismo en cada una de esas palabras.

—¿¡Por qué mi familia!? —Preguntó la chica.

—Ellos te vieron y se expusieron sin protección a ti, son los más contagiados en este momento, pero pueden salvarse de compartir tu destino, ya que estás, unida al Come-Color, con el tiempo volverán a su mundo gris de siempre.

—Pero... —Conteniendo las lágrimas, y mirando al abismo al borde de aquel edificio— Usted también tiene un color en sus ojos... ¿Qué diferencia hay...?

—¿... Entre nosotros? —Interrumpió a la chica— Muy sencillo, mis ojos existen para dominar la influencia abominable del color en mí, para ser intocable a sus emociones y seguir firme en el objetivo de esta magnífica obra —Puso su mano sobre el cuello de la camisa de la muchacha— Para evitar distracciones como tú —Empujó a la chica a ese vacío de nubes al fondo de todo.

—El grito de la joven retumbó en los oídos del jefe, pero este sin más, regresó a su trabajo, mientras la chica caía al abismo, atravesando la gruesas nubes, sintiendo cómo la lluvia recorría todo su cuerpo, la adrenalina y el miedo la invadían, pensaba en todo, pero se dio cuenta, como un destello, que realmente todo lo que conocía era el trabajo en la obra, que jamás había salido ni pensado en nada fuera de ella, ni siquiera sabía si la superficie existía y ahora se encaminaba a ella con una velocidad vertiginosa, cada vez le costaba más respirar, hasta el punto en que lo último que vio antes de desmayarse fue un destello como aquel que vimos al inicio de esta historia. Para cuando despertó, sintió que estaba sobre algo suave, por lo menos más que el hormigón, era tierra, pero como muchas otras cosas no tenía ni idea de lo que era ese material, miró a su alrededor, pero sus ojos, le costaba acostumbrarse a aquella penumbra, podía distinguir leves vestigios de colores, no sabría identificarlos puesto que sabía cuarenta tipos diferentes de grises, pero nada sobre esto.

—Estás muy lejos de casa, niña —Una voz ronca y perversa se escuchó detrás de ella.

—¿¡Quién anda ahí!? —Preguntó desesperada, de repente algo brillante y que parecía con vida salió, revelando a aquella bestia que escuchaba esa cosa brillante que se movía violentamente con el viento- ¡Ah! —Un grito ahogado realizó la joven y preparándose a correr hasta que apareció el Come-Color para detenerla.

—Deberías de estar agradecida, mi hermano ha decidido salvarte, a ti, una Sin Color —Dijo mientras procedía a realizar una extraña risa.

—Pero... ¿Dónde estoy?

—Je, no eres muy espabilada, ¿Dónde crees que estas? —La escamosa bestia muestra sus filosos dientes al hablar.

—En la superficie... —Dice entre dientes- Pero... ¿Por qué está todo tan oscuro?

—¿No lo sabe? —Preguntó el escamoso a la pelusa de un solo ojo- ¿Qué les enseñan a ustedes allá arriba?

—Nada... Realmente, a trabajar.

—Entiendo... Supongo que su plan va como quieren... —Dice como un suspiro al aire.

—¿Qué plan? ¿Podrías explicarme que está pasando? ¡Todavía no entiendo que son los colores! Y porque tengo que estar aquí abajo... Y a todo esto... ¿Quiénes son ustedes?

—Mmm... Está bien niña, te contare por qué vives en un mundo gris, ya que lo más seguro es que pases el resto de tus días aquí.—Levantando su enorme cuerpo haciendo crujir el suelo, la bestia pareció fundirse en un mosaico de colores que brillaban con el fuego que escupía- Para empezar, hubo un tiempo en el que la superficie fue de ustedes, los Sin Color...

Aquella bestia presentada ahora como «El Dragón», procedió a iluminar levemente el sitio en el que se encontraban con sus llamas, no ardían, solo brillaban tenuemente con aquel color verdeazulado, la joven ahora con su vista adaptada a aquel oscuro lugar, vio las ruinas de lo que parecía una antigua civilización, grandes edificaciones con formas que nunca había visto, arquitecturas muy detalladas y complejas, vio la flora que acompañaba a tan complejo escenario tratando de pensar en una vida llena de tanto detalle, caminos con piedras de diferentes colores y patrones, grandes y enormes árboles que ondulaban con el viento, no podría haberles dado un nombre como a muchas otras cosas que llevaba tiempo experimentando, pero podría darles un sentido, como si fueran el acompañante de un sentimiento, de un propósito. La narración del dragón empezó, contando como antes que el mundo estaba vivo, lleno de energía y sobre todo de colores, la gente no solo se dedicaba al trabajo arduo, había más para que el mundo ofreciera, pero la ambición del hombre es más grande que cualquier otra cosa, crearon una forma, una manera de esclavizar sin riesgo a una revolución, de llevar sus objetivos hasta las estrellas sin que nadie se los impidiera, sacrificando cualquier ápice de individualidad, fue cuando los crearon a ellos, «Los Come-Color» como fueron nombrados, seres con el poder de arrebatar el color de las cosas convirtiéndolas en una escala monocromática, deshaciendo la autenticidad, la esencia, convirtiendo al mundo en un lugar gris

y desabrido... Los jefes de esta operación consiguieron lo que querían pero esas criaturas que habían creado para su plan se dieron cuenta tarde de que le habían arrebatado algo importante al mundo, para cuando intentaron remediarlo ya era tarde, los Sin Color comenzaron a destruir su mundo para reconstruir uno nuevo, uno sin guerras, sin conflicto, solo trabajo... En el proceso la luz que cubría el mundo fue ocultada y jamás volvieron a verla, y con ello los Come-Color quedaron relegados a vivir en la superficie, condenados a una eternidad sin poder volver a experimentar la vida de antes, ya que la luz es lo que les permite ser quienes son, sin la luz no podrían regresar el color al mundo de forma parmente ya que el color siempre regresa a ellos, algunos en su desesperación se convirtieron en estatuas inertes de vida, invernando esperando el día en que la luz regrese, otros sucumbieron y se convirtieron en bestias oscuras, la pelusa es el único que conserva su forma original pero no saben por cuanto tiempo...

—...

—La joven estaba tratando de procesar la historia que acaba de escuchar- ¿Cómo... Era el mundo antes?

—...

—El Dragón la miró unos instantes- Sígueme.

Caminaron por aquel agreste camino de ruinas, Orphea pudo ver cómo las llamas los acompañaban y mientras su luz dejaba atrás todo lo que tocaba volvía a tornarse gris, era como si aquello fuese lo único que pudiera regresarles el color brevemente. Llegaron a un edificio algo, extraño, extraño para alguien que siempre ha vivido en algo tan básico y normal como un gran edificio sin ningún tipo de adorno ornamental, ni cristales en el techo, ni mucho menos que el techo fuera curvo, en su tiempo seguro era un lugar elegante, ya que lleva una ornamentación refinada y simétrica. Lo que más llamó la atención de la joven fue ver cuadros en las paredes, cuadros que parecían tener dentro ventanas a un mundo lleno de color y vida, una ventana a un impresionismo de otra época.

—¿Qué este lugar? —Pregunto la joven.

—Antes, un museo de arte, ahora, un recuerdo de cómo algunos mostraron su visión... De un mundo tal vez no mejor, pero si vivo -Dijo la gran bestia mientras iluminaba el lugar- Los llamaban artistas.

—¿Artistas? —Confundida— Pero ¿Qué es el arte?

—Es... Complicado para alguien que vivió en el gris toda su vida, no es algo que se explique con palabras, es mejor que lo veas... Que lo sientas -Dijo mientras miraba fijamente un cuadro de un paisaje marino con el sol naciente en un puerto, un cuadro de Claude Monet.

La joven tratando de entender cerró sus ojos, respiró profundo y empezó a observar, viendo fijamente un cuadro algo extraño, figuras deformes se presentaban ante ella, un edificio ondulado con diferentes tonalidades de color azul sobre el cielo, haciendo figuras que solo había visto en nubes. *La Noche Estrellada* de Vincent van Gogh hacía presencia ante ella, algo tan extraño, tan sublime la transportaba como aquella vez que vio por primera vez un color. Miró abstraída los demás cuadros presentes de diversos artistas. La invaden, girasoles y lagunas, personas por las calles y bares, jugando cartas, mujeres bailando o planchando, el retrato de un hombre pelirrojo o el cuadro de gente en un bosque... Le invadían imágenes de un mundo que jamás conoció, pero que en el fondo, de un arraigado sentimiento humano sentía que la vida debía de ser así, que había más que solo trabajar, que había mucho más que hacer, una razón para ser ella misma y dictar su camino, un motivo para vivir, con algunas lágrimas en los ojos terminó al lado del dragón, observando al sol naciente de Monet.

—Esa... ¿Es la luz que perdieron? —Preguntó, aunque en el fondo sabía la respuesta.

—Sí...

—¿Puedo devolverles la luz? Así el mundo regresaría a como era antes.

—¿Regresar la luz? —Miró asombrado a la muchacha, la miró como de pies a cabeza, verificando si lo decía en broma.

—Sí... Quiero ser como ellos, quiero ser artista para salir de este mundo gris -Miró con fijeza al escamado.

—... —Suspiro— Te haré una prueba, una sola —De repente las llamas tomaron un color oscuro- Si la respondes mal, acabaré contigo para evitar a otro iluso que cree vivir una mentira. —La chica se encogió y tragó saliva, la tensión había cambiado ¿Mentira? A qué se refiere, además el calor, las llamas habían empezado a arder- ¿Lista?

—Sí —Aunque con escalofríos le sostuvo la mirada al dragón, este procedió a escupir una fuerte llama roja, ardía fuertemente, tanto que la chica tuvo que apartar la mirada.

—Dime, ¿Qué sentiste al ver este color? —Dijo fríamente, contrastando con el calor del lugar- Estoy seguro que fue el primer color que viste, porque lo cargas en tu cabello.

—¿Qué... Sentí? —Trató de recordar, de pensar en cómo se sintió cuando miró por primera vez un color, aquella silueta suya en esa pared gris de hormigón, respiró profundo y dijo- Me sentí viva... Sentí que era real.

El dragón miró fijamente a la chica, estudiándola, queriendo creer en sus palabras, cerró los ojos y las llamas volvieron a su color verdeazulado, Orphea se relajó un poco.

—Normalmente la gente cree que el color rojo es la violencia, pero también es el color de la gente que quiere vivir en la realidad y no en la ficción del azul. —Se volvió para empezar a andar hacia la salida- Los artistas son complicados, pero al menos, en su arte vive la verdad.

La pelusa de un ojo que se ha mantenido a raya en toda esta conversación procedió a hacerle señas a la chica para que ambos siguieran al dragón, caminaron tras él hasta llegar a un lugar algo conocido.

—Este es mi edificio... -Dijo Orphea algo sorprendida.

—Según pude ver, tu edificio es el B, ese está mucho más al norte... Mira bien —La joven pudo ver al acercarse un poco más una enorme letra A en la pared frente a ellos.

—Jamás escuche hablar de este edificio...

—Es el primero de todos, seguro no lo viste gracias a la constante niebla que los rodea... Tienes que subir hasta lo más alto, traspasar la barrera de nubes y por fin llegar al cielo despejado —Explicó el escamado.

—¿Y luego? No creo que sea tan fácil bajar esa bola roja hasta aquí...

—No lo harás, mi hermano despejará el cielo... Lleva años recolectando colores de otros Come-Color para esto, pero parece que lo más que pudo llegar fue hasta donde te encontrabas... Ahora se ha vinculado a ti, creo que ambos podrán llegar a donde tus congéneres siempre han querido llegar —Dijo con un dejo de ironía— Quizás sea el destino ¿Quién sabe?

—¿Qué es el destino? —Preguntó la chica algo confundida.

—Olvidalo, solo te pido que cuides de mi hermano... Cuando despejes el cielo los demás Come-Color volverán a despertar y regresaremos al mundo lo que siempre fue suyo. —La pelusa rápidamente hace un gesto de desaprobación— Tengo que hacerlo, si no gastarás energía innecesaria en subir hasta allá arriba.

—¿Qué ocurre? —Preguntó la joven.

—Súbete a mi espalda, les daré un empujón —Mostrando por primera vez unas enormes alas negras como las de un murciélago.

La joven sin tiempo que perder se subió a la bestia, la pelusa sin más remedio se ocultó en el cabello de Orphea, el dragón dio un golpe fuerte al suelo para levantarse y rápidamente empezó su acenso alrededor del edificio, la velocidad vertiginosa hizo a la chica agarrarse para no caer, fue cuando pudo ver cómo el dragón cambiaba de colores, un fascinante mosaico de vivos y brillantes colores desbordaba del escamado siendo cada vez más fuerte su luz, tanto que despejaba las nubes alrededor, era realmente hermoso... Pero no eterno, de repente chocaron abruptamente contra el gran monolito de hormigón, entrando de golpe al edificio, tras eso una explosión de arcoíris revolvía el pasillo en el que se encontraban.

—¡Dragón! —Gritó Orphea.

—Ve, niña, regrésale al mundo lo que nunca debimos quitarle —Una voz cálida como la de un ángel sonó entre todo ese revoltijo de colores— Usé todo lo que tenía para traerlos hasta aquí... No hagas que mi sacrificio sea en vano —Desapareciendo la voz en el aire y dejando un hermoso pasillo lleno de color y vida.

Aunque un sentimiento de tristeza invadió a la chica, empezó a correr subiendo escaleras como si de un animal salvaje se tratara, pensaba que la gente que habitaba este edificio la detendría, pero mientras más subía, más evidente era algo... No había gente, peor aún, encontró esqueletos en algunas habitaciones que miró de reojo, algo extraño sucedía aquí, pero siguió subiendo llena de adrenalina. Corrió hasta que las piernas no le pudieron más y aun así siguió avanzando, tras varias horas. Llegó a unas escaleras que llevaban a una puerta, la abrió y una luz cálida hizo que fuese cegada unos instantes. Un viento frío rodeó sus mejillas, pero sentía la calidez del sol pegándole de frente, era el techo del edificio, algo que ni siquiera su edificio tenía. El paisaje dejaba atrás cualquiera que haya visto antes, un mar de nubes los rodeaba, nubes con cierto tinte rojizo, impregnado de ese cielo anaranjado con el sol saliente de fondo, hubiese sido espectacular si no fuera por el hombre de tonos grises, vestido de negro que miraba al horizonte.

—No esperaba visitas.

—Disculpe... Vengo...

—Me da igual a lo que vengas, mi trabajo está hecho –Se volteó dejando ver unos ojos profundos como los del jefe de la obra de su edificio, pero este era distinto, no la miraba a ella, sino a través de ella, era un hombre mayor, con cara arrugada, cabello blanco y cuerpo delgado.

—Señor yo...

—Trabajé tanto... Y ¿Para qué? Por más enfoque que allá sin propósito... No somos nada –Dijo el hombre, pareciera que hablara al aire, Orphea puso una mano frente a él y este no reacciono, no veía.

—Señor... Usted está...

—Cuando se terminó el trabajo aquí, algunos se fueron a otros edificios y cortaron los puentes con este... Seguramente, seguirán en este ciclo sin fin –Empezó a caminar directo a la puerta- Disfruta de la vista, creo que es lo único que podemos hacer hasta el siguiente trabajo que nos toque.

—Señor ¿Quién es usted?

—Para este mundo gris, no somos nada —Dijo deteniéndose en el porta— Pero para un mundo con color ¿Quiénes podríamos haber sido? —Desaparece bajando las escaleras.

La joven quedó extrañamente confundida, pero dejando de lado este encuentro fortuito y dejándose llevar por el sonido del viento, se acercó a la orilla, casi podía tocar las nubes si estiraba un poco la mano, pero no era tiempo de eso, la pelusa salió rápidamente de su cabello para dar un par de vueltas por el cielo, era como un animal al cual hubieran enjaulado y por fin fuera libre, brillaba como otro sol, hasta que rápidamente pasó atravesando el pecho de Orphea, de esta forma ambos empezaron a brillar y sin darse cuenta la muchacha había empezado a flotar también, volaron a través de las nubes, disfrutando del paisaje y del momento, al parecer mientras volaban iban separando los cielos, despejando por fin esa cortina incesante de nubes, pudieron ver entonces, ahora sí los demás edificios de hormigón, todos con alturas y anchuras distintas, pero iguales en concepción, sin ornamentas ni nada destacable. En otra época, eso lo hubieran llamado brutalismo en la arquitectura que poseían estos grandes monolitos. La joven extasiada y viendo cómo el sol no paraba de tocar con su luz aquellos edificios se acercó, fervientemente a ellos, rozando esas paredes frías y grises, llenándolas de color, de vida, impregnando sus emociones en ellas, a ninguno lo dejaba indiferente pero todos ERAN diferentes, pintaba a gusto cada uno y a velocidad exprés, mientras reía junto a su amigo de un solo ojo, llegó a su edificio y vio como la gente estaba abstraída con su silueta roja en la pared, así que aprovechó para hacer algunos retoques al lugar donde nació, fulminando de belleza impresionista todas las paredes grises que encontró. Era un artista con muchos lienzos blancos por llenar, trataron de detenerla, pero no podían, o más bien había algo en ellos que no quería, el jefe de la Obra miraba fríamente a la joven, la siguió hasta llegar al punto exacto donde fue soltada a la superficie, se sentó en la orilla admirando su obra, como artista afortunada no tendría que escuchar a ningún «crítico de arte» que juzgara su trabajo, solo ella satisfecha de su obra, fue entonces que él Come-Color se acercó:

—¿Tienes que irte? —Preguntó la chica, la pelusa hizo un gesto afirmativo- Te extrañaré... Gracias por cambiar mi vida —Dijo mientras las lágrimas bordeaban sus mejillas, el lugar empezaba a llenarse de unos tonos cálidos, mientras que los habitantes del edificio B miraban la escena.

La pelusa acarició la mejilla de la chica y esta la sostuvo entre sus manos, un abrazo que empezaría a llenar el lugar con colores llenos de vida, amor era la palabra que podrían haber usado para definir ese abrazo entre estos dos seres, pero para mí, era la obra culmen de una artista que sabía que no volvería quizás a ver a su compañero ... Nunca más. Una gran luz surgió de la pelusa la cual empezó a separarse de su amiga, esta le guiñó el ojo y así como llegó, con un destello a su vida, desapareció, dejando color por donde iba, despejando el cielo y haciendo que sus congéneres despertaran para también devolverle al mundo su color original. La joven se levantó, miró al jefe de la Obra, quien no dejaba de mirar al horizonte impresionado por tanta belleza.

—Ahora... Quizás podamos ser alguien —Dijo para proceder a desaparecer bajando las escaleras.

Payaso ¡Pum-Pum!

José Efraín Contreras

I

Harta de que perdiésemos animales bajo las ruedas de los carros, mamá pactó consigo misma no volver a permitir que entrasen a casa. No. Era una de las tantas cosas que para nosotros, una familia viviendo al margen de una autopista nacional, estaría vedado. Así que aquel día, cuando Alice cumplió cuatro años, mamá le regaló apenas una torta, y en ella, bajo la cobertura del merengue blanco, sepultó el deseo infantil por poseer otra mascota. Alice lloró, se tiró al suelo, se revolcó y pataleó, pero a mamá aquello no la conmovió ni un poco.

—Ya está bien ¡carajo! Aquí no se criarán ni cucarachas, ¿oyeron?— Tiró la puerta. Como todas las noches, se fue a trabajar a la estación de servicio con su cabeza apretada por una visera fosforescente.

Yo, que también quería un animal, me quedé tan molesto como Alice y no dudamos en vengarnos. Reventamos los pocos globos que prendían de la pared, nos atiborramos de torta y la que sobró la soltamos al tanque de la poceta. De haber sido más pequeño y más valiente, me hubiese orinado en las orillas de las puertas y cagado detrás de la nevera, tal como había hecho después que mamá desalojara a papá de casa. Sin embargo, esa pequeña vindicación hizo que ella se deslizase por la

pared hasta quedar en cuclillas, ensimismada en un ataque de llanto y pataleta, tal como el que había hecho Alice, dejándola tan agobiada que enmudeció por una semana. Nunca quise volver a verla así, de modo que me contuve y llevé a Alice pronto a la cama.

Era la madrugada y dormíamos en el momento en que un fuerte golpe retumbó afuera y a Alice la sumió en un llanto intenso, continuidad del mismo de aquella tarde. Rápidamente la tomé en brazos y, mientras con arrullos procuraba calmarla, corrí por la oscuridad de la casa hasta la ventana. Por la rendija de la cortina vi un camión estanca-do contra los quitamiedos de la vía. En la parte trasera, en una jaula de transportar ganado, recubierta con lona gruesa, se adivinaba claramente el movimiento de los animales que llevaba.

—Un accidente —le dije alborozado, como si aquellas palabras fueran las más adecuadas para calmar a una criatura—. ¡Vea!, ¡vea! Ahí está su regalo.

Y sí, pareció funcionar. La solté. Rodé un mueble y sobre él nos recostamos para ver qué sucedía. Yo, de rodillas, con mi brazo encima de su cuello y hombro. Ella, de pie, con sus gimoteos más pausados, no perdía de vista la carga del camión. Qué suerte habría corrido el chofer, quizá su acompañante, pero ante todo, los animales. Esos bichos que-jumbrosos que confundían sus mugidos con el estertor de los hierros y los cauchos espichados al balancearse arriba de la plataforma. Hubiese querido salir a ayudar, en realidad, a ver más de cerca. Pero cómo y para qué. Casi al instante una patrulla de policía alcanzó el camión acciden-tado, aunque, contra todo pronóstico, de allí nadie bajó a prestar soco-rro. Picaron los focos y, al no encontrar respuesta, desde los altoparlan-tes de la patrulla salió una voz áspera, como si aquella cosa tuviese la capacidad de hablar.

—No cometa otra estupidez. Baje. Las manos en alto.

Nada se movió, apenas una corriente de viento espantó la espesa nube de humo que salía del capó y un golpe dentro de la jaula sacudió nuevamente todo el camión.

—Repito, no cometa otra estupidez. Baje. Las manos en alto a la cuenta de tres. Tres, dos, uno...

Otro rudo porrazo, la puerta del piloto se abrió lentamente y un inflado zapato hizo el anuncio. Desde el carro un payaso fue descendiendo, trajeado con un ancho vestido de novia. La gomaespuma que se escondía debajo de las telas le daba la apariencia de alguien ñomblón, algo que contrastaba con su delicada cara maquillada y la peluca, color oro, que se levantaba como una torre desde la base de su anchurosa frente. Con las manos arriba, el payaso avanzó hasta la mitad de la carretera.

—¡Adentro estúpido! Lo pueden atropellar —habló la patrulla.

Obedeciendo, el payaso caminó con sus manos alzadas y las dejó caer sobre la lona. Un policía, saturado de carnes, bajó entonces apuntándole con un revólver y fue acercándose con cautela, marcando el ritmo pesado con una pelota de chicle en su boca. Al estar a unos pocos pasos para requisarlo, el payaso se postró, remedando exageradamente el mascar del policía, preguntó con sorna:

—¿Bolita, mi vida, te casarías conmigo?

La patrulla botó una carcajada. Bolita movió rápidamente su mandíbula, infló aún más su abdomen, y le soltó un escupitajo que alcanzó la cara del payaso.

—¡Bolita! ¡Traidor! —chilló dramáticamente el payaso. La jaula se volvió a sacudir, y aprovechó la breve distracción para comenzar a correr aleteando sus manos. Dobló por la esquina del camión, saltó el quitamiedos y se internó en el potrero que se abría adelante.

Sí, los policías tenían razón: era estúpido y cometía estupideces. Sería fácil cogerlo. Él lo sabría, supongo que los policías también. Aquel que manejaba rápidamente se puso sobre el techo de la patrulla y comenzó a seguirlo con un reflector. Bolita, lleno de sudor, se acercó a la barrera, puso rodilla en tierra, e hizo lo propio con el brazo recto rematado por el arma. El policía del reflector se reía; dientes perfectos bajo la línea de un espeso bigote a contraluz. Bolita, una voluminosa efigie granate, tallada y pigmentada por la rabia, no quería perder a quien ahora era su animal de presa. Cuando el payaso con sus tambos pareció

haberse alejado lo suficiente y se mofaba de ellos haciendo mohínes, el policía del reflector hizo parpadear la luz y Bolita respondió con un par de disparos que levantaron polvo alrededor de aquella figura. Pasaron los segundos precisos para considerar la tarea culminada. Bolita se limpió la frente sudorosa y el de la luz expiró fuertemente como preparándose para el trabajo que supondría arrastrar un cadáver. Pero erraron en todo sentido.

—Payaso ¡Pum-Pum! —gritó el payaso tendido para después escurrir unos ladridos propios de un perro herido y una estruendosa risotada.

A Alice aquello pareció divertirle.

—Payaso ¡Pum-Pum! —gritó ella y, antes de que acabara, le tapé la boca para que nadie nos escuchara.

Bolita, rabioso, terminó el tambor de balas. Lo recargó velozmente y lo gastó aún más rápido en el círculo de luz; mascaba y disparaba.

—Payaso Pum-Pum —repetía Alice, saltando sobre el mueble. Y los ¡*Pum-Pum!*, se ahogaban en la oquedad de la palma arqueada de mi mano.

Bolita carecía de puntería o la muerte es escurridiza ante la estupidez. El payaso, tras aquella tanda de disparos, alzó su mano sujetando un pañuelito de lunares como signo inequívoco de estar vivo y también de rendición. Se irguió de a poco y desanduvo el camino con la cabeza gacha hasta llegar al quitamiedos, frente a Bolita estiró sus manos para que le enganchara las esposas. Dándose definitivamente por perdido, apenas si alcanzó a pedir que cuidarán de él, del animal o los animales supongo, porque con su humanidad no hubo reparo. El policía apagó el reflector, brincó del techo y alcanzó a ambos. Bolita soltó toda la saliva reunida en su boca en el mismo momento que su compañero le propinó un fuerte puñetazo. Luego, juntos, lo timbraron a patadas, tantas que terminaron de hacer de aquel hombre un bulto, y como tal lo trataron. Al acabar, cada uno de los policías lo tomó por sus extremos hasta que lograron meterlo en la parte trasera de la patrulla. La sirena se encendió y partieron con la misma prestancia que habían llegado.

Hasta ese momento no sentí miedo, pero el tornar de los mugidos que venían del camión me tiró de vuelta a la cama. Me llevé a Alice tirándola de un brazo, había vuelto al llanto. En plena oscuridad insistía en destapar su regalo de cumpleaños.

II

Nos sacudió fuertemente por los pies hasta despertarnos.

—¿Ya vieron lo qué hay afuera? —Los ojos de mamá brillaban por la sorpresa—. ¿Lo vieron? —Quería seguir durmiendo, pero ella insistió—. Juan, arriba. Vamos, vaaamos carajito —Sacó a Alis de la cama y la tomó en brazos—. Preciosa, usted nunca ha visto cosa tan bonita.

No entendía nada. Me tapé con la sábana y al recordar lo de la noche anterior salté y en dos zancadas llegué a la puerta. Alis, de alegría, aplaudía sobre la cara de mamá.

—Mamá, popótamo, popótamo. —Llena de goce golpeaba más duro a mamá y mamá sonreía con alegría cómplice.

No lo podía creer. Tras los barrotes de la jaula descubierta estaba un hipopótamo: una pelota de tocino friéndose al calor del sol. También, los mismos policías de anoche volvían a estar allí. Bolita conducía una grúa que arrastraba al camión accidentado y su carga, en tanto, el policía de bigote, en mitad de autopista, iba deteniendo los autos con una banderola roja para poder que la grúa maniobrara con seguridad. Ya pronto se irían. La grúa daba un giro aprovechando el ancho de la vía, y al colocarse frente a nosotros, avanzó hasta estacionarse en el patio. Al llegar, Bolita dio un cornetazo con su codo al tiempo que, con su otro brazo, sacaba un ponqué de la guantera para ayudarlo a bajar con un trago rápido de refresco. El otro que, no tardó en encontrarnos con su banderola baja, pidió agua bien fría. Alis saltó de los brazos de mamá para examinar su obsequio. Mamá fue adentro y regresó con una jarra sacada del refrigerador y un par de vasos. El policía de bigote tomó apenas la jarra y le aventó el agua al animal en la cara, la retornó y se montó en la grúa ignorando nuestra presencia. Soltaron el camión, la grúa dio

media vuelta y se puso en dirección a la autopista aguardando una pausa del tráfico para salir.

—¿Y este animal? Más o menos, ¡¿qué?! —preguntó mamá, ante la sorpresa de ver a esa bestia abandonada tal que si se tratara de un perro tirado a la suerte de los vecinos de las cunetas.

—¿El payaso? —repuse curioso.

—Señora, el animal —contestó flojamente el policía de bigote dejando caer su cabeza atrás para descansar en el cojín. —El animal, ¿qué quiere que haga con él?, ¿dígame? ¿Lo detengo y lo llevo al comando? Allá tenemos suficiente con este—. Bolita, impávido, devoraba otro ponqué—. Deben cuidarlo por algunos días. No sé cuántos. Desde el Instituto de Parques han dicho que no se pueden movilizar aún.

—¿Y el payaso?

—¡Coño! ¡El animal! —insistió mamá. Ella, que no sabía del payaso y quizá, salvo porque intuía que tendría algo que ver con todo esto, tampoco le hubiese importado—. El animal, ¡Coño! Y no sé, el payaso —insistió, como si averiguar algo sobre su dueño cambiara algo— ¿Dónde está ese payaso?

—¡El payaso! —repuse más alto.

—Payaso —coreó Alice con algarabía—. Payaso ¡Pum-Pum!

Si el escalar de mis increpaciones de mamá y las mías no habían alterado en nada la calma de los hombres de uniforme —Bolita concentrado en comer, su compañero entregado a la modorra— el ¡Pum-Pum! sonoro de Alice pareció remover el basilisco de sus humores. El de bigote se incorporó en su asiento y dio un puñetazo en la lata hueca de la puerta.

—Aquí no hubo payaso. ¿Y el animal? Ya verán qué carajos hacen con él. Lo venden, se lo comen, montan un circo...

—Porque aquí no hubo payaso —repitió Bolita, como si eso fuera lo importante, y sacando su revólver apuntó al espejo retrovisor porque sabía que allí estaban nuestros ojos atendiendo a sus labios que escupían migas húmedas al hablar—. ¡¿Entendieron?! —remató, antes de tirar los capachillos y la lata arrugada del refresco. Hundió el acelerador y se perdieron por la autopista.

Así que ahí quedó el camión y el animal a la sombra de una calle de ceibas y palmeras de plátanos, que marcaban el lindero de la propiedad y proporcionaban fresco a su rededor. Ahí también quedó mamá, enmudecida, sin saber qué hacer; su silencio daba miedo. Con su mirada puesta en la autopista, apretaba los puños, dos rocas que temblaban con los espasmos cortos que salían de su columna erguida. Se sentía a rabiar porque permitió que esos imbéciles le plantaran una cosa así en el corazón de su casa. Los pudo detener colocándose delante a la grúa, tirándose al piso y poniendo su rostro entre la tierra y los cauchos. Quizá, tomando a Alice o a mí con un cuchillo bajo el cuello como los rehenes más absurdos que hubiesen conocido ese par. Pero eso lo pensó cuando ya se habían ido, me confesó después, haciéndola sentir aún peor. Salió a la vía, sacudiendo sus brazos en alto, intentó parar a alguien que ayudase arrastrar lejos aquel camión y esa carga. Se detuvieron algunos carros, grandes y pequeños, pero todos se fueron de inmediato, bien porque tomaron las peticiones al igual que las de alguna desvariada o comprobaron por sí mismos la existencia de la bestia. Los últimos, un trío de misioneros en una Wagoneer azul, terminaron su prédica con el manido recurso de los cobardes: *«El tiempo de Dios es perfecto, su voluntad inescrutable»*.

—Se van a la mierda. —Les tiró sobre sus caras los folletos de *Existe la esperanza* y, a la camioneta, unas piedras que reventaron los faros traseros en su huida.

En tanto, el hipopótamo, que apenas si tenía espacio para recorrer la jaula en círculos, se dedicó sin cesar a dar vueltas, izquierda, derecha, izquierda, mientras Alice lo seguía ampliando el ir y venir en una órbita externa y paralela. Pensé que acaso, con aquella coreografía muda y pausada, procuraba encontrar una clave mágica para salir de la caja fuerte que lo aprisionaba. Mamá, a su regreso, previó la seña del hastío implacable que da la sed, el hambre, el encierro. Trajo entonces la ponchera de lavar la ropa, la metió por la anchura entre barrotes y la llenó con la manguera. Pero el animal le prestó tanta atención como a las moscas que se asentaban en su lomo empeguntado por el sudor

oscuro. En otro de sus giros volvió añicos el recipiente y solo al rato se detuvo por un instante. Alice, jadeante, reposó brevemente el tiempo que le tomó oler la plataforma húmeda para volver a su trance y a ella continuar su persecución.

Aunque mamá no había dicho una palabra, comprendí entonces su exasperación. Un hipopótamo que no descansa, una niña que tampoco, y que cuando la intentó detener, porque a ella sí la podía detener, clavó un berrido que terminó por espolear el girar del bicho, suficiente para que la soltara a la merced de aquella interminable carrera. Para no perder los nervios mamá respiró acentuadamente, cerró los ojos y se resignó. ¿Cuánto le costaba resignarse? ¿Se había resignado antes o después de echar a papá?, o ¿antes y después? ¿Se había resignado a vivir en medio de la nada? ¿En medio de una autopista dónde nada parecía conocer el verbo detener? Quizá, porque era parte de eso y de más, aceptó quebrar su pacto, también, a cambio de nada. Ser la anfitriona de un hipopótamo, una presunta mascota, la basura de la fortuna.

Apeló a la manguera y comenzó a refrescarlo con un baño. Seguía igual, pero podría decir que se reconfortaba, si es que se podían leer gestos de tal cosa y, más aún, juzgar que estaban dirigidos a nosotros. Pero mamá al creer entenderlo fue a la casa y regresó con un machete y la olla de las fiestas, la misma que en los días calurosos nos metía apretujados a Alice y a mí para recrear la piscina que apenas habíamos visto en la valla del kilómetro 30. Ágil, se subió a la jaula y por un boquete la dejó caer. El golpe metálico no afectó al hipopótamo que siguió dando círculos, aunque más pequeños porque se le había reducido tanto más el espacio. Fui llenando la olla con la manguera mientras mamá cortaba unos racimos de plátano y se los tiraba a un lado. Tras un rato aquel animal encontró reposo. Se detuvo, tomó los plátanos y los devoró rápidamente, hundió su cabeza e hizo borbotones, luego bebió sin piedad. Respiramos aliviados como si fuésemos uno con su hastío. Entonces, Alis, al hallarlo atajado, se puso frente a él, estiró su brazo y con su mano en forma de pistola lo pudo alcanzar definitivamente.

—Payaso, ¡Pum-Pum!

III

En una semana había devorado todos los plátanos de la casa, incluyendo las hojas y los troncos acuosos de sus vástagos. También las otras matas que crecían en una parcela más lejana y que traía junto a mamá cuando regresaba de trabajar. Aunque aquello representaba un verdadero sacrificio, mucho mayor que aquel que hubiese figurado una manada de perros, un rebaño de cabras, una bandada de patos, todo se hizo en nombre del sosiego del hipopótamo. Las tardes, mientras ella dormía, Alice y yo nos sentábamos frente a la jaula a atender cómo seguía el tránsito de los carros por la autopista. En ocasiones se echaba afligido, otras, se desplazaba en un giro que anunciaba la desgracia del aquel primer día, pero era solo para estirarse y dedicarnos después una sonrisa que disuadía la tristeza y la amenaza: una muralla ocre y derruida de un país que nunca habíamos conocido y que nosotros correspondíamos sacándole la lengua y dedicándole morisquetas.

Como se hizo costumbre, por la mañana y la tarde lo refrescábamos con la manguera, y justo cada tarde había que estimularle su culo con un chorro a presión, así se liberaba su cuerpo del apretujamiento que le hacía la comida; una cascada de plátanos y materia vegetal digerida caía en la plataforma que había que lavar luego. En verdad, el animal era bonito, incluso, podría confesar que nos agradaba, a tal punto que el cariño y apego inicial de Alice se contagió a mamá. Y sí, fue mamá quien pintó con esmalte de uñas y redonda caligrafía, su nombre en el borde de la plataforma: *Compadre Popótamo*. Pero no es menos cierto que toda maravilla pierde su halo glorioso cuando hay que convivir junto a ella. Excrementos y humedad licuados hacían que la casa permaneciera con puertas y ventanas abiertas para que el hedor circulase, entonces, también entraban los mosquitos y los moscardones que se criaban rozagantes en la sombra e inmundicia.

Una tarde, dedicado junto con Alice al cuidado de Compadre, entró Bolita en una moto y sin mediar palabra tiró un zamuro dentro de la jaula.

—Lo encontré arrollado —comentó jactancioso.

Compadre reculó y comenzó nuevamente a dar giros, paró intempestivamente, tomó al ave con su boca y la sacudió con tal fuerza que las plumas negras se espantaron hasta caer lentamente sobre el barrial. Sin contemplación, escupió aquella porquería a medio triturar. Bolita lo tomó al igual que una afrenta personal, agarró el zamuro y lo regresó a la jaula.

—¡Come! ¡Desgraciado...!

—Apenas le gustan los plátanos, señor.

—*Apenas le gustan los plátanos, señor* —escurrió Bolita imitándome con dejo aniñado—. *Plátanos, señor, plátanos.*

—¡Plátanos! —coreó contenta Alice— ¡Plátanos! —Y lo hacía dando palmaditas como si se tratara de una canción infantil—. Compadre popótamo, plátanos, popótamo, plátanos...

Compadre rezongó con la melodía, tomó nuevamente el zamuro y lo escupió. Bolita pasó de la rabia al odio más torpe. En un violento striptease se quitó la camisa y el cinturón de comando tirando las prendas hacia un lado. Sin la presión y contención de la tela y la cincha que guardaba el revólver, cartuchos, rolo y *walkie-talkie*, su flácida barriga se desparramó quedando apenas retenida por la licra tensada de la camiseta blanca. Metió la mano en un bolsillo del pantalón, sacó una caja de chicles y la aventó entera dentro de su boca. Acto seguido se agachó, recogió el rolo y comenzó a batear fuertemente los barrotes. Compadre respondió volviendo a la rutina del giro, golpeándose violentamente con los contornos de la jaula y dejando tras de sí una papilla de zamuro y estiércol que dotaba de untuosidad el rebote de su andar.

—Pedacito de mierda, ¿va a comer o no?

Bolita se reconfortaba en aquello, daba brinquitos de algarabía con los golpes al metal mientras sacaba su lengua para recoger la saliva edulcorada que le brotaba por las comisuras. Compadre mugía con aspereza como si al hacerlo dotara de mayor presencia y amenaza su gran cuerpo. Alice era el fondo de aquel jaleo. Persiguió aplaudiendo con la cancioncita que se había inventado y dispuso a seguir a la furia del animal. Repentinamente Compadre se detuvo, cansado, hartó. Esta

vez no respondió a los rolazos anclándose con firmeza a la plataforma y desafiando a Bolita con su cabeza de pera erguida. Bolita tiró de la manguera y lo fustigó, golpes secos sobre piel bamba, pero se mantuvo igual, indemne. Se acercó entonces a la jaula y dio un fuerte grito que hizo caer la masa dulce de su boca y le enrojeció aún más sus mofletes y las ojeras que enmarcaban su mirada también retadora. El hipopótamo, como su reflejo, respondió igual. Bolita, aprovechando el espacio entre barrotes, dio un cabezazo a su oponente que fue correspondido simétricamente, luego otro y otro. Unos hilitos de sangre comenzaron pespuntear a ambos, una costura líquida y roja que unía el adentro y el afuera de dos bestias al ritmo de *plátanos-popótamo-plátanos-compadre* que fue perdiendo velocidad hasta detenerse bruscamente.

—¡Alice! —grité sin saber de dónde me salieron las palabras y sin tener claro todavía por qué las decía— ¡Alice! ¡No!

Un paréntesis de abrasivo lo conquistó todo, apenas, a los lejos, los motores de los carros en su pasar interminable. En un instante, Alice había tomado la pistola del cinturón y seguía ora al policía, ora al hipopótamo. Su cañón, junto a la mirada concentrada de Bolita y Compadre, marcaban un perfecto triángulo que tenía en ella su vértice principal y de plano un solar de palmas taladas y calle de ceibas. No me gusta recordar cuál de ellos terminó ese día. Solo evoco la voz balbuceante antes de un disparo, la voz tierna y divertida de Alice:

—Payaso ¡Pum-Pum!

Santa María

Paola Carolina Marín Becerra

Antes, solíamos ir al río corriendo, bordeábamos las filas de casas blancas y bajábamos por la ladera que quedaba cerca de la entrada del pueblo, bifurcación imposible para carros y motos, apenas útil para burros y niños. Pasábamos la reja que separaba la casa de los abuelos del sendero de tierra y andábamos el trecho de camino que se escondía entre las matas de café mientras íbamos arrancando y comiendo las fruticas rojas y aromáticas de a puñados llenos. Como si ya en ese momento supiésemos que no siempre las comeríamos, al menos no juntas; como animales preparándose para un invierno interno, personal. Mucho antes, cuando éramos más pequeñas, la ladera era de tierra y había piedras chiquitas que se te metían en los zapatos cuando ibas cuesta abajo. En ese entonces no tendríamos más de ocho años y no nos daban permiso de bajar la ladera corriendo, mucho menos de ir solas al río. Habría sido mejor que nunca...

Nuestra separación ocurrió la semana que asfaltaron la calle principal, la misma semana de mi cumpleaños número 12 y celebración de la Virgen, patrona de la parroquia y con quien no solo comparto el cumpleaños, sino también el nombre. Recuerdo que había ruido de tractores y humo por todos lados. Las tiendas estaban llenas, las casas iluminadas

se cubrían de polvo y al mirar el piso, lo asombroso, lo absurdo de aquel alquitrán, caliente y grumoso, llenaba mis fantasías con ideas sobre el «progreso» del que tanto hablaban los mayores. Yo, que no había ido a la ciudad más de tres veces en toda mi vida, nunca había visto algo tan negro y brillante, algo tan profundo. Así que me dejaba hipnotizar con el vapor que salía del suelo recién rastrillado, subiendo en espirales para desaparecer antes de alcanzar los diez centímetros de altura y dando la impresión de que nadie tenía pies. De alguna forma, también me gustaba el olor y puedo recordar que trataba de descifrar las diferentes capas que contenía su aroma, lo mismo que su negrura. Mi tía me dijo que no lo hiciera, que me podía morir y aunque a día de hoy aquel consejo sigue siendo acertado, la ignoré todas las veces que pasamos por allí, con y sin ella.

Para la remodelación de la vía trajeron gente de la ciudad, acá solo había campesinos y beatos, como mi tía, decía siempre mi papá. Así que trajeron hombres y carros y más hombres. Los rotaban, casi nunca eran los mismos. Lo notamos porque siempre pasábamos por allí caminando cuando íbamos a la tienda, a la huerta, a la casa de la abuela, al río; los veíamos. Con Juana, desde siempre nos había gustado pasar por allí, había mangos y nísperos y ahora, aparte, también estaba la gente nueva y el olor del asfalto. La verdad no sé si ella tuviera las mismas razones, ya que para ese entonces y aunque nosotras no lo supiéramos, nuestra separación empezaba a crecer y se disfrazaba de unión completa, de hermandad absoluta. Indescifrable, Juana me tomaba por los hombros y me empujaba entre los camiones y el bullicio y yo caminaba feliz.

Con el tema de la fiesta para la Virgen, las señoras andaban alborotadas y todas, incluyendo a mi tía, se la pasaban como hormiguitas zurciendo mantos y arreglando ramos de flores en la iglesia. Nadie nos miraba y lo preferíamos así. Esos días aprovechamos para deambular por la plaza a toda hora so excusa de visitar a mi tía en sus labores de feligrés cristiana, labores de las que no se despegaba a veces ni para ir a comer. Por eso al mediodía nos íbamos caminando con Juana hasta el centro y tras darle la comida a mi tía nos quedábamos dando vueltas entre las

tres calles que formaban la totalidad del tal llamado pueblo. A nosotras que no nos importaba ese detalle, tanto lunes como martes vagamos una y otra vez por las mismas aceras, riéndonos de los mismos chistes, con la única novedad de los obreros a nuestro alrededor, el asfalto y la sensación de su pecho contra mi brazo cuando me apretaba al caminar. El miércoles antes de mi cumpleaños, Juana insistió para que fuéramos al río porque el calor nos tenía pegadas al piso como lagartijas en nuestras batas de algodón y además teníamos que salir, quisiéramos o no, a llevar el almuerzo a su mamá. Perezosas, nos levantamos, nos cambiamos de ropa, y envolvimos dos bultos de pan y queso, llenamos un termo de papelón y caminamos del brazo hasta la puerta de la sacristía, donde mi tía recibió la comida y nos mandó de vuelta con un «cuidado por ahí» que nos dio risa. Retándonos a ver quién llegaba primero a la curva de la ladera salimos corriendo por la puerta que daba a la plaza, al almen-drón gigante que dominaba la plaza y así el centro mismo del pueblo. Yo recuerdo que corría riéndome, no recuerdo de qué me reía, y lanzaba un pie delante del otro y veía mis puños subir y bajar frente a mi torso, sentía el oxígeno entrando y saliendo con dificultad y el sol quemándome el cuero cabelludo, lo hombros, la punta de la nariz. Sentía también el sudor deslizándose por mi cara y la presencia de Juana corriendo tras de mí, el sonido de sus pasos, sus jadeos, como los míos, su risa.

La perdí en el humo de un tractor, cuando salíamos de la calle principal. El ruido de las máquinas tapaba todo menos el olor del asfalto caliente, así que aminoré el paso, un poco para admirar lo que ocurría: los hombres con sus trajes y guantes grises, rastrillando, cargando, gritándose unos a otros, fumando, algunos mirando el inmenso monte con la añoranza propia del citadino; otro poco buscando a Juana. No encontré sus ojos verdes entre la gente, no la vi en la panadería ni en la bodega, no estaba sentada en la plaza ni en la farmacia y al mirar hacia la curva de la ladera solo el cielo me miraba de vuelta. La busqué un rato, sin éxito. Pensé que se habría devuelto, pensé que quizás su mamá la habría visto correr en dirección opuesta a la casa y la habría agarrado del brazo y arrastrado hasta la iglesia para que se confesara por desobediente. Me

la imaginé con su vestido de misa, aburrida, sudando y confesándose y reí de nuevo. Luego pensé que tal vez se habría caído y estaría sentada en el piso sobándose la rodilla o el codo y me preocupé. Pensé tantas opciones como minutos pasé buscándola, pero ninguna era cierta y Juana me esperaba al borde del camino, sentada sobre una media cerca en la parte baja del cerro. Cuando la hallé tenía los ojos brillantes y se acomodaba los risos detrás de las orejas, sonreída, sonrojada. Su conjunto era de flores y bajo el sol del mediodía casi se fundía con el campo que la rodeaba. Asumí que sonreía porque yo iba corriendo hacia ella así que también sonreí.

—Te tardaste -me dijo cuando al fin la alcancé.

Yo, que la había estado buscando por todas partes, pregunté que dónde se había metido y sonrojada, más que antes si acaso posible, mirando a lo ancho del monte, dijo con voz grave que también me había estado buscando.

Juana era un año mayor que yo, pero teníamos la misma estatura y talla. Además, ambas teníamos rizos y nos gustaba vestir similar. Mi mamá decía que de espaldas y con el cabello recogido, no nos podía diferenciar a veces, que era igual con ella y su hermana cuando ellas eran pequeñas.

En el río nos sentábamos sobre una laja de piedra grande y gris, algo oxidada por el paso implacable del agua, mohosa al tacto en los filos y en el centro completamente plana, casi seca, lustrosa. Allí arriba dejábamos las camisas, mi short y su falda, las medias y los tenis, dejábamos también el pan y el queso; y nos metíamos de cabeza, como misiles, en la poza que formaba la inmensa roca al detener la corriente. Era nuestro sitio secreto. El agua era oscura y limpia y la piedra parecía dividir el mundo. Antes de ella había corriente y peces y más río. Después, nada, ahí moría, en esa poza mansa y quién sabe si antigua donde nosotras nos bañábamos al menos una vez por semana.

Para llegar allí había que subir un cerro pequeño y bajar por una gruta, por lo que el camino se hacía complicado dependiendo del clima. Me atrevería a decir que para encontrarlo tendrías que haber sabido

donde estaba. Nosotras lo hallamos a principios del mayo anterior y la verdad nunca vimos pasar a nadie, ni un chivo o pollo. Solo Juana y yo, y los árboles viejos que rodeaban el río con sus raíces expuestas, manchando de sombras el estanque, la laja, a nosotras. Al fondo, sonido de insectos, de mosquitos, de águilas lejos, muy lejos.

Antes de irnos, aun mojadas y sin ropa, nos tumbábamos boca arriba a mirar el cielo entre las ramas. Veíamos cómo pasaba una nube y luego otra y luego el azul mutando a naranja y una estrella empezando a aparecer, frágil, sola. Así entendíamos que debíamos irnos y así mismo, en ese momento estaba yo a punto de levantarme cuando Juana tomó mi mano y por primera vez sentí sus dedos como un bálsamo a cualquier urgencia. Mi tía y el posible regaño se me hicieron más frágiles que la estrella. Con la cara caliente volteé a mirarla y en sus ojos, que no se despegaban del cielo, vi la misma ilusión que yo podía sentir en mi pecho, palpitante, arrolladora. No hubo preguntas. Volvimos a casa agarradas de la mano y en silencio. Mi tía se molestó como pensamos y nos dijo que no nos daría de cenar, aunque al final sí no dio, y le echó a Juana el mayor de los sermones sobre dar buen ejemplo a su prima y no andar por la calle hasta tan tarde, mucho menos en esas fechas, con la fiesta de la Virgen en puertas y la construcción ocurriendo en el centro del pueblo. Yo las miraba desde la rendija de la puerta del cuarto, medio oculta. Juana no decía nada y se aguantaba las manos sobre la falda de flores dejando que el cabello le tapara la cara. No había mucho que decir.

Apenas empezaba septiembre, mis papás se habían ido de viaje por trabajo y yo dormía con Juana en su cuarto, que era más bien grande y que tenía un ventanal gigante de rejas muy finas que siempre encontraba enmarcar la Luna en las noches claras. Afuera, todo el trigo del campo se meneaba y podíamos sentirlo sisear como algo vivo. Me gustaba que cuando hacía calor dejábamos las puertas del ventanal abiertas y entonces podía mirar por ahí como la Luna se movía, podía casi sentir como me movía con ella sobre los campos de trigo, haciéndolos sisear. Juana, al otro lado de la cama, sumaba su respiración a la sinfonía de la noche y así acurrucada me quedaba dormida, meciéndome en todos los

ruidos, en la respiración de Juana a mi lado, quien a veces se volteaba y me estrechaba contra sí.

El día de mi cumpleaños, amaneció nublado. De lado sobre la almohada, el cielo gris me saludaba, pero no Juana. No debían ser aún las siete de la mañana y la casa ya estaba despierta con mi tía preparando jarras y ramos y mantos que llevar a la iglesia, pero Juana no estaba. Me senté en la cama y esperé que alguna nube se moviera para ver un rayo de Sol. Sobra decir que ese día no hubo un espacio de cielo vacío, no hubo cielo azul para mirar, solo nubes corriendo y tapándose, gris sobre más gris. Al bajar la vista, en el cemento del piso no estaban sus tenis y al tocar su almohada la encontré aún tibia. Adormilada, me hice un ovillo en el sitio que quedaba sin ella.

Mi tía se fue antes de que yo me despertara de nuevo y mientras estuve sola, aproveché para mirar los álbumes de fotos donde aparecíamos Juana y yo. Acaricié nuestras mejillas en una foto amarillenta y toqué mi propio rostro para reconocerme. Fracasada, lloré. A medio día fui por mi tía a la iglesia, creyendo que también la encontraría a ella. Pero Juana no estaba con la mamá y de nuevo, al buscarla, no la vi en la panadería, ni en la plaza, ni en el cuadro de cielo gris que quedaba expuesto cuando te acercabas a la curva de la ladera. Mi tía por su lado se extrañó de no verla conmigo y durante el almuerzo la preguntamos entre nosotras. Yo pensando que en cualquier momento entraría sonriente, cansada de una larga caminata o cargada con verduras de la huerta. Mi tía nunca me dijo lo qué pensaba, solo asentía con la cabeza a mis sugerencias y corría las cuentas de su rosario y se mecía, ansiosa, sin despegar la vista de la ventana. Le dije que Juana volvería antes de las tres de la tarde a manera de consuelo, pero como no pasó salimos a buscarla juntas. El señor Aquiles, dueño de la farmacia y amigo de mi tía desde que fuéramos niñas, nos dijo que la había visto muy temprano, que la última vez estaba bajando por la loma como quien va al río. Yo, que sabía exactamente donde debía estar, no podía decirle a mi tía porque entonces dejaría de ser un secreto y por tanto también dejaría de ser sagrado. Sin embargo, no pude evitar preguntarme a qué habría ido tan temprano, con el frío

que hacía y más pensando en el día que era, ¿por qué iría en este día sin mí? Me hice esta pregunta por mucho tiempo, mientras miraba el asfalto seco y mucho después cuando aún no entendía a Juana o su mirada pérdida durante los días por venir. Lo pensé mucho pero no dije nada y cuando nos devolvíamos a la casa, después de comprar los ingredientes para la cena, ninguna preguntaba ya por ella, al menos no en voz alta.

Me habría gustado que la cena se llevara a cabo, que comiéramos el pollo horneado y el puré de papas que preparamos juntas con la tía, pero Juana apareció en la puerta de la casa, aun empapada y sucia, con la cara desfigurada, cuando el cielo se rompía en una lluvia torrencial que aplanaba los campos, aplastando con ellos sus sollozos y nuestras preguntas. En el gris inmenso en el que nos empezábamos a hundir, un hilo escarlata emergía de entre sus muslos y bajaba por su rodilla y sus manos se agarraban al borde de una falda de flores rota y sus hombros se encogían y su cara que no me atreví a seguir mirando. Todo era lluvia cuando mi tía soltó la espátula en el piso y me quitó de un empujón para salir a abrazar a su hija. Esta ya no decía nada, yo tampoco, ninguna. La mamá la arrastró por la casa hasta que la metió a la ducha, la lavó y la secó con toallas limpias. La condujo después a su propio cuarto y allí la metió bajo las cobijas, cubriéndola, desapareciéndola un poco. Juana miraba las nubes a través de otra ventana, yo la miraba a ella, ninguna me miraba a mí. Mi prima pasó la noche con su mamá.

En la soledad, las paredes blancas lucían más altas, la ventana más vacía, la lluvia más pesada. Me dormí mirando correr las nubes y soñé con Juana desnuda y bañándose en un río rojo, rodeada de almendros gigantes y misteriosos, sentada en el centro del mismo y mirando a alguien que no era yo entre los árboles, en lo negro de la sombra, negro como el alquitrán de la vía, como mis ojos viéndola ese día que sostuvo mi mano sobre la piedra. En la mañana ya no llovía, pero seguía oliendo a tierra mojada. No había Sol, tampoco nubes y al mirar al otro lado de la cama el mundo parecía comprimirse y pesar más solo allí. Un estallido lejano me recordó la fiesta que empezaba, pero ese día no salimos,

solo oramos con la tía hasta que las velas del altar se convirtieron en pequeñas estalagmitas de cera blanca y roja.

Mis papás llegaron la semana siguiente con regalos y disculpas por perderse mi cumpleaños, justo a tiempo para la inauguración de la carretera e ida de las maquinarias, los obreros, el polvo y el humo. Ese mismo día nos regresamos a la casa en el carro de papá. No volví a ver a Juana ese año y cuando empezaron las clases ella no volvió a la escuela. Mucho después, el día que la vi, bajaba por la ladera con la luz del Sol iluminando sus ojos verdes y nublados, su conjunto de flores, el bulto que se levantaba entre sus costillas, su espalda que fácilmente podría haber sido la mía.

